

HARLEQUIN

BIANCA

Cambio de pareja

Cambio de pareja
Diana Hamilton
Cambio de pareja (1998)
Título Original: Wedding daze
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 935
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gideon Rymer y Alice Rampton

Argumento:

Gideon Rymer contrató a Alice Rampton, profesional de la organización de bodas, para que se encargara de su ceremonia nupcial.

Pero las cosas no eran lo que parecían. A lo largo de su vida profesional, Alice no se había encontrado nunca con una novia menos entusiasta que Janet. No podía comprender cómo era posible que una mujer fuera capaz de apartarse del lado de Gideon Rymer durante un segundo, y mucho menos, durante todo el día, como parecía hacer Janet. Otra mujer podía arrebatárselo.

Diana Hamilton – Cambio de pareja

De ahí el dilema de Alice: su misión consistía en que la boda transcurriese sin problemas, y sin embargo, sentía una fuerte atracción por el novio.

Capítulo 1

—¿Puedo hacer algo por ti?

Alice apartó la vista de la fachada blanca de la gigantesca casa y miró a la voluptuosa rubia que se acercaba, dando grandes pasos con sus piernas interminables. Parpadeó. La luz del sol era cegadora, igual que la mujer.

Se recompuso rápidamente, abrió la puerta del coche y se apeó.

A causa de su trabajo había visitado mansiones increíbles, pero aquélla superaba a todas en elegancia y estilo, por lo menos desde fuera.

De forma inmediata se sintió en desventaja. No por la casa, sino por la atractiva rubia. Le sacaba más de una cabeza y apenas llevaba cubiertos sus increíbles atributos con un minúsculo pantalón corto y un corpiño tan pequeño que mareaba.

Alice se subió las gafas y respiró profundamente.

—Soy Alice Rampton, de Hearts and Flowers. Tenía una cita.

Tendió la mano, preguntándose si aquella mujer sería la novia.

Estaba segura de que se trataba de ella. Aquel mismo día había estado comentando con Rachel, su ayudante, que con su físico y su dinero, Gideon Rymer podría elegir a la mujer más bella del mundo. Estaban seguras de que su prometida sería impresionante. Como decía Rachel, algunas mujeres se llevaban todos los premios.

Alice estaba impresionada con el señor Rymer. No a causa del espectacular físico de su novia, ni de su encantadora sonrisa, que parecía indicar que su destinatario se había ganado su afecto incondicional. A diferencia de Rachel, estaba muy por encima de todo aquello. Lo que la impresionó profundamente fue su seguridad.

A lo largo de su considerable experiencia, la gente que la contrataba para organizar su boda no sabía nunca lo que quería. Normalmente sus clientes eran tan dubitativos que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para morderse la lengua y ser paciente.

Sin embargo, Gideon Rymer parecía saber lo que quería.

—La boda tendrá lugar en mi casa —le dijo con su voz grave—. La recepción se celebrará en una carpa, en el jardín, pero al margen de eso, dejo todo lo demás en sus expertas manos. Supongo que tendrá que hablar con Janet, mi prometida. Tanto ella como Gwen, su madre, están conmigo en mi casa, de modo que puede verlas allí.

Pero no le causarán problemas, se lo prometo. Usted es la profesional, y tendrá carta blanca para hacer lo que considere oportuno sin que nadie se inmiscuya en su trabajo.

Parecía haberlo pensado todo hasta el aburrimiento. Estaba segura de que Janet tendría algo que decir a su promesa de que nadie se

inmiscuiría en su trabajo.

Naturalmente, tendría sus propias ideas sobre la organización de la boda.

Ni siquiera pestañeó al oír las tarifas de Alice, lo que la había impresionado más aún. Sus servicios eran los mejores del ramo, y por supuesto, cobraba más que nadie.

Algunos de sus clientes parecían incapaces de darse cuenta y regateaban, cosa que la molestaba profundamente.

Pero Gideon Rymer, que a los treinta y cinco años era el abogado más famoso de la ciudad, bien parecido e increíblemente rico, era suficientemente razonable para darse cuenta de que los servicios de Hearts and Flowers valían su precio. Quería que su boda transcurriera a la perfección, y ella se encargaría de que fuera así.

—Debes ser Janet —comentó Alice, dándose cuenta de que se había quedado callada durante largo rato.

—¡Nada de eso! Me llamo Tossie, y soy la jardinera. Gideon me ha pedido que te reciba. ¿Quieres que te ayude a meter las maletas?

La sonrisa de Tossie era contagiosa. Volvió la cabeza y su espesa cabellera dorada revoloteó a su alrededor. Alice sabía que si se soltaba el pelo, cosa que no tenía intención de hacer, podría competir con la otra mujer en longitud, color y brillo.

Frunció el ceño ante la idea, completamente inesperada. No sabía qué le pasaba.

No había ido allí a competir con nadie. Además, el espejo, por no hablar de su bella madre ni de sus tres impresionantes hermanas, le había demostrado que nunca ganaría un concurso de belleza.

Había ido allí para desempeñar su trabajo. Un trabajo muy bien pagado.

—Gracias —contestó con una sonrisa—. Muy amable.

Le parecía increíble que Tossie trabajara de jardinera. Con su físico resultaba más fácil imaginarla en una pasarela que removiendo tierra.

—Voy a presentarte a Donatella, el ama de llaves —dijo el objeto de su sorpresa

—. Es medio italiana. Una mujer encantadora. Después te llevaré a tu habitación y te prepararé un café.

Ahora se daba cuenta de que las larguísimas piernas de Tossie no eran interminables; acababan en unas botas de lona, que recorrían con elegancia el camino de grava. Alice, sintiéndose insignificante, tomó el maletín en una mano y el bolso en la otra.

—¿No crees que debería presentarme a…?

Intentó hacer memoria, en busca del apellido de la prometida de Gideon Rymer, pero no consiguió recordarlo. Por algún motivo

inexplicable sólo se había quedado con su nombre.

—La señorita Cresswell —añadió apresuradamente, recordando por fin el apellido.

—No —Tossie encogió sus bronceados hombros desnudos—. Jan y su madre están en Manor House, la casa de su familia. Se han mudado aquí mientras se la arreglan. Desde luego, ya iba siendo hora. La familia Cresswell lleva varios siglos aquí, y creo que nadie ha dado ni siquiera una mano de pintura a ese caserón en cincuenta años. Pero volverán a tiempo para cenar.

Alice apretó los labios, enfadada, en cuanto Tossie le dio la espalda. Había dicho que llegaría a Berkshire antes de la hora de comer para entrevistarse con la novia. En efecto, había acudido con puntualidad, para encontrarse con que no tendría nada que hacer durante el resto del día, cuando podría haberlo empleado en arreglar el papeleo de su negocio.

Parecía que Janet Cresswell no se daba cuenta de que no le sobraba el tiempo.

La boda tendría lugar a finales de junio, y estaban a mediados de mayo. Tendría que trabajar a toda velocidad para terminar a tiempo los preparativos. Las empresas de alquiler de carpas con las que trabajaba normalmente podían tener todas sus existencias reservadas.

—¿Estás ahí, Dona? —preguntó Tossie, abriendo una puerta lateral.

El sol del mediodía se abría paso a través de la tela de su traje de chaqueta gris, asándola. La luz iluminaba los fragantes macizos de flores multicolores, que caían en cascada de una serie de macetas colgantes.

Al parecer, allí no había nadie que tuviera sentido de la prisa. Todo el mundo era tan tranquilo como parecía Gideon Rymer.

Su actitud relajada la había sorprendido en la entrevista. Esperaba que el mejor abogado del país, que probablemente se convertiría pronto en el juez más joven de la historia, fuera un hombre activo y dinámico al que no le gustara perder el tiempo.

Alice suspiró con impaciencia. Con un poco de suerte, el ama de llaves, sí aparecía de una vez, sería más activa. Tal vez pudiera convencerla para que le enseñara la casa. Tenía que elegir las habitaciones que podrían utilizar los invitados como guardarropa. Por lo menos no perdería la tarde.

Al final llegó una lánguida respuesta del otro lado de la casa, y el corazón de Alice se hundió. A juzgar por la voz de la mujer, tenía tanta calma como todos los demás.

—Ha venido la señorita Rampton —gritó Tossie desde la puerta—.

Enséñale la casa. Lo haría yo, pero tengo las botas llenas de tierra. Supongo que será mejor que vuelva al trabajo. Hasta luego.

Se volvió y se alejó, moviéndose de forma provocativa. Alice no pudo evitar preguntarse si la habrían contratado por su talento para la jardinería o por otra cosa.

Aunque no era asunto suyo.

Decidió resignada que el ama de llaves debía ser una pobre anciana, si tardaba tanto en acudir a una llamada. Tomó la maleta y atravesó la puerta.

El pasillo parecía infinito. La pared de color magnolia estaba adornada con una cantidad impresionante de puertas de roble macizo. Pero antes de que pudiera decidir cuál debía abrir, un pequeño remolino corrió hacia ella.

—Siento haberte hecho esperar. Estaba preparando un merengue, y no me atrevía a dejarlo a medias. Te llevaré a tu habitación. Pero antes vamos a tomarnos un café, ¿de acuerdo?

Alice abrió los ojos de forma desmesurada. Aquella Venus de bolsillo era todavía más llamativa que Tossie. Su minifalda ajustada y su blusa transparente no se parecían a ningún uniforme de ama de llaves que hubiera visto en su vida.

—¿Eres el ama de llaves del señor Rymer? —preguntó con incredulidad.

Los enormes ojos marrones de la diminuta mujer se volvieron soñadores, mientras su sensual boca se arqueaba en una sonrisa.

—Sí. Tengo suerte, ¿verdad? ¿No te parece un hombre maravilloso? Me encanta cocinar para él y arreglarle la casa. Adoro mi trabajo.

—Me lo imagino.

Alice se arrepintió inmediatamente de su tono de censura. Nada de lo que ocurría allí, ocurriera lo que ocurriera, tenía que ver con ella. Si a Gideon Rymer le gustaba rodearse de mujeres impresionantes que lo adoraban, era asunto exclusivamente suyo y de la señorita Cresswell.

—Si no te importa, dejaré el café para después —añadió con voz más amable—.

Me gustaría refrescarme un poco antes.

Y después echar un vistazo a las instalaciones, pensó para sí, y decidir en qué parte del jardín instalaría la carpa, en caso de que pudiera conseguirla. También tenía que averiguar qué habitaciones eran más adecuadas para que los invitados guardaran sus cosas.

—Muy bien. Entonces te llevo a tu habitación —dijo Donatella, volviéndose y agitando su largo y sedoso pelo negro—. ¿Cuánto tiempo vas a pasar aquí? ¿Diez días? ¿Quince?

—¡No, por favor! Tres días, como máximo.

Empezó a seguir a Donatella, mirando con incredulidad sus altísimos tacones de aguja, sobre los que se desplazaba como si fueran el calzado más cómodo del mundo.

—Oh —el ama de llaves se detuvo para mirarla—. Gideon dijo que esperaba…

—Sólo dos o tres días.

Alice ya había conseguido recuperar el aliento, y estaba preparada para mantenerse con firmeza. Le daba igual lo que esperase Gideon Rymer; algunas personas tenían otras cosas que hacer aparte de perder el tiempo.

Estaba segura de que Gideon estaba dispuesto a retribuirla con generosidad, pero había adquirido su capacidad de organización, y no dos semanas de su vida. El tiempo le parecía algo muy valioso, y cualquier desperdicio resultaba imperdonable.

Se puso a observar el interior de la casa. Las moquetas eran de excelente calidad, igual que el entelado de las paredes. Por todas partes había jarrones de flores, que contrastaban con los cuadros al óleo y con los muebles antiguos, probablemente carísimos.

También había flores en la habitación en la que la dejó Donatella. Debajo de una de las tres altas ventanas había un jarrón chino con peonias, y en una de las mesillas de noche había un pequeño ramo de rosas.

Resultaba indudable que Gideon Rymer tenía un gusto excelente. La decoración de la casa era perfecta. Se preguntó si debía envidiar a su novia y decidió que no.

De momento, por motivos económicos, vivía en un austero apartamento, cerca de la estación de Euston. Prefería invertir los beneficios en aumentar su negocio y pagar el exagerado alquiler de las oficinas de Mayfair, porque para atraer clientes acaudalados debía dar la impresión de que estaba a su altura.

Poco tiempo atrás había empezado a ahorrar, y si su negocio seguía prosperando, un día podría comprarse una casa de su gusto, con el fruto de su esfuerzo. Le parecía mucho más ético que casarse con un hombre rico para conseguirlo, como habían hecho sus hermanas.

Al ver su expresión tensa en el espejo, hizo un esfuerzo para tranquilizarse. No le servía de nada dejar que la situación la alterase. Sus hermanas habían tenido la suerte de nacer atractivas y con encanto, pero ella, como había oído una vez decir a su tía Chloe, había nacido con ambición, determinación y agallas. Tenía que ser mejor, sin duda.

En primer lugar, se puso a vaciar el contenido del maletín en la mesita, pero se detuvo al oír que se abría la puerta, acompañada del tintineo de la porcelana.

Antes de marcharse, Donatella había comentado que le iba a llevar un café, y no le vendría mal tomar una taza mientras deshacía el resto del equipaje.

Giró, y la sonrisa que tenía preparada para el ama de llaves dio paso a una expresión de asombro. Gideon Rymer llevaba la bandeja en sus largas y fuertes manos. No esperaba que estuviera en casa. Suponía que se encontraría en los tribunales, defendiendo a algún millonario con su característico estilo relajado.

—Muchas gracias —dijo con un esfuerzo.

Cuando había ido a hablar con ella, Gideon Rymer llevaba un traje de chaqueta, una camisa blanca con finísimas rayas grises y una corbata de seda azul que hacía juego con el extraordinario color de sus ojos.

Ahora llevaba unos vaqueros viejos y ajustados, de color arena, con una camiseta de manga corta, demostrando que su magnífico cuerpo no se debía a la habilidad de los sastres.

—Dona me ha dicho que querías un café, y he pensado que puede ser una buena oportunidad para que volvamos a presentarnos.

Dejó la bandeja encima de la cómoda que había junto a la cama de bronce. Por algún motivo, Alice se puso nerviosa al ver las dos tazas. No entendía por qué aquel hombre tenía un efecto tan extraño sobre ella.

No se sentía precisamente intimidada, pero se ponía muy nerviosa en su presencia.

—¿Quieres leche? —preguntó Gideon, levantando una de sus expresivas cejas negras—. ¿Azúcar?

—No, gracias, me gusta solo.

Su voz no sonaba como de costumbre, y se sorprendió justo a tiempo para no morderse las uñas. Era una costumbre que había abandonado sin esfuerzo en cuanto se fue a vivir sola, huyendo de la influencia de su exquisita madre y de sus tres preciosas hermanas.

Bajó la mano a tiempo para recibir la taza que le tendía Gideon. Lo miró a los ojos y decidió no haberlo hecho, porque tenían el tono de azul más cautivador que había visto en su vida. Sus pestañas eran aún más densas de lo que recordaba, y su pelo revuelto tenía el brillo del azabache. La miraba con calidez, envolviéndola, atrayéndola hacia sí.

Haciendo un esfuerzo para respirar, tomó la taza y se acercó a una de las altas ventanas, para alejarse de él. Esperaba que no la siguiera pero lo hizo.

—Tienes una casa muy bonita —comentó. Sabía el aspecto que debía tener, sobre todo comparada con las incomparables Tossie y Donatella.

—Sí, a mí también me gusta mucho. La construyó mi abuelo paterno cuando se casó, alrededor de 1920. La familia ha vivido aquí desde entonces, y cuando murió mi padre, hace seis meses, decidí mudarme aquí y dejar el piso de Londres. El trabajo me queda mucho más lejos, por supuesto, pero hasta ahora no me he arrepentido.

Alice se alegró de que le diera explicaciones sobre su vida personal, no porque le interesara, que no le interesaba en absoluto, sino porque mientras lo escuchaba tenía tiempo para recomponerse.

No tenía ninguna importancia su aspecto, con el pelo recogido, las grandes gafas redondas y sus escasas curvas disimuladas por el traje de chaqueta. Lo único que importaba era el trabajo que se traía entre manos.

—Esperaba poder ponerme a trabajar inmediatamente —dijo en tono profesional—, pero antes tengo que hablar con tu prometida, y me han dicho que volverá a última hora de la tarde.

No podía esperar que él le resultara de utilidad; no parecía muy interesado por los preparativos, puesto que le había dado carta blanca para hacer lo que quisiera. Su futura esposa tampoco debía haber considerado la cita suficientemente importante para asistir a ella. Aquello significaba que ninguno de los dos se preocupaba demasiado por los detalles de la ceremonia.

Le parecía muy bien, aunque era algo muy poco frecuente. Por lo menos confirmaba la promesa de Gideon de que nadie se inmiscuiría en su trabajo. Con un poco de suerte, no cambiarían de opinión en el último momento.

Pero había ciertas cosas que debía saber antes de ponerse a trabajar.

Apuró el café de su taza, respiró profundamente y cruzó la habitación para dejarla en la bandeja.

—No hay prisa —dijo Gideon—. Puedes tomarte la ausencia de Janet como una ventaja. Así podrás descansar.

No entendía cómo podía decirle que descansara el hombre cuya boda tenía que organizar en mucho menos tiempo del acostumbrado. Su actitud la exasperaba.

Lo miró, conteniendo a duras penas la irritación, pero él pareció captarla. Tan tranquilo como de costumbre, se acercó a ella y la miró con una sonrisa.

—¿Usas combustible para cohetes? No vayas tan deprisa, Alice. El exceso de eficacia es malo para la salud, ¿no lo sabías?

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, y en aquella ocasión no fue la cólera la que la dejó sin habla, sin aliento, paralizada.

Gideon se volvió hacia la bandeja y volvió a llenar la taza de Alice, como si nada hubiera ocurrido, como si el mundo no se hubiera sacudido bajo los pies de la mujer.

—Dona vendrá a buscarte a la hora de comer. Tienes una hora para deshacer el equipaje y hacer lo que quieras —se acercó a la puerta—. Nos vemos en la comida.

Alice se quedó mirándolo, con el corazón desbocado. Sin darse cuenta, se llevó la mano a la cara, para recorrer el camino de los dedos de Gideon. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, se despreció profundamente.

No sabía qué le ocurría. La sensata Alice Rampton perdía el autodominio porque un hombre la había tocado. Era imposible.

De acuerdo. No podía negar que aquel hombre tenía suficiente encanto para hacer perder la cabeza a cualquier mujer, pero no tenía por qué reaccionar de aquella forma ante él. Estaba comprometido.

Se mordió el labio. No le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Claro que Gideon estaba comprometido, pero aquello no debía importarle. Era lo de menos. El caso era que no debería haberla tocado. No era algo que hicieran sus clientes.

Se dijo que ella tenía la culpa, por haber reaccionado de aquella forma.

Tampoco debería haber permitido que empezaran a tutearse. Debería haber cortado de raíz las familiaridades, con educación pero con firmeza.

Estaba acostumbrada a alojarse durante un día o dos en las casas de sus clientes, cuando era posible. Así podía prepararlo todo en mucho menos tiempo y ahorrarse las llamadas telefónicas y los viajes interminables.

Pero podía tener dificultades si no se comportaba como una invitada impecable podía tener problemas. Por eso insistía en aferrarse a las formalidades. Había descubierto que era lo mejor.

Yen aquel caso era más importante que nunca que se atuviera a las reglas.

Pero no debía ser así. Se puso en pie y sacudió la cabeza. Era tan importante como siempre, pero no tenía más importancia de la acostumbrada. Gideon Rymer no era distinto de sus demás clientes, y tenía que tratarlo como a los otros.

Para demostrarlo, lo apartó de su mente y deshizo el equipaje. No tardó más de cinco minutos. Después de quitarse la chaqueta del traje y colgarla en el armario, fue al cuarto de baño. Admiró las

instalaciones sin permitirse sentir ni un poco de envidia por la futura señora Rymer. Se lavó las manos y se aseguró de que tenía la camisa bien metida por debajo de la falda gris. Después se sentó en uno de los sillones de su habitación, con una libreta y un bolígrafo, dispuesta a esperar con paciencia a Donatella.

El ama de llaves llegó a la una menos dos minutos.

—Gideon me ha pedido que te acompañe al comedor. ¿Estás preparada? —miró a su alrededor, sonriente—. Espero que te hayas puesto cómoda. La habitación es preciosa, ¿verdad? Claro que toda la casa lo es desde que Gideon vive aquí. Deberías haberla visto antes, toda oscura, con papel pintado y horribles muebles victorianos.

Su padre no parecía dispuesto a cambiar nada. Tossie y yo hemos ayudado mucho en la remodelación. Y Rose, claro. Las tres nos hemos esforzado mucho, pero ¿quién no lo haría por un hombre como Gideon?

Alice se preguntó quién sería Rose, pero no se atrevió a preguntar mientras seguía a Donatella escaleras abajo. Probablemente era otra de sus acompañantes, otra belleza espectacular. Le daba vueltas la cabeza con sólo pensarlo. Tanto la jardinera como el ama de llaves tenían poco más de veinte años. Alice, a los veintiséis, casi albergaba hacia ellas sentimientos maternales. Se preguntaba si Gideon Rymer las habría hecho caer en una especie de encantamiento.

Recordó la magia de sus ojos, su sonrisa cautivadora y su presencia innegablemente masculina. No le extrañaba mucho que hubiera hechizado a su servicio.

Donatella abrió una puerta de madera que conducía a una habitación llena de luz.

—Atraviesa el salón y sal por la puerta de cristal —le dijo—. Hace tan buen tiempo que vamos a comer en la terraza. Ya está todo preparado. Sólo tengo que ir a la cocina a buscar la ensalada.

Pero cuando Donatella se marchó Alice se quedó donde estaba. No se sentía con ánimos para unirse a Gideon a la mesa. Sabía que tendría que hacerlo, pero por el momento, por algún estúpido motivo, su corazón se desbocaba ante la idea de comer a solas con él, al aire libre.

Necesitaba unos minutos para recuperar la calma. Se acercó a la puerta más cercana y entró en un comedor formal.

Apretándose la libreta contra el pecho, se apoyó en la puerta y cerró los ojos.

Sabía que se estaba comportando de forma muy rara, pero no quería pensar en ello.

Prefería concentrarse en volver a ser ella misma. Tranquila, eficaz

y llena de determinación. Con suficiente voluntad para independizarse, montar un negocio a partir de la nada y conseguir que tuviera éxito.

Cuando oyó los tacones de Donatella, que volvía de la cocina, ya había recuperado el control. Podía enfrentarse sin problemas a Gideon Rymer.

Apretó con determinación el cuaderno, como si fuera un arma. Era una profesional, y estaba dispuesta a aprovechar la comida para apuntar las ideas que surgieran sobre la boda. Probablemente Gideon podría decirle qué ideas tenía Janet.

A fin de cuentas, debían haber hablado de la ceremonia.

Esperó unos segundos para que el ama de llaves no la viera salir del comedor.

Después abrió la puerta y comprobó que no había nadie a la vista.

—Así que estás aquí —comentó Gideon al verla aparecer—. Empezábamos a pensar que te habías perdido.

El corazón de Alice dio un vuelco. Sintió que se sonrojaba. Aquel hombre iba a pensar que era estúpida y tendría que resignarse, porque no podía decirle lo que había estado haciendo en realidad: prepararse para poder estar a solas con él.

Con suavidad, pero con firmeza, Gideon la tomó del brazo y la llevó hacia la puerta que debía haber atravesado.

—Es por aquí. ¿Es que has recorrido toda la casa, buscando la terraza? ¿Te sentías como Alicia en el país de las maravillas, abriendo puertas y encontrando sorpresas?

Alice odiaba que la comparasen con el personaje del cuento. No se parecía a ella en absoluto. Para empezar, jamás habría seguido al conejo blanco. Gideon se estaba riendo de ella. Podía captar el tono de sarcasmo en su voz, y aquello la sacaba de quicio. Pero no podía decir nada para defenderse, y en cualquier caso, estaba segura de que si tuviera algo que decir no conseguiría articular palabra.

De modo que soportó su contacto, que le arrancaba estremecimientos. Apenas se fijó en el salón que atravesaron. Caminó al frente, con la vista clavada en los visillos de la puerta de cristal, que se agitaban con la cálida brisa del verano.

Gideon le soltó el brazo para apoyarle la mano en la espalda, mientras la conducía a la terraza.

—Ven a unirte al harén, Alice —invitó con un tono inconfundiblemente malicioso.

Capítulo 2

Tossie y Dona estaban sentadas a la mesa, tomando el sol con tranquilidad. Las dos bellezas miraron a Gideon con adoración.

—Hola —saludó Tossie—. Será mejor que te pongas a comer mientras queda algo.

En efecto, era un verdadero harén. Alice se preguntó qué pensaría la ausente Janet de aquello. La prometida de Gideon debía ser una mujer bellísima, llena de confianza en su capacidad para eclipsar a las otras dos mujeres, ya que de lo contrario habría exigido que las despidiera a ambas y las sustituyera por personas que superasen los cuarenta años y los cien kilos, a ser posible de sexo masculino.

La presión de la mano de Gideon en su espalda aumentó, animándola a seguir caminando. Para escapar al insoportable contacto físico, se dirigió a la mesa a toda velocidad y tomó asiento.

—Sírvete lo que quieras —dijo Donatella—. El risotto de champiñones está muy bueno.

Gideon se inclinó sobre ella para arrebatarle el cuaderno, y lo dejó en una silla.

—Ahora no necesitas eso —dijo con amabilidad.

Alice sintió un hormigueo en los dedos al notar el contacto de su mano. Si no le estuviera ocurriendo no lo creería posible.

Ella nunca alteraba a los miembros del sexo opuesto, ni se dejaba alterar por ellos. Sin embargo, el destino parecía empeñado en demostrarle que se equivocaba.

Sin duda, no alteraba a nadie. Pero estaba alterada hasta un extremo incomprensible.

Tanto que apenas sabía qué estaba haciendo. Se quedó mirando a Tossie con los ojos en blanco.

—¿Ya te has instalado? —preguntó la jardinera—. ¿Te han gustado las flores?

He preparado los ramos esta misma mañana.

Lo único que consiguió hacer Alice fue dedicarle una sonrisa de agradecimiento, mientras Gideon ocupaba la silla vacía a su lado, tomaba un plato de la mesa y se lo ofrecía.

Con una mano temblorosa, Alice se sirvió un poco de risotto. Sabía que no le servía de nada reprenderse, pero era incapaz de reaccionar a tiempo. Lo único que podía hacer era recriminarse por su conducta.

Afortunadamente, antes de que Alice siguiera poniéndose en ridículo, Gideon miró a Tossie, que estaba diciendo algo. Alice decidió observar su entorno para no pensar en él.

Desde la terraza se divisaba un típico paisaje inglés, con praderas inmaculadas de césped recién segado, con arbustos y algún que otro

árbol a los lados. Cerca de la terraza había varios macizos de flores aromáticas.

Contra su voluntad, volvió la vista hacia Gideon. Estaba disfrutando de su comida y de la animada conversación de las dos jóvenes. Alice se sintió aliviada al comprobar que habían acaparado su atención, porque ella no la quería. La ponía demasiado nerviosa. Pero la obtuvo de todas formas, cuando Gideon se volvió hacia ella.

—El único empleado fijo al que no has conocido aún es Will Gaunt —le dijo—.

Lo contraté como administrador cuando me encargué de gestionar las propiedades de Janet además de las mías. Tengo demasiado trabajo en el juzgado, y no podría dedicar a esto el tiempo necesario. Antes comía siempre con la gran familia feliz, como debería ser, pero últimamente se queda a comer en su casa, en lo que antes era la casa del guardabosques de las propiedades de Janet.

Alice no sabía por qué le daba tantas explicaciones.

—No es necesario que me cuentes tantos detalles.

Estaba a punto de recordarle que una conversación sobre los preparativos de la boda sería más adecuada cuando Gideon sonrió, mirándola a los ojos, y borró todos los pensamientos de su cerebro.

—¿Por qué no? Vas a formar parte de la gran familia feliz durante un par de semanas, así que deberíamos conocemos un poco mejor, ¿no te parece? Estoy deseando que me hables de ti.

—Será un par de días, y no un par de semanas —dijo con firmeza —. Y la verdad es que prefiero no mantener ninguna relación personal con mis clientes. A fin de cuentas, he venido por un asunto de negocios.

Gideon le dedicó una de sus apabullantes sonrisas.

—Así que no te gusta mezclar los negocios con el placer, ¿eh? Creo que te equivocas. Pero mientras estés aquí, bajo mi techo, es posible que aprendas que se puede hacer. Y hasta es posible que empiece a gustarte.

Alice inclinó la cabeza, intentando no ruborizarse. A juzgar por las mujeres que trabajaban para él, estaba segura de que a Gideon le encantaba mezclar los negocios con el placer.

Casi estaba coqueteando con ella, con la insignificante Alice Rampton, inclinándose tanto hacia su silla que ella tenía que apartarse para evitar el contacto.

Era plenamente consciente de las miradas que Tossie y Donatella lanzaban a su jefe, a pesar de que estaban enfrascadas en una animada conversación sobre el zabaglione. No podía siquiera imaginar qué pensaría Janet de su capacidad para encandilar a cualquier mujer que

se le acercara.

Suponía que no debía dar demasiada importancia al hecho de que Gideon hubiera impuesto el tuteo. No podía exigirle que se dirigiera a ella con formalidad. Si lo hacía, podía ofenderlo y correría el peligro de quedarse sin aquel trabajo.

Afortunadamente, la comida parecía estar terminando.

—Tengo mucho trabajo por delante —dijo con firmeza—, así que ¿podrías enseñarme dónde crees que deberíamos instalar la carpa? Para la celebración de tu boda, ¿recuerdas?

Se felicitó en secreto. Su voz había sonado profesional y controlada, sin el tono dubitativo que empleaba en la cercanía de aquel hombre. Animada, se dispuso a proseguir.

—Cuando vea la parte del jardín en la que se va a montar la carpa —prosiguió

—, y cuando sepa cuántos invitados van a asistir, podré hacer las reservas necesarias

—miró su expresión divertida y respiró profundamente—. No quiero ponerme pesada, pero te aseguro que no podemos perder el tiempo. De hecho, a estas alturas, es posible que no consigamos lo que necesitamos, y estoy segura de que no te gustaría decepcionar a tu prometida.

—No creo que se vaya a decepcionar si terminas de comer con calma. Relájate,

¿quieres?

Alice lo miró, exasperada. Aquel hombre seguía intentando forzar entre ellos una intimidad que no deseaba y a la que ella no sabía enfrentarse. Apretó los labios y dejó escapar todo el aire de sus pulmones. Era suficientemente razonable para saber cuándo la derrotaban. Pero como Gideon se atreviera a proponerle que perdiera toda la tarde descansando hasta que llegara Janet y tuviera tiempo para hablar con ella, estallaría.

—Tranquila —contestó Gideon, demostrándole que no estaba vencida por completo—. Haré lo que pueda para ayudarte a encontrar la paz en lo relativo a la instalación de la carpa —se reclinó en el respaldo, apoyando una mano en la silla de Alice—. Estoy a tu entera disposición.

Su sonrisa era malévola, igual que su mirada y la postura provocativa de su cuerpo. Alice no pudo evitar que le inspirase pensamientos igualmente malévolos.

Pensamientos inexcusables.

Los desechó con severidad y se dispuso a seguir con los negocios.

El breve momento durante el que había imaginado cómo sería

acurrucarse contra su cuerpo, apoyando la cabeza en su pecho, mientras acariciaba su cuerpo bronceado, había sido una reacción completamente natural, y aunque no podía enorgullecerse de ello, tampoco tenía por qué sentirse avergonzada.

Gideon era un hombre muy atractivo, y aunque el cuerpo de Alice no era nada del otro mundo, estaba equipado con todas las hormonas necesarias para reaccionar ante personajes como aquél.

—Muchas gracias —contestó, levantándose—. La comida ha sido deliciosa, Dona.

No sabía si alguien se había fijado en que apenas había probado bocado.

Esperaba que no fuera así. La amistosa y voluptuosa ama de llaves le había caído muy bien, y no le gustaba quedar como una grosera con ella.

Al ver que Gideon se ponía en pie, tomó rápidamente su bloc de notas. Los dos bajaron por la escalera que conducía de la terraza al jardín. Mientras tanto, las muchachas recogían la mesa charlando animadamente.

En la parte inferior del tramo de escalones de piedra, el pie de Alice se hundió en la suave hierba que formaba una intrincada maraña de caminos entre los arbustos.

El olor y el color de las rosas resultaban embriagadores.

Tuvo que esforzarse para no deshacerse en halagos sobre el jardín, y caminó decidida al frente, con todos los músculos en tensión, mientras Gideon le ponía una mano en el codo.

Quería apartarse bruscamente, pero no lo hizo, porque él habría achacado su reacción a las ínfulas histéricas de una solterona nata que creía ver lascivia en todos los hombres cuando sólo pretendían mostrarse amables.

De modo que lo soportó con resignación para no ponerse en ridículo, esforzándose para mostrarse indiferente, completamente segura de que él no se daba cuenta de que hacía saltar su corazón, dificultándole la respiración e imposibilitándole el habla.

—Durante los últimos años de la vida de mi padre la rosaleda se convirtió en una jungla —comentó—, pero Tossie ha hecho maravillas. Ha quitado las lavandas, que estaban medio muertas, y ha plantado boj. Tardará unos cuantos años en crecer, pero me asegura que la espera merece la pena.

Por fin habían llegado al final del largo camino central. Gideon se detuvo.

—Este es uno de los dos sitios en los que había pensado para la fiesta —

comentó.

Alice suspiró, resignada. Parecía que no tenía las ideas muy claras. Con el pretexto de volverse para mirar la casa, se apartó de él y volvió a adoptar un tono profesional.

La extensión de césped era muy extensa, y estaba rodeada por los cedros que había visto desde la terraza. Podría ser perfecta, pero había un problema.

—Sería mejor colocar la carpa más cerca de la casa, por si tenemos la desgracia de que llueva. Desde aquí habría que atravesar la rosaleda, subir los escalones de la terraza y pasar por el comedor.

—Tienes razón —convino Gideon, con tranquilidad—. Reconozco que no he pensado demasiado en los planes. Gwen, la madre de Jan, insiste en que lo tradicional es celebrar las bodas de verano en una carpa, y debo reconocer que sería mucho mejor que organizar un banquete en un hotel o soltar a los invitados dentro de la casa, pero si no se puede hacer en esta zona…

—Yo no he dicho eso.

—Lo has dado a entender. Bueno, voy a enseñarte la otra extensión de césped suficientemente grande para albergar la carpa, a ver si te sirve. Por aquí.

La tomó de la mano y empezó a caminar, obligándola a trotar para mantener su ritmo, mientras se tomaban un camino estrecho que pasaba entre los arbustos.

Aquel hombre era imposible, pensó desorientada. No entendía cómo era capaz Janet Cresswell de dejarlo a solas. Se apretó el cuaderno contra los senos con la mano libre e intentó seguir caminando, pero concentrada en no pensar en la cálida presión de su mano, tropezó con una raíz y se enredó el pelo en una rama.

—No te muevas.

Gideon se volvió hacia ella, con el ceño fruncido. Alice intentó liberarse.

—No intentes soltarte tú sola —le ordenó Gideon—. Te vas a enredar más.

Alice no sabía cómo podía sentirse más enredada. Gideon estaba muy cerca de ella, tocándole la cabeza. El aire entre los arbustos parecía oscuro y denso, como la sangre cálida que circulaba por sus venas.

El silencio estaba cargado de intensidad. Como la lenta y constante respiración de Gideon.

Movió la cabeza, intentando apartarse de forma instintiva, y sintió un tirón en el pelo. Sin poder evitarlo, notó que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No pasa nada, Alice, no llores —dijo Gideon en tono tranquilizador—. Te sacaremos de aquí en un momento.

Mientras hablaba iba liberando sus mechas de pelo del árbol.

—No estoy llorando —protestó—. A ti también se te empañarían los ojos si tuvieras el pelo enganchado en una rama.

—¡Esta es mi Alice! —proclamó con una sonrisa—. Dispuesta a defenderse en todo momento.

Por fin consiguió soltar la última mecha del pelo, permitiendo a Alice controlar su agitada respiración, pero inmediatamente después destrozó toda su compostura mirándola detenidamente.

—Tienes un pelo precioso —añadió—. No deberías esconderlo con esa trenza de colegiala —le quitó las gafas y le enjugó las lágrimas con infinita ternura—.

Confieso que no me había dado cuenta, pero también tienes unos ojos muy bonitos.

—¿Dices esas tonterías a todas las mujeres que conoces?

Por algún motivo, la cólera era la única reacción que podía mostrar.

—¿Es que no te gustan los cumplidos? ¿Ni siquiera cuando son sinceros?

Haciéndole caso omiso, Alice tomó sus gafas y se las puso con firmeza.

—Vamos a seguir con los preparativos, ¿de acuerdo? Pero no hace falta que vayamos corriendo.

—Te pido disculpas por el incidente —su amabilidad contrastaba con el brillo malévolo de sus ojos—. Ve tú delante, marcando el paso. Basta con que sigas el camino. Todas las mañanas salgo a correr por aquí. Es la forma más rápida de llegar al lateral de la casa, y el camino que atraviesa el bosque lleva al pasto principal de la granja.

De modo que corría para mantenerse en forma. A juzgar por su impresionante cuerpo, no era un mal ejercicio. Fijó la mirada en el camino que serpenteaba entre los arbustos. Se alegraba de que Gideon fuera detrás de ella. Así no tendría que mirarlo.

Cuando lo miraba se sentía extremadamente incómoda, por motivos que no tenía intención de examinar a fondo, porque no se atrevía.

Pero aquello significaba que él la estaría mirando y también la incomodaba.

Estaba rodeado de mujeres bellísimas. Tossie y Dona lo eran, y sin lugar a dudas, Janet también lo sería. Janet Cresswell, la mujer con la que se casaría pronto. Sin embargo, ella era insignificante. Podía imaginar su mirada ligeramente compasiva ante las comparaciones.

Estaba acostumbrada a aquella mirada; la conocía muy bien.

La había visto en innumerables ocasiones, cuando crecía junto a sus hermanas.

Se sentía disgustada con el rumbo que tomaban sus pensamientos. Se puso muy rígida, y sus movimientos se fueron haciendo más forzados a cada paso que daba.

No entendía qué le estaba ocurriendo.

Durante toda su adolescencia había sido consciente de que jamás podría competir con sus hermanas, y no había permitido que aquello la incomodase. No podría utilizar su aspecto para conseguir nada, pero tampoco quería hacerlo. Había utilizado la inteligencia y la ambición, y había conseguido tener una vida muy satisfactoria.

De modo que aunque saliera desfavorecida por la comparación que estableciera el hombre que caminaba detrás de ella, sabía que no tenía importancia.

Por supuesto que no.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando el camino, aparentemente interminable, dio paso a una pradera vallada, llena de vacas. Al otro lado se divisaba el camino de grava al que había llegado unas horas atrás.

Estaban cerca de una de las fachadas laterales de la casa. Se volvió hacia una gran puerta.

—¿Adónde conduce? —preguntó.

—A ningún sitio en particular —se metió las manos en los bolsillos y entrecerró los ojos, como si las paredes blancas lo deslumbraran—. Ahí se guardan los utensilios de jardinería. También hay un cuarto de baño. En tiempos de mi abuelo se usaba para guardar las armas de caza, pero como no me interesa demasiado salir a pegar tiros por el campo lo he remodelado. Me viene bien para ponerme respetable después de correr por las mañanas. Hay una puerta que da al vestíbulo principal. ¿A qué se debe tanto interés?

Alice tuvo que esforzarse para oír la pregunta. Se sonrojó al darse cuenta de que se lo estaba imaginando en el cuarto de baño, quitándose la camiseta sudada y los pantalones de deporte.

—¿Te importaría que usemos ese cuarto de baño para los invitados? ¿Puedes llevar las vacas a otro sitio?

—No me importaría lo primero y puedo hacer lo segundo. ¿Tienes algo en contra de las vacas? ¿Crees que los pobres bichos serían capaces de estropear una elegante boda de la alta sociedad?

Gideon se estaba riendo de ella, pero con amabilidad, como si la invitara a relajarse y a compartir las bromas con él. El calor de sus ojos la estremecía.

Alice apartó la vista rápidamente y miró a los animales. Empezaba a comprender una parte de su naturaleza cuya existencia desconocía hasta entonces.

Podía enfrentarse a la atracción física que sentía por aquel hombre, pero si se permitía relajarse, si disfrutaba de su compañía, correría un grave peligro.

No iba a permitir que tal cosa sucediera.

—Claro que no —contestó con voz tensa.

Deseaba que Gideon dejara de mirarla, sonriente. Le gustaría que se encontrara a un millón de kilómetros. Empezaba a arrepentirse de haber aceptado el encargo.

Se había equivocado al sentirse aliviada cuando él se ofreció a acompañarla por la tarde. Ahora sabía que habría sido mucho mejor que se quedara en su habitación, cruzada de brazos, esperando a que llegara la novia.

Ya había avanzado un poco en su trabajo, pero a costa de convertirse en una víctima del encanto de aquel hombre.

—¿Te pasa algo? —preguntó él, observándola con curiosidad—. Si no crees que una carpa sea la solución, ya se nos ocurrirá otra cosa. No te preocupes, no tiene importancia. Y no te tomes las cosas tan en serio.

Levantó una mano para tocarla, pero debió cambiar de opinión, porque la dejó caer lentamente.

Alice se estremeció. Si la hubiera rozado se habría desmayado.

Sacudió la cabeza, intentando encontrar algo que decir.

—No… —se aclaró la garganta y volvió a empezar—. No me pasa nada. Este es el sitio perfecto. Está cerca de la casa y tiene un cuarto de baño al lado. Sin las vacas, ese campo será un buen aparcamiento provisional.

Sabía que su tono sonaba brusco y profesional. Conseguía hablar con claridad, aunque un segundo antes pensara que le resultaría imposible. Se dio cuenta de que Gideon había dejado de concentrarse en ella.

Con las manos dentro de los bolsillos traseros del pantalón y el ceño ligeramente fruncido, escuchaba concentrado, pero no a ella.

Entonces Alice también lo oyó. Un coche se acercaba por el largo camino, rompiendo el silencio.

Se alegró de que llegara alguien. Un visitante desviaría de ella la atención de Gideon. Podría escabullirse y refugiarse en la intimidad de su dormitorio, donde se iba a reprender seriamente.

Por desgracia, como descubrió al darse cuenta de la desazón que le provocaba tal perspectiva, lo que le convenía no tenía por qué

coincidir con sus deseos.

—Son Janet y su madre —comentó Gideon con indiferencia cuando vio que se acercaba un coche rojo—. Han debido volver antes de tiempo. Será mejor que vengas y las conozcas.

No hablaba en absoluto como un hombre que estuviera impaciente por correr al encuentro de la mujer que se suponía que era el amor de su vida.

Capítulo 3

En primer lugar le presentaron a la madre de Janet. Gwen Cresswell era una mujer diminuta, de algo más de cincuenta años, con el pelo canoso y una profunda arruga entre los ojos.

Janet seguía dentro del coche cuando su madre extendió una mano a Alice.

—Ha llegado. Menos mal.

Alice estrechó la mano que le tendía, y se preguntó si Gwen Cresswell pensaba que Hearts and Flowers era una empresa que aceptaba encargos a la ligera y después no los llevaba a cabo. No se le ocurría otra explicación para el alivio que mostraba la mujer al verla.

—¿Qué tal van los arreglos de tu casa? —preguntó Gideon a su futura suegra, sin demasiado interés.

Gwen sacudió la cabeza. Su ceño se profundizó.

—Me temo que no muy bien. Todo… ¡Ah, ni siquiera puedo pensar con claridad! —se pasó la mano por la frente—. Lo siento, ¿me disculpáis? Tengo un terrible dolor de cabeza.

—Por supuesto —contestó Gideon, preocupado—. Vete a tumbarte. Tómate un par de analgésicos. Pediré a Dona que te lleve un té.

Gwen sonrió agradecida y entró lentamente en la casa. Gideon se volvió hacia su novia.

—¿Qué le ha pasado a tu madre con los decoradores, Jan? ¿Cuál es el problema?

—No lo sé —contestó Janet Cresswell, mientras salía del coche con un par de bolsas—. No he estado allí. He dejado a mi madre en casa y me he ido a la ciudad.

Parecía turbada y evasiva. No miraba a Gideon a los ojos, pero sonrió a Alice con timidez.

—Debes ser de Hearts and Flowers —le dijo—. Siento no haber estado aquí cuando has llegado. Supongo que habrá varias cosas que quieres saber.

—Sí, unas cuantas —contestó Alice, más tranquila ahora que podía ponerse a trabajar.

Janet Cresswell la había sorprendido por completo. Era mucho más joven que Gideon; apenas debía sobrepasar los veinte años. No poseía nada del encanto, la elegancia o el físico impresionante que esperaba ver en la futura esposa de Gideon Rymer.

Era una mujer muy baja, delgada hasta el punto de la escualidez, y de aspecto muy normal. Llevaba el pelo corto, castaño, recogido detrás de las orejas. Sus vaqueros y su camisa de cuadros no hacían gran cosa por realzar su feminidad, y su rostro ligeramente bronceado estaba desprovisto de maquillaje. Pero Alice observó que tenía una

sonrisa encantadora, algo tímida pero muy sincera, como si estuviera deseando caer bien.

Una cosa era segura: Gideon no se casaba con ella por su aspecto físico.

—Intenta hacer un poco de caso a Alice —le dijo Gideon, pasándole un brazo por los hombros—. Es de ésas que insisten en trabajar como locas para justificar el aire que respiran.

—Tenemos que organizar esto cuanto antes —dijo Alice, pasando por alto el poco halagador comentario sobre su carácter.

Se preguntaba por qué Janet se comportaba de forma tan evasiva. Cualquiera se habría dado cuenta de que se puso en tensión en cuanto la rozó el hombre con el que se casaría en poco tiempo.

—Lo siento —Janet se apartó rápidamente, sin mirarlo—. Supongo que tendré que hablar con el decorador. Pensé que mi madre sería capaz de hacerlo sola —se encogió de hombros al comprobar que no conseguía aparentar normalidad—. El pobre hombre no puede empezar a trabajar antes de que alguien le diga qué es lo que tiene que hacer. Mi madre quiere que todo vuelva a estar como estaba antes de que muriera mi padre, antes de que revocaran la fachada, pero ya la conoces —sonrió a Gideon con inseguridad—. Nunca ha sido capaz de tomar una decisión en toda su vida, y desde que enviudó es peor aún. Bueno, nos veremos en la cena —abrió la puerta del conductor y se dirigió a Gideon—. Estoy segura de que puedes ayudar a Alice hasta que vuelva.

Entró en el coche y puso el motor en marcha. Gideon se volvió hacia Alice con cierta impaciencia.

—¿Qué es lo que tienes que saber que sea tan importante?

Alice respiró profundamente.

—Para empezar, no estaría mal que alguien me dijera cuántos invitados van a asistir —suavizó la voz, intentando comportarse con más amabilidad—. Es el aspecto más importante. De eso depende el tamaño de la carpa, el número de invitaciones que hay que imprimir y la cantidad de comida que hay que encargar —sonrió satisfecha al ver su cara de asombro—. Si me das la lista de invitados no volveré a molestarte.

—Muy bien. Acabemos con esto de una vez.

Se dirigió a la casa a un paso tan rápido que Alice apenas podía seguirlo.

Atravesaron la puerta principal y el espacioso vestíbulo. Gideon se detuvo delante de una puerta y la abrió.

—Espera un momento. Vuelvo dentro de un segundo.

Alice estaba otra vez en el salón, recuperando el aliento. A pesar

de que normalmente era muy tranquilo,

Gideon se podía comportar como un verdadero torbellino cuando quería.

Una vez a solas, Alice se sintió un poco más cómoda y controlada. Sabía que era la presencia de Gideon lo que la turbaba. Le bastaba con mirarlo para sentir cosas a las que ni siquiera quería enfrentarse. Le gustaría encontrar algo en él que le disgustara profundamente, y que incluso le provocara desprecio.

Suspiró y contempló las elegantes proporciones de la sala. La estancia estaba llena de luz, y los visillos de la puerta acristalada, abierta, ondeaban al viento.

De repente volvió Gideon, cambiándolo todo. El aire, antes fragante por el olor de las flores, se volvió tan denso que le quemaba la piel y le dificultaba la respiración.

Era algo que no podía controlar, y lo odiaba. Lo odió más aún cuando Gideon le dedicó una de sus sonrisas, tomó asiento en el sofá y le indicó con un gesto el cojín contiguo.

Alice no quería sentarse cerca de él; ya le costaba bastante controlarse cuando se encontraban en la misma habitación. Pero quedaría muy ridícula si se quedaba al otro extremo de la sala, mirándolo desde la distancia.

Protegiéndose con el cuaderno como si fuera un escudo, se levantó y caminó a regañadientes hacia Gideon, y se sentó en la otra esquina del sofá, bajo su mirada divertida.

—Esta es mi agenda de direcciones —le dijo—. Puedes hacer con ella lo que quieras, pero será mejor que me quede por si no eres capaz de descifrar mi letra.

Su letra. Su agenda de direcciones. Tocar una de las pertenencias de Gideon era como tocarlo a él. Algo muy íntimo y turbador. El tacto del suave cuero que envolvía la agenda lo mareaba.

Gideon extendió las piernas, y los pantalones se pegaron a sus duros músculos.

Apoyó un brazo, despreocupado, en el respaldo del sillón, por detrás de Alice. Se sentía encerrada, agobiada por su presencia, que parecía introducirse por todos los poros de su piel.

Se obligó a abrir la agenda, recordándose que era ella la que había insistido en que no podían perder más tiempo.

Se subió las gafas con un dedo y se concentró en el trabajo. No le resultaba muy difícil descifrar la firme y elegante escritura de Gideon.

En la agenda había varios nombres célebres. También observó que había muchos nombres de mujer. Tendría que consultarlo con él, aunque pareciera de mal gusto. Podría provocar una situación muy

incómoda si se ponía a enviar invitaciones a un montón de antiguas novias, O amantes. Se aclaró la garganta.

—Parece que hay bastantes mujeres en la agenda —dijo con un tono de desaprobación que no pudo evitar—. ¿Quieres que envíe invitaciones a todas ellas?

Gideon la miró extrañado antes de estallar en una carcajada, haciendo que Alice se sonrojara más aún. De repente dejó de reír y la miró con los ojos entrecerrados.

—Eres verdaderamente rara, Alice. ¿Por qué no piensas un poco? ¿De verdad crees que invitaría a un montón de amiguitas a mi boda? ¿No crees que guardaría esos nombres y teléfonos tan privados en una agenda aparte?

Alice no tenía respuesta para aquello. Sentía que le ardía el rostro.

Probablemente Gideon disfrutaba haciendo que se sintiera ridícula y poco elegante.

Además, observó que había hablado de amiguitas, y no de antiguas amiguitas.

Se preguntó si tendría otra agenda, privada, con los nombres de sus amigas.

Gideon lo había dado a entender, y ella sospechaba que en efecto existía. De modo que ya tenía el primer ladrillo para la pared de disgusto que pretendía alzar con el fin de protegerse.

La llegada de Dona con una bandeja interrumpió sus conjeturas. La dejó en la mesa, frente a ellos, se llevó las manos a las caderas y sonrió a Gideon.

—He llevado un té a la señora Cresswell, como me has pedido, pero no lo ha querido. No creo que baje a cenar. Probablemente tiene una de sus migrañas. ¿Sirvo la cena a las ocho en el comedor, como de costumbre, o en la terraza?

Alice no sabía si Gideon era consciente de lo tentadora que resultaba su sonrisa y de lo provocativa que era su postura. No podía leer la mente de Dona; no sabía si intentaba coquetear con su jefe o si sencillamente estaba acostumbrada a hacer alarde de su atractivo en todo momento, pero podía leer su propia mente, y sabía que unas horas atrás se habría recordado que no era asunto suyo, mientras que ahora se sentía enfadada en nombre de Janet Cresswell.

Supuso que se sentía identificada con ella porque ninguna de las dos era especialmente atractiva.

—Cenaremos en la terraza si sigue haciendo buen tiempo —contestó Gideon con una sonrisa arrebatadora—. Ya sabes que prefiero hacer lo que me gusta al aire libre.

Dona se marchó riendo, moviendo las caderas con coquetería, y

Alice la miró con desaprobación. Dona le caía muy bien, igual que Tossie, y le gustaría creer que su conducta abierta y desenfadada con su jefe se debía simplemente a que eran simpáticas, abiertas y muy jóvenes. Pero con un hombre como Gideon no podía estar segura. Sólo tenía que pensar en la forma en que ella misma…

Se negaba a seguir por aquellos derroteros, de modo que se ocupó con el té. Se tomaría una taza y huiría.

Entregó a Gideon una taza y se encontró con que la estaba mirando fijamente, como si intentara ver más allá de su fachada, preguntándose qué la hacía ser como era. Aquella mirada la ponía nerviosa. Cuando tomó su taza se dio cuenta de que le temblaba la mano, de modo que volvió a dejarla en el plato.

Era un don que poseía Gideon, si se podía llamar así. Evidentemente, había nacido con la capacidad de hacer estallar el cerebro de cualquier mujer que se cruzase en su camino. Lo injusto del caso era que las mujeres insignificantes no eran más inmunes que las bellas.

Saltaba a la vista que Gideon Rymer apreciaba la belleza en todas sus formas.

Bastaba con mirar los objetos que lo rodeaban. En muy poco tiempo había convertido lo que al parecer era una casa demasiado cargada de mobiliario oscuro en un lugar lleno de luz, y los jardines descuidados en una fantasía floral. Rymer Court no era la casa de un hombre que no se preocupase por lo que lo rodeaba.

Las mujeres que trabajaban para él también eran muy bellas.

Sin embargo, la mujer con la que se iba a casar no lo era.

Tomó rápidamente el cuaderno, el bolígrafo y la agenda que Gideon le había dado. No era capaz de soportar su silencioso escrutinio durante un momento más, pero sobre todo, no podía soportar el rumbo que tomaban sus pensamientos.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Alice lo miró, contra su voluntad. Seguía recostado en el sofá, tan tranquilo como sólo podía estar un hombre que lo tuviera todo.

Ella no tenía todo lo que necesitaba. Necesitaba recuperar su equilibrio, su determinación y su distancia. Gideon se lo había robado todo y mucho más, pero no podía pedirle que se lo devolviera.

—Todo menos la lista de invitados de tu prometida —contestó.

Por el momento seguía sin saber cuánta gente iba a asistir a la boda, y de repente la necesidad de terminar con su trabajo y volver a su casa era lo más importante de su vida.

El tono de su voz debió delatar su agitación, porque Gideon levantó las manos, disculpándose.

—En eso no te puedo ayudar. Si Rose estuviera aquí podrías terminar en un momento. Mi querida Rose es la persona más eficaz del mundo.

El afecto que sentía por aquella mujer era evidente. Alice recordó que ya había oído su nombre. Aunque no quería saber que Rose era probablemente la secretaria perfecta y otra belleza arrebatadora, no pudo evitar preguntar por ella.

—¿Quién es Rose?

—Mi madrastra —contestó Gideon, sorprendiéndola—. Aunque para mí es como una madre. Se casó con mi padre cuando yo tenía cuatro años.

Alice abrió los ojos desmesuradamente detrás de las gafas. Le parecía triste que Gideon desechara con tanta facilidad a su propia madre. Incluso en el caso de que no la recordase, estaba convencida de que debería reservarle un lugar muy especial en su corazón.

—Debías ser muy pequeño cuando murió tu madre —murmuró.

Gideon frunció el ceño como si Alice hubiera hablado en un idioma desconocido y no consiguiera entender sus palabras.

—¿Tienes por costumbre llegar a conclusiones precipitadas? —preguntó con dureza—. Mi madre biológica murió cuando yo tenía doce años. Se ahogó con su tercer marido en un accidente que tuvieron con la motora, en Cannes. Nos abandonó a mi padre y a mí un par de meses antes de que yo cumpliera los dos años. Si los retratos que hay guardados en el desván le hacen justicia, era una mujer muy bella.

Aquí no tenía un público suficiente de hombres embelesados que le rindieran pleitesía, de modo que se marchó. Mi padre se divorció de ella, pero nunca dejó de amarla. Se quedó destrozado, pero al cabo de cierto tiempo se casó con Rose, su ama de llaves, y fue la acción más sensata que efectuó en su vida. La vanidad y ella son incompatibles, y me proporcionó una vida estable y feliz hasta que fui capaz de valerme por mí mismo. Tuve problemas con mi padre durante la adolescencia, pero ésa es otra historia. Mi padre era muy frío y dominante, y al final de su vida sólo era capaz de pensar en los negocios.

—¿Dónde está Rose ahora?

A Alice le costaba trabajo creer que aquélla era su voz. Suave como una caricia y llena de simpatía. Gideon había presentado a su padre como un hombre amargado, pero no parecía darse cuenta de que había heredado parte de sus características. Tal vez estuviera emulando la «acción más sensata» de su progenitor al elegir a una mujer normal como esposa, dejando que las bellas mariposas volaran

en libertad a su alrededor.

—Disfrutando como nunca, o eso espero —se puso en pie—. Después de la muerte de mi padre, cuando terminó de ayudarme a reformar la casa, decidió que necesitaba un descanso. Se ha ido a visitar a su hermana y a su familia, que viven en Canadá. Volverá a tiempo para asistir a la boda, y después se mudará a Manor, con Gwen. La antigua casa de Janet ya será habitable dentro de un mes —mientras hablaba caminaba hacia la puerta—. Fue idea suya. Gwen y ella han sido muy buenas amigas durante años, y las dos insisten en que los recién casados necesitan estar a solas.

Alice fingió un gran interés por los dedos con los que sujetaba el cuaderno. Le bastaba con pensar en Gideon casado para sentir un dolor insoportable. Cuando reunió el valor necesario para volver a levantar la vista, la habitación estaba desierta.

Diez minutos después cerró la puerta de su dormitorio, se apoyó en ella y se llevó las manos a las sienes.

No tenía sentido que se preguntara qué le pasaba. Conocía demasiado bien la respuesta. Había ido a aquella casa para organizar una boda y en unas pocas horas se había obsesionado con el novio.

A las ocho de la tarde, después de bañarse, lavarse el pelo y volvérselo a trenzar, Alice bajó para cenar en la terraza.

Llevaba lo que ella consideraba un vestido neutro, de color gris, destinado a desviar la atención de su persona, confundiéndola con el entorno. Siempre se ponía la ropa menos llamativa posible cuando cenaba con sus clientes, en familia.

Ya estaba completamente tranquila, después de meditar a fondo sobre su encaprichamiento. Se había obligado a revisar todo lo que sabía sobre aquel hombre y había llegado a la tranquilizante conclusión de que era despreciable.

No demostraba el menor interés por su boda, y parecía que sólo quería celebrarla porque era lo que le habían pedido. Había decidido, a sangre fría, casarse con una mujer insignificante, porque resultaba poco probable que sintiera la tentación de marcharse, y mientras tanto conservaba su agenda privada con os nombres y direcciones de sus amiguitas y se rodeaba de empleadas llamativas para añadir algo de interés a su vida hogareña.

Por si fuera poco, estaba segura de que la decencia encabezaba la lista de lo que consideraba importante en una esposa.

Ya se había enterado de que desde la muerte del padre de Janet gestionaba las propiedades junto con las de su prometida, y si Janet era hija única, aquello significaba que se había apropiado de Manor.

Ya era bastante rico, pero evidentemente había heredado de su

padre algo más que el escepticismo sobre las mujeres. También sentía la necesidad de acaparar más y más riquezas.

De modo que la atracción que sentía por él no representaba un verdadero peligro, porque no pasaría demasiado tiempo allí y podría sobrellevarla, habida cuenta de que el objeto de su deseo era un hombre del que jamás querría saber nada.

En cuanto se marchara de allí lo olvidaría inmediatamente.

Sin embargo, a pesar de todo lo malo que pensaba de Gideon, no podía evitar que le cayera bien, de forma instintiva. Si añadía aquello a la atracción física, el resultado era lo impensable.

Si conseguía despreciarlo, como despreciaría a cualquier hombre que eligiera a su futura esposa a sangre fría con la única finalidad de procurarse su fidelidad y de hacerse con una valiosa propiedad, eliminaría el peligro.

Por lo menos Janet iba a cenar con ellos, y después podría reunirse con ella y terminar con la elaboración de la lista de invitados.

La cena estaba servida en la terraza. En el centro de la mesa había gran cantidad de comida, para que cada cual se sirviera lo que quisiera. Podían elegir entre faisán frío, ensalada, una tortilla fría de calabacines, melocotones macerados en vino tinto y una gran variedad de quesos. Era suficiente para alimentar a un ejército. Y no había nadie para comérselo.

Se sentía fuera de lugar, lo que ya era bastante incómodo, pero las sensaciones que la bombardearon cuando vio a Gideon subiendo los escalones del jardín fueron más que incómodas; la aterrorizaban.

Tenía un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. Estaba muy atractivo con sus pantalones sueltos de color gris y su camisa de seda negra.

Alice se secó las palmas de las manos en el vestido y deseó encontrarse a miles de kilómetros. Acababa de descubrir que no era capaz de resistirse a la atracción física.

A los dieciocho años, mientras hacía un curso de gestión de empresas, había estado saliendo con un compañero de clase. Su interés la halagaba, porque en lo relativo a la vida sentimental siempre había vivido a la sombra de sus hermanas, sin despertar el interés de nadie. La relación con aquel muchacho se le subió a la cabeza, y se creyó perdidamente enamorada. Ocurrió lo inevitable y se fue con él a la cama, pero la experiencia no le había parecido nada espectacular. El interés se había desvanecido rápidamente por ambas partes, y desde entonces había tenido el sentido común suficiente para no dejarse encandilar por los atributos físicos masculinos.

Hasta aquel momento.

Enderezó la espalda. Tendría que hacer caso omiso a la misteriosa capacidad de aquel hombre para conseguir que se le secara la boca y su corazón saltara como un pez en la tierra. Estaba casi segura de que podría conseguirlo hasta que Gideon llegó al final de la escalera y la miró sonriente, con el rostro ladeado.

—¿Tienes hambre?

—Sí —contestó a duras penas.

Todos sus motivos cuidadosamente meditados para despreciarlo se habían desvanecido. Tenía hambre, mucha hambre, pero no de comida.

La magia de una sonrisa había dado al traste con todas sus sensatas determinaciones. Deseaba con todas sus fuerzas tocarlo, abrazarlo y besarlo. Quería sentirse rodeada por sus fuertes brazos, apretarse contra su cuerpo, sentir aquellos labios en su piel. Era una locura.

—Estupendo. Parece que esto es un autoservicio, así que ponte lo que quieras mientras sirvo el vino.

Alice se alegraba de que no hubiera observado nada extraño en ella. Por lo menos aquello significaba que le quedaba el autodominio suficiente para evitar que sus emociones salieran a la superficie, avergonzándola.

Lo siguió a la mesa y se sirvió un trozo de tortilla y un poco de ensalada. Se sentó con gran alivio, y habló fingiendo despreocupación.

—¿Dónde están los demás?

Sabía que Janet aflojaría la tensión cuando llegara. Por fortuna, Gideon no parecía captar la electricidad del aire, pero Alice tenía la impresión de que iba a estallar.

—Nos han abandonado —explicó mientras se servía la comida.

El sol había bajado mucho en el horizonte, iluminando el vello de la firme y bronceada piel de sus brazos. Alice apartó la mirada rápidamente. Gideon se sentó a su lado.

—El dolor de cabeza de Gwen se ha convertido en jaqueca —continuó—, sin duda a causa de su frustración con los decoradores. Jan ha telefoneado para decir que cuando estaba en Manor ha recibido una llamada de una amiga a la que no ha visto en varios años. Sólo está de paso, y quería verla hoy, así que han quedado. Te envía sus disculpas y dice que te verá por la mañana. De todas formas, no creo que a estas horas pudieras conseguir gran cosa. Es mejor dejarlo todo para cuando las dos estéis descansadas, por la mañana.

Pero en aquella ocasión Alice no gritaba por dentro de impaciencia ante el nuevo retraso, como evidentemente esperaba Gideon. Estaba pensando que si fuera Janet y estuviera comprometida con aquel hombre, fueran cuales fueran los motivos que él tenía para querer

casarse con ella, no se dedicaría a pasar todo el día fuera de casa, sin interesarse demasiado por los preparativos de la boda. Estaría continuamente junto a él, y jamás lo perdería de vista.

Aquello sólo demostraba el desastroso efecto que Gideon Rymer tenía sobre ella.

Intentó alejarse un poco sin que lo notara y se llevó un trozo de tortilla a la boca, pero se le había cerrado la garganta y no podía tragar. Dejó el tenedor en el plato, descorazonada, y rompió el incómodo silencio.

—¿Y las demás? ¿Dónde están Tossie y Dona? Casi tenía la esperanza de hacerlas aparecer al mencionar sus nombres, para no tener que estar a solas con aquel hombre, pero su respuesta destrozó sus esperanzas.

—No suelen cenar con nosotros —contestó con tranquilidad, sin darse cuenta del efecto que tenían sus palabras sobre Alice—. Las comidas son variables. A veces comemos todos juntos, y a veces no. Depende de quién haya por aquí. Ten en cuenta que Tossie y Dona también necesitan tiempo libre. Comparten el piso que hay encima de los establos. Bueno —se reclinó en el respaldo—, parece que en nuestra breve relación yo he sido el único que ha hablado por el momento. Ahora te toca a ti.

¿Por qué no me cuentas algo?

La miraba fijamente mientras jugaba con el pie de su copa. Sus cálidos ojos la invitaban a la intimidad, a compartir confidencias, pero la idea resultaba tan tentadora que era inconcebible.

—No hace falta. Será mejor que me vaya a la cama pronto. Así podré trabajar a fondo mañana por la mañana.

Se subió las gafas con determinación y se puso en pie. No podía permitirse correr el peligro de estar a solas con aquel hombre.

Sabía que se comportaba como una estricta maestra de escuela, y se sentía orgullosa de sí misma. Estaba orgullosa de haber resistido la tentación de quedarse, y de su capacidad para ocultar sus reacciones cuando Gideon mostraba la magia de su sonrisa, levantándose con la gracia de una pantera, sin dejar de mirarla.

—De acuerdo —dijo al cabo de unos segundos que parecieron eternos—.

Entonces aprovecharé la oportunidad para ponerme al día con el trabajo pendiente que tengo acumulado —le cedió el paso al llegar a la puerta—. Si necesitas un fax, tengo uno en mi despacho. ¿Quieres que te diga dónde está, o prefieres esperar hasta mañana?

—Me lo puedes decir mañana —contestó Alice con voz ahogada.

Cuando llegó a su habitación estaba sin aliento, pero sabía que no

podría conciliar el sueño, a pesar de encontrarse agotada.

No se le había ocurrido llevar un libro, porque le había parecido innecesario.

Pensaba que pasaría todo el tiempo ocupada, elaborando una lista detallada de toda la gente con la que tendría que ponerse en contacto por la mañana. Pero dado que lo único que había decidido era la situación de la carpa, no tenía ninguna necesidad de apuntar nada.

Decidió que un paseo la ayudaría a superar su frustración, al menos en parte. Se puso los zapatos bajos que usaba para conducir y salió en silencio de la casa. Apenas se atrevía a respirar, para que Gideon no la oyera y decidiera ir a investigar.

No quería volver a verlo si no era en compañía de otras personas, cuando pudiera fingir que no estaba allí.

El ambiente era muy tranquilo. Se iría a dormir y al día siguiente estaría más relajada.

Consiguió bostezar cuando volvió al camino y empezó a andar hacia la casa.

Pero entonces se destrozó toda la aparente calma, cuando el coche rojo de Janet apareció en el camino, con los faros encendidos y arrojando grava a los lados.

Esperaba verla bajar del vehículo e ir corriendo a la casa para pasar con su prometido el resto de la velada, pero no lo hizo. Cuando Alice llegó a su altura seguía sentada frente al volante, inmóvil, con la mirada clavada en el parabrisas. No tenía buen aspecto. Estaba pálida e inexpresiva. Alice pensó que había estado llorando, pero no estaba muy segura porque la luz era insuficiente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, acercándose a la ventanilla.

—Ah, hola. Sí, estoy muy bien, de verdad.

Janet retiró la llave de contacto y Alice se apartó mientras la otra mujer salía del coche.

Parecía tan angustiada que Alice quería preguntarle qué le ocurría, pero sabía que no podía hacerlo, de modo que intentó animarla un poco.

—Mañana vamos a tener un día muy activo —comentó alegre—. Me puedes decir exactamente qué planes tienes para tu boda, y yo me encargaré de convertir todas tus ilusiones en realidad, para…

Se quedó parada en el camino, boquiabierta, cuando la novia estalló en lágrimas y corrió hacia la casa.

Capítulo 4

Sirvieron el desayuno en la cocina.

—Así no se le estropearán las piernas a Dona —explicó Gideon, que estaba sentado junto a Janet, cuando Alice bajó y los encontró.

—¡Mis piernas no tienen nada de malo! —protestó Dona.

Se subió más aún la cortísima falda, mostrando la absoluta perfección de sus extremidades. Gideon rodeó su cintura con el brazo, riendo.

—Claro que no. Son preciosas, como sabes muy bien. Y tenemos que procurar que lo sigan siendo.

Alice contuvo el impulso de abofetearlo. No entendía cómo se atrevía a coquetear con sus empleadas delante de la mujer con la que estaba a punto de casarse. Donatella debería haber sido más cuidadosa y no enseñar las piernas de esa manera delante de la pobre Janet.

Sin embargo, la joven, sentada entre su madre y su prometido, no pareció molestarse. Incluso sonrió un poco y puso una mirada maliciosa.

—No desprecies la protección que te ofrece Gideon, Dona. No querrás acabar llena de varices, ¿verdad?

Con un grito de exagerado horror ante aquella perspectiva, Dona se volvió y tomó una cacerola de la cocina. Después rodeó la mesa, sirviendo huevos pasados por agua en las hueveras de porcelana, mientras Gwen, que al parecer ya se había recuperado por completo, relataba una escabrosa anécdota sobre las venas varicosas de una amiga suya.

Alice se esforzó para no escucharla mientras abría su huevo. No dejaba de meditar sobre la conducta de Janet. Aquella mañana parecía muy tranquila, a pesar de lo ocurrido la noche anterior.

A pesar de que la novia debía haber descansado bien, Alice había pasado gran parte de la noche despierta, preguntándose por las causas del ataque de llanto de Janet. Le parecía demasiado pronto para que sufriera el típico síndrome de nerviosismo prenupcial.

Probablemente se trataba de algo mucho peor. Suponía que estaba locamente enamorada de Gideon y deseaba convertirse en su esposa, aunque sospechaba o sabía que él no era fiel ni lo sería después de la boda. También era posible que se hubiera dado cuenta de que se casaba con ella por motivos egoístas, sin amor.

Alice se había quedado dormida sin llegar a ninguna conclusión, porque no tenía pruebas de nada, pero por lo menos el ejercicio mental le había impedido pensar demasiado en la forma que tenía ella de reaccionar ante Gideon.

Estaba sentada delante de él en la mesa del desayuno, y aunque

mantenía la mirada fija en el plato, podría haber descrito su aspecto con todo detalle. Llevaba una camiseta de manga larga que se amoldaba a su pecho, dentro de unos vaqueros asegurados por un cinturón de cuero, con una hebilla metálica que…

Tosió, atragantándose con la tostada. No sabía qué la impulsaba a pensar en lo fácil de desabrochar que parecía el cinturón del dueño de la casa. No podía comprender lo que le estaba ocurriendo.

En honor a la verdad, sí que lo sabía, aunque no le gustaba en absoluto. Le habría gustado dejar aquel encargo en manos de su ayudante.

A medida que avanzaba el desayuno empezaron a mejorar las cosas. Gwen había dejado de hablar del terrible sufrimiento provocado por los problemas del sistema vascular, y Tossie apareció en la cocina, llena de vida, impresionante con sus minúsculos pantalones cortos y con una camisa que podría tener un aspecto respetable si no se hubiera dejado casi todos los botones sin abrochar.

—Ahora hace un poco de niebla, pero cuando suba el sol volveremos a tener un día precioso —comentó, mientras llenaba dos tazas de café—. Will está abriendo el despacho. Le he prometido llevarle una taza de café.

—Yo se la llevo —ofreció Janet, poniéndose en pie—. Desayuna tranquilamente, Toss.

Tomó una de las tazas. Su rostro estaba ligeramente sonrojado cuando se puso el pelo detrás de las orejas con la mano libre.

—No olvides que tenemos mucho trabajo esta mañana —le dijo Alice rápidamente, temerosa de que volviera a desaparecer.

Janet ya estaba en la puerta, pero se volvió al oírla hablar, con el ceño fruncido.

Después, como si hubiera caído en la cuenta, le dedicó su preciosa sonrisa que la hacía parecer atractiva.

—No, claro que no. Estaré aquí en diez minutos, te lo prometo. Nos vemos en el salón.

Se volvió de nuevo hacia la puerta y se marchó a toda prisa.

Gideon apartó la mirada de su prometida y se volvió hacia Alice.

—¿Has terminado? —le preguntó.

Ella asintió y bajó la vista al plato rápidamente.

—Entonces ven conmigo al estudio. Te enseñaré dónde está el fax, por si necesitas usarlo.

Alice se levantó a regañadientes. Habría dado cualquier cosa con tal de poder decirle que no era necesario, pero no podía hacerlo. A pesar de la aparente despreocupación de Gideon, sabía que era un hombre inteligente y un excelente abogado, y si se preguntaba por qué

evitaba su compañía podría dar con la verdad.

La humillación que sentiría si alguien descubría su secreto sería insoportable.

Alejado de la cocina, que bullía de actividad, el despacho de Gideon era un remanso de paz. O debería serlo, corrigió Alice cuando la tomó del brazo y la llevó al escritorio.

—También tengo una máquina de escribir —le dijo—. Si lo prefieres, puedes usar el ordenador de la oficina de Will. No creo que le importe; siempre está diciendo que odia ese trasto y huye de él como de la peste. Como gestor inmobiliario no tiene precio, pero como oficinista es un verdadero desastre. Creo que tendré que contratarle una secretaria, o se marchará en cuanto encuentre otro trabajo.

Alice intentó controlar la respiración. Las lágrimas luchaban por salir de sus ojos. Resultaba tan fácil tratar a Gideon, era tan confiado y estaba tan seguro de sí mismo, que no le importaba hablar de su vida con una desconocida que ni siquiera se mostraba inclinada a corresponder a sus confidencias.

Le resultaba difícil creer que fuera realmente el monstruo que quería pensar que era. No parecía el mujeriego inmoral de su imaginación más desbordada, el hombre que se casaría a sangre fría por egoísmo.

Afortunadamente, soltó su brazo para mirar el reloj. Alice se estremeció aliviada cuando cesó el contacto.

De repente, Gideon entrecerró los ojos y la miró fijamente. Después, muy despacio, deliberadamente, bajó la vista a sus labios entreabiertos y volvió a mirar sus ojos a través de las gafas, como si estuviera planteando una pregunta. Para ocultar la respuesta, Alice se volvió bruscamente.

Oyó que Gideon respiraba profundamente antes de hablar.

—Dentro de un rato me voy a los juzgados, y esta noche tengo una cena de negocios. ¿Necesitas algo más de mí?

El ligero ceño había desaparecido de su rostro. La miraba con una expresión impasible, que no decía nada. Era como si no hubiera tenido lugar el terrorífico momento en que la había mirado con tanta intensidad. Alice estuvo a punto de gritarle que no necesitaba absolutamente nada de él, en ningún sentido.

De modo que iba a mantenerse apartado de su camino durante el resto del día.

Y con un poco de suerte y mucho trabajo podría haber terminado con los preparativos al día siguiente.

Pero su alivio duró poco, porque a continuación sintió una

profunda decepción.

Como si hubiera perdido algo muy valioso. Se reprendió duramente mientras miraba a Gideon con fingida indiferencia.

—No, no necesito nada más de ti.

—¿Estás segura? —preguntó él con cierto sarcasmo, levantando una ceja—.

Como quieras.

Alice se sintió abandonada, y lo que era peor, tenía la impresión de que Gideon se estaba burlando de ella. Cuando se quedó a solas en el despacho se sentía abatida, avergonzada y ridícula, y desde luego, lo último que le apetecía en el mundo era organizar la maldita boda.

Pero aquello era precisamente lo que había ido a hacer, y por supuesto, era suficientemente profesional para cumplir su misión. Podía olvidarse de sus sospechas con respecto a la moralidad de Gideon, puesto que en el fondo sabía que eran completamente infundadas, y esforzarse para evitar que la afectara la irresistible atracción física que sentía, quisiera o no.

Janet la esperaba en el salón, como había prometido, sentada en un sofá. Alice se detuvo en la puerta, con el cuaderno bajo el brazo, intentando contener la culpa que la había asaltado de repente. La joven parecía tan indefensa y sonreía con tanta confianza, que no quería ni pensar en cómo se sentiría si supiera que la mujer encargada de organizar su boda deseaba fervientemente a su futuro marido.

Se sentía despreciable, pero se acercó con paso decidido, oculta tras la barrera de la profesionalidad.

—El señor Rymer me ha dado la lista de las personas a las que quiere invitar él.

Si pudieras darme tú la lista de tus invitados…

Su sonrisa era fría e impersonal, pero desapareció cuando Janet se encogió de hombros y contestó:

—Sí, supongo.

Alice se apresuró a volver a colocarse la sonrisa, se sentó delante de ella y sacó su cuaderno. Un par de horas después ya sabía que asistirían aproximadamente ciento cincuenta personas a la ceremonia.

—Voy a encargar la carpa inmediatamente —le comentó—. Después llamaré a la imprenta, para que impriman cuanto antes las invitaciones. Encargaré los arreglos florales a la floristería con la que suelo trabajar, y también me ocuparé de la comida, del vino, de los fotógrafos y de los coches. ¿Qué prefieres para la fiesta? ¿Música moderna grabada, o un discreto cuarteto de cuerda? ¿O una orquesta? Tú eres la que conoce las edades y las preferencias de los invitados.

—Será mejor que se lo preguntes a Gideon —contestó Janet,

encogiéndose de hombros—. ¿Sabes una cosa? Te envidio. Tienes un negocio propio, un trabajo de verdad. Te debe causar mucha satisfacción.

Mientras hablaba apretaba sin darse cuenta su camiseta. De repente la soltó y se alisó las arrugas. Parecía nerviosa, y se esforzaba para desviar la conversación de su boda.

Alice la miraba fijamente, mordiéndose el labio inferior. Normalmente, las novias con las que trataba eran incapaces de dejar de hablar sobre lo que querían para su boda.

—Estudié secretariado, ¿sabes? —le confió Janet—. Saqué muy buenas notas, y soñaba con ser la secretaria de dirección de una empresa muy importante. Entonces se estropeó todo. Mi padre enfermó y mi madre estaba desesperada, de modo que tuve que quedarme en casa. Después, cuando mi padre murió, mi madre me necesitaba más aún. Al cabo de poco tiempo murió el padre de Gideon, y… —

parpadeó con impaciencia para ahuyentar las lágrimas—. Bueno, entonces decidimos casarnos, y eso es todo. Así que mis estudios no han servido para nada.

De modo que Janet deseaba ser secretaria. Alice se preguntó cuál sería el problema. A lo mejor una parte de ella quería casarse, mientras que la otra parte deseaba seguir adelante con su propia vida.

—Eso no significa que haya sido un desperdicio —contestó Alice, recordando lo que había dicho Gideon—. El señor Rymer me ha comentado que tendrá que contratar a una secretaria para el administrador. ¿Por qué no tomas tú el trabajo?

Puede parecer nepotismo, pero ¿qué importancia tiene? Tú podrías aprovechar tus dotes y hacer lo que te gusta. Tu marido, Will y tú sabrían que estás haciendo un gran trabajo.

A ella le parecía una idea excelente, y si la futura esposa de Gideon Rymer conseguía un trabajo dejaría de sentirse mal.

Pero Janet se quedó mirándola como si le hubiera sugerido algo indignante, y se puso muy pálida.

—Eso no es posible.

Alice se preguntó por qué le parecía algo descabellado. Tal vez Gideon fuera uno de aquellos hombres que no permitían a su esposa la satisfacción de tener cierta independencia. Era posible que esperase que se quedara en casa, sin hacer nada, siguiendo los papeles tradicionales.

De repente sintió lástima por la muchacha, atrapada por el amor hacia un hombre sin corazón. Ella misma se sentía atraída hacia aquella red, de modo que entendía el infierno que atravesaba la pobre

Janet.

Pero ella podía huir, salir de allí y apartarse del peligro. Y estaba dispuesta a hacerlo cuanto antes.

—Sólo ha sido una idea —dijo con una sonrisa—. Una cosa más y ya me encargo yo de todo. El vestido de novia. ¿Cuántas damas de honor vas a tener?

—¿Damas de honor? Ninguna, ¿para qué? En cuanto al vestido, no te preocupes por eso. Ya me compraré algo cuando vaya a la ciudad.

Alice estaba atónita. Incluso en el caso de que Gideon se casara con ella sólo para tener una esposa leal que no le exigiera nada, que le diera hijos y que aumentara sus propiedades, el hecho de comportarse como una muñeca de trapo no la ayudaría a mejorar su situación.

Si ella estuviera en el lugar de la pobre Janet lucharía a fondo, dispuesta a sacar todo el partido posible del matrimonio, y empezaría por presentarle una novia de la que pudiera estar orgulloso, de la que pudiera empezar a enamorarse.

Asombrada por la vehemencia de sus pensamientos y por las imágenes mentales de ella misma vestida de encaje y satén, sonriendo soñadora a Gideon Rymer mientras le ponía el anillo en el dedo, Alice volvió a la realidad.

—¡Nada de eso! —protestó, tanto para sí como para Janet—. Será un día muy especial para ti, y tienes que estar guapísima.

Además, con Tossie y Dona en la fiesta, que llamarían la atención aunque fueran vestidas de harapos, la pobre Janet necesitaría toda la ayuda que pudiera conseguir.

—Conozco a varios diseñadores muy buenos —continuó, intentando despertar el entusiasmo de Janet—. Hacen unos vestidos de novia increíbles. He traído fotografías de algunas de sus creaciones. Échales un vistazo, y si ves algo que te guste, te concertaré una cita con el diseñador que elijas.

Se levantó con determinación y dejó el álbum en la mesita, pero Janet no hizo siquiera ademán de abrirlo.

—Si te empeñas… —dijo con indiferencia.

Alice contuvo la respiración y contó hasta diez. No era que ella se empeñara. Su deseo no era precisamente el de ver a Janet con un vestido de novia impresionante, caminando hacia el altar del brazo de Gideon Rymer.

Pero tenía que comportarse con profesionalidad, y sus secretos y necesidades culpables no entraban en juego. Había una cosa que tenía que saber, si estaba organizando la boda de Janet.

Respiró profundamente, volvió a sentarse y se cruzó de piernas, con paciencia.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo con firmeza—. ¿Quieres seguir adelante con esta boda, o estamos perdiendo el tiempo y el dinero?

El rostro de Janet adquirió un tono lívido, casi morado, y a continuación se sonrojó profundamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque hasta el momento no has mostrado ningún interés por los preparativos, y no me pareces muy entusiasmada. El instinto me dice que hay algo que marcha mal, que por algún motivo no te sientes muy feliz. ¿Te ayudaría hablar de ello?

Janet apretó las manos sobre su regazo, nerviosa y profundamente cohibida.

—No pasa nada, de verdad. Conozco a Gideon de toda la vida, y es un hombre maravilloso. Lo quiero muchísimo, de verdad. Y por supuesto que voy a seguir adelante con la boda.

—En ese caso, ¿por qué no echas un vistazo a las fotografías?

Alice tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta. Las palabras de Janet la habían afectado profundamente, de una forma muy rara. Aquello indicaba sin lugar a dudas que lo que sentía por Gideon Rymer no era simplemente el deseo físico provocado por muchos años de celibato, sino algo mucho peor.

Janet no podía ocultar su dolor. Estaba profundamente enamorada del hombre que la utilizaba sin escrúpulos, y estaba decidida a seguir adelante con el matrimonio a toda costa, a pesar de que sabía el precio que tendría que pagar, sólo porque no era suficientemente fuerte para desterrar de su corazón el amor que sentía por él y marcharse.

Aquello lo convertía en el monstruo que Alice quería ver al mirarlo. Ahora estaba convencida, y le dolía.

Precisamente porque sabía que en el fondo había seguido intentando creer en su integridad, porque no quería enamorarse perdidamente de un hombre que no la mereciera.

Pero estaba perdidamente enamorada.

Con los ojos entrecerrados, apenas se dio cuenta de que Janet pasaba las páginas, y apenas se fijó en Dona, que llevaba una bandeja con café a la terraza.

Su instinto le ordenaba que huyera inmediatamente, que se ocultara en su casa y que intentara superar aquello de la mejor forma posible. Su austero piso le parecía de repente el lugar en el que más deseaba estar de todo el mundo.

Durante unos instantes estuvo calculando la manera de marcharse de allí. Podía inventarse una llamada de teléfono de un pariente

enfermo, y enviar a Rachel, su ayudante, en su lugar. Pero en el fondo sabía que no podía hacerlo.

Nunca se daba por vencida, y Gideon Rymer no iba a conseguir cambiarla.

Tenía que desempeñar un trabajo, y lo haría.

—Lo siento —se disculpó al ver que Janet hablaba con ella—. Estaba en otro sitio.

—Dona nos ha traído un café. ¿Te vienes a la terraza?

El sol había salido, y como había predicho Tossie, era un día precioso. Las dos muchachas estaban allí, comiendo galletas de chocolate.

Gideon estaba con ellas. Tenía un aspecto arrebatador con su traje de chaqueta gris, su camisa blanca y su corbata azul oscura. Estaba recostado en una de las sillas de hierro pintadas de blanco, y tenía un maletín y una bolsa de viaje a los pies.

Su presencia la sorprendió. No lo había visto pasar por el salón; estaba perdida en el laberinto de sus pensamientos. Claro que su presencia siempre la sorprendía.

Estaba convencida de que verdaderamente lo odiaba, de que despreciaba su visión, hasta que él le dedicó una sonrisa y algo se encogió en su interior, cerrándole la boca del estómago.

Con un enorme esfuerzo le devolvió la sonrisa y se sentó junto a Janet. Respiró profundamente para poder hablar.

—Mientras decides qué diseñador prefieres, me pondré a hacer llamadas telefónicas para empezar a organizar las cosas —comentó a Janet.

Dejó de hablar al darse cuenta de que le temblaba la voz. Gideon la miraba fijamente. Podía sentir sus ojos, que le perforaban la cabeza. No lo soportaba.

Se levantó y negó con la cabeza cuando Dona le tendió la cafetera. No podía seguir allí ni un momento más, consciente de que los ojos de Gideon podrían ver sus emociones con la misma facilidad con que veían su rostro, observándola, planteándose preguntas y llegando a conclusiones.

—Tengo que ir a buscar una cosa a mi habitación —improvisó mientras se marchaba a toda velocidad.

Una vez a solas en el salón, se pasó las manos por la cara y se quitó las gafas. Le temblaba todo el cuerpo, descontrolado, y las piernas no la sujetaban apenas. Sería incapaz de llegar hasta su dormitorio.

Estaba convencida de que podía contenerse, pero evidentemente no era así.

Tenía menos fuerza de voluntad de la que creía. No era capaz de

soportar la tensión de encontrarse en compañía de Gideon, no podía aguantar el nerviosismo de preguntarse cuándo descubriría su secreto. Le bastaba con mirarlo, con sentir su mirada o con oír su voz para desearlo con una desesperación que jamás se habría creído capaz de sentir.

Nunca en su vida se había dejado dominar por las emociones hasta tal punto.

—¿Qué te pasa, Alice? ¿Te encuentras mal?

La preocupación de aquella voz aterciopelada era inconfundible, igual que era inconfundible la ternura en la forma en que tomaba sus manos y se las apartaba de la cara.

Miró con expresión comprensiva sus rasgos turbados y le llevó las manos a los ojos. Las lágrimas le escocían en el fondo de los ojos. Durante un momento la tentación fue insoportable.

La fortísima tentación de estar con él. El deseo insistente de llorar contra su camisa blanca, de oír los latidos de su corazón, de rodearlo con los brazos y sentirse abrazada por él.

Estaba librando una verdadera batalla interior. Una batalla por su integridad. Y

ganó. Respiró profundamente y se apartó.

—Deja de manosearme. Guárdate esa conducta para las integrantes de tu harén.

Capítulo 5

Alice levantó la cara hacia el sol, cerró los ojos y respiró a fondo las fragancias del verano. El aire limpio del campo, la hierba recién segada y el perfume de las flores que salían de los macizos cuidadosamente plantados por Tossie se unían creando un perfume embriagador.

El día anterior, cuando estaba tan alterada que fue capaz de gritar a Gideon que dejara de manosearla, supo que había llegado demasiado lejos.

Sobre todo cuando vio el repentino brillo oscuro de sus ojos, la cólera que lo hizo apretar los labios. Sin duda aquélla era la mirada que hacía estremecerse de pavor a los testigos.

Esperaba que la despidiera en el acto, y se daba cuenta de que lo habría merecido.

—¿Qué te hace pensar que has sido admitida en ese grupo tan selecto? —espetó él.

Dicho aquello, dio media vuelta y salió de la habitación. La tensión de su cuerpo revelaba el desprecio que sentía hacia aquella mujer insignificante que se había atrevido a rechazar sus atenciones.

Desde entonces no lo había vuelto a ver.

Si había vuelto a Rymer Court después de la cena de la noche anterior, no había dado señales de vida. Alice lo prefería así. En su ausencia había sido capaz de relajarse y desempeñar su trabajo.

Había pasado la tarde anterior y aquella mañana hablando por teléfono para organizar las cosas, y con la llegada de la florista para observar todos los arreglos necesarios, todo marchaba como la seda.

Con excepción del vestido.

Después de presionar a Janet consiguió que le dijera que no le parecían mal los diseños de Nico McGill. Alice había resistido el impulso de gritar ante su falta de entusiasmo, y se había ido a su habitación para telefonear.

Nico estaba encantado con el encargo. Se había quejado un poco por la falta de tiempo, pero lo había aceptado de todos modos y había prometido ver a la novia por la mañana.

Alice había decidido asistir a la cita.

Explicó a Janet apresuradamente que Nico diseñaría un vestido exclusivo para ella, un atuendo creado especialmente para hacer que estuviera resplandeciente el día de su boda. Pero la novia había reaccionado, como de costumbre, sin ningún entusiasmo, de modo que estaba dispuesta a quedarse para asegurarse de que Janet se presentaba a la cita.

Después podría sacudirse de los pies el polvo de Rymer Court y

empezar a olvidar el vergonzoso hecho de que había estado a punto de ponerse en ridículo delante de su propietario.

Mientras tanto se tomaría un descanso. Tenía por delante la larga y preciosa tarde, sin nada que hacer.

Janet había vuelto a marcharse, con destino desconocido, y Gwen, después de alabar las virtudes del ausente Gideon durante la comida, había subido a su habitación.

De modo que Alice se duchó, se lavó la cabeza, y se dejó el pelo suelto para que se le secara. La mata de rizos dorados caía en una cascada hasta su cintura.

Cuando comentó a Dona, mientras la ayudaba a recoger la mesa después de la cocina, que tenía intención de tomar un poco el sol, el ama de llaves se había ofrecido a prestarle algo más adecuado que las faldas y blusas que formaban su equipaje.

Al salir de la ducha se encontró sobre la cama unos minúsculos pantalones cortos de color amarillo limón y un top más minúsculo aún, a juego. Se lo puso con cierta aprensión, pero cuando se miró en el espejo, casi tuvo la impresión de que estaba atractiva.

Aquellas prendas realzaban su figura, y su pelo resultaba bastante llamativo cuando estaba suelto.

Sacudiendo la cabeza y sonriendo, sorprendida por aquel momento de coquetería sin precedentes, salió descalza de su habitación, atravesó la cocina desierta y se recostó en una tumbona del porche trasero.

—Me alegra verte descansar por una vez. ¡Vaya! Tienes un pelo precioso. El color es increíble, y lo llevas larguísimo.

Alice abrió los ojos y devolvió la sonrisa a Tossie. Estaba enganchando una manguera al grifo, dispuesta a regar las plantas.

—Gracias —contestó incorporándose—. Necesita bastantes cuidados, pero nunca me ha hecho gracia cortármelo, porque es lo único bonito que tengo.

—¡Tonterías! —protestó Tossie—. Yo diría que no estás nada mal. ¿Qué tal van las cosas? Me refiero a la boda y todo eso.

Alice no quería hablar de aquello. Prefería olvidarlo durante un rato. La idea de la ceremonia que se avecinaba la desesperaba. Pero Tossie le caía demasiado bien para no contestar a su pregunta.

—Muy bien. Ya lo tengo casi todo resuelto. Sólo falta resolver el asunto del vestido y la comida. Van a enviar menús de muestra.

No podía seguir hablando. Estaba desesperada.

—¿No te has preguntado nunca si no estarás perdiendo el tiempo? Es posible que la boda no llegue a celebrarse.

Alice la miró con extrañeza. Tossie no bromeaba; sus ojos

reflejaban verdadera preocupación.

—¿Por qué dices eso?

—Es instintivo —se encogió de hombros—. No, es más que eso. No pienses que me meto donde no me llaman, pero Gideon no está enamorado de ella.

—¿Cómo lo sabes?

Alice sabía que hablaba con cierta brusquedad, pero no podía evitarlo. Se preguntó si Gideon tendría una aventura secreta con su despampanante jardinera. O

con su ama de llaves. O incluso con las dos. Tal vez por eso sabía Tossie lo que ella misma había sospechado desde el principio.

—Porque conozco a Gideon. Dona y yo hemos hablado mucho de este asunto.

No está enamorado de Janet, salta a la vista. La quiere mucho y le tiene mucho cariño, desde hace años. Y creo que lo que ella siente por él es lo mismo. Al principio Janet parecía satisfecha con el asunto de la boda. Su madre y ella se mudaron a esta casa mientras les arreglaban la suya, y todo marchaba muy bien. No había ninguna pasión arrebatadora, pero tampoco cabía esperarla. Se comportaban como si fueran muy buenos amigos. Pero hace una semana, aproximadamente, la actitud de Janet cambió. Empezó a evitarlo y a salir continuamente, como si hubiera perdido una moneda de cinco libras y hubiera encontrado un penique. A veces veo que Gideon la mira, como confundido, como si se estuviera preguntando si hace lo adecuado. Te diré una cosa. No sé cuál de los dos va a dar ese paso, pero uno de los dos va a cancelar la boda.

—Espero que te equivoques —mintió Alice.

Aunque no podía decir otra cosa. Janet merecía algo mejor que verse atada a un hombre que no la amaba, y cuyos motivos para proponerle el matrimonio eran más que sospechosos. A pesar de lo que decía Tossie, Alice estaba segura de que el cambio que había experimentado Janet se debía a que había descubierto que el hombre que la había pedido en matrimonio no estaba enamorado de ella. No había nada más que pudiera explicar su evidente sufrimiento.

—Hablando de caras largas, ahí tenemos otra.

Un movimiento al otro lado del jardín llamó la atención de Alice. Se volvió y vio a un joven de pelo rizado, cuyo rostro resultaría atractivo si su expresión no fuera tan amarga.

—¿Quién es ése?

—Will Gaunt, el administrador. Gideon lo contrató cuando se encargó de la gestión de las tierras de Manor y de la granja familiar. Vive en la antigua casa del guarda forestal. Es muy simpático, pero

últimamente tiene un humor de perros.

Mientras las mujeres lo miraban, montó en un todo terreno y se marchó. Tossie empezó a regar las plantas. Alice estaba dispuesta a olvidar todo lo relacionado con la boda mientras pudiera. Se levantó, se despidió de la jardinera y empezó a caminar hacia los jardines.

Cuando tenía demasiado calor para seguir andando llegó a una zona empedrada de un rincón oculto. Había una mecedora de jardín a la sombra, rodeada de flores multicolores. Se dejó caer en los cojines y se columpió con los ojos cerrados, dejando que sus pensamientos vagaran con libertad.

—Creía que yo era el único que venía por aquí. ¿Te importa que te haga compañía?

El movimiento del balancín, acompañado del sonido de la voz de Gideon, la despertó con más eficacia que un cubo de agua helada. Abrió los ojos de golpe, con todas las terminaciones nerviosas al rojo vivo.

—¿Es que no trabajas nunca?

Se arrepintió inmediatamente después de pronunciar las primeras palabras que acudieron a su mente, y durante el segundo de silencio que siguió a su pregunta se mordió el labio inferior, avergonzada, convencida de que ya habría conseguido enfurecerlo por completo y de que la echaría de su casa.

Pero en vez de montar en cólera, Gideon le dedicó otra de sus enigmáticas sonrisas y se reclinó en el respaldo mientras observaba sus rasgos.

—¡Y yo que pensaba que por una vez estabas relajada! Sin embargo, me basta con decir una palabra para que te pongas como loca. Me gustaría saber por qué.

Alice no quería que Gideon se interrogase sobre sus motivos. Podría descubrir la terrible verdad, y ella no podría vivir con semejante humillación. De modo que se esforzó para mostrarse natural, se encogió de hombros y hasta esbozó una sonrisa de disculpa.

—Perdona, me has asustado. Pensaba que estarías en la ciudad, conmoviendo a algún jurado.

—Pues no —tomó entre sus dedos una mecha del pelo de Alice—. Muy bonito.

Sabía que sería precioso si te lo soltabas.

Su voz constituía una seducción en sí misma, y su mirada hacía que se le desbocara el corazón. Estaba perdiendo todo el control que tanto le había costado reunir. Se dio cuenta de que se tensaba, pero no se atrevía a tranquilizarse porque no confiaba en sí misma. No estaba

segura de no ir a lanzarse a los brazos de Gideon, dejándose llevar por su recién descubierta naturaleza apasionada.

Despacio, muy despacio, dejó escapar la respiración cuando Gideon soltó su pelo al fin.

—Acabo de terminar con un caso verdaderamente duro —comentó él—. Llegó justo después de otro que había resultado muy largo, así que ahora me estoy tomando un descanso. Estoy libre hasta después de la boda. ¿Qué tal marchan los preparativos?

—Muy bien.

No estaba muy convencida de que su respuesta fuera cierta, pero no sabía qué otra cosa podía decir. No era su misión comentar que la boda, en caso de que tuviera lugar, cosa que Tossie parecía dudar seriamente, sería sólo el preludio de un desastre.

Los motivos que tenía Gideon para casarse eran erróneos, y Janet debía haber descubierto la verdad recientemente. Probablemente no se mostraba muy interesada por el acontecimiento porque había descubierto que su prometido no la amaba. Ni siquiera le importaba el vestido que se fuera a poner.

—Me alegro.

El tampoco parecía muy entusiasmado, pero no cabía esperar ningún entusiasmo. Alice lo miró de reojo.

Tenía los párpados cerrados. Sus imposibles pestañas larguísimas le llegaban casi a los pómulos. De modo que podía mirarlo libremente. A su pesar, recorrió con la vista sus anchos hombros, su cuerpo esbelto y musculosos y sus largas piernas.

De repente Gideon abrió los ojos. Seguía teniendo la capacidad de sorprenderla, de hacer que sintiera que era todo lo que quería ver. Alice apartó la vista rápidamente, avergonzada.

—Me marcho mañana, en cuanto el diseñador se entreviste con Janet —dijo apresuradamente—. Así que ya os dejo en paz.

—¿A qué vienen tantas prisas?

Alice se había puesto en pie, pero Gideon la capturó por la muñeca, mientras recorría con los ojos su cuerpo casi desnudo. Se volvió a sentar, cohibida, porque la caricia de la mirada de Gideon le arrebataba las fuerzas.

Demasiado tarde, deseó no haberse puesto la ropa de Dona. Sin su ropa seria ni su trenza formal se sentía desprotegida e indefensa.

Estaba temblando por dentro. Tan cerca de él, a solas, era incapaz de comportarse como un ser humano racional.

No le gustaba reaccionar así ante la presencia de Gideon, pero no podía evitarlo. Lo había intentado sin ningún éxito, y a pesar de todas las verdades poco halagüeñas que conocía sobre él, aún tenía la

capacidad de embrujarla.

Durante toda su vida adulta se habría acostumbrado a que las mujeres cayeran a sus pies continuamente. Tanto que era probable que esperase que le ocurriera con todas. Por eso la miraba con tanta seguridad.

Era un hombre que tomaría lo que le ofrecieran para después perder el interés.

Un hombre de sangre fría, a pesar de la sexualidad que rezumaba. Tan frío que era capaz de casarse por motivos económicos.

Como ella era probablemente la única mujer que no había buscado su compañía, la única que intentaba marcharse cuanto antes, estaba intrigado. Por eso se había propuesto hacerla caer bajo su hechizo.

Era una conjetura de Alice, pero estaba convencida de que no era descabellada.

Era el único motivo que podía tener Gideon para desear que se quedara, para mantenerla a su lado.

Pensó esperanzada que por lo menos aquello significaba que no se había dado cuenta de que ya había caído bajo su hechizo, tanto como cualquier otra. Porque si lo supiera habría demostrado lo que quería saber y habría perdido el interés. Podría mirarla sin verla siquiera. Desde luego no la sujetaría por la muñeca para evitar que se marchara.

—Quédate un rato a hacerme compañía.

—Algunos de nosotros tenemos que trabajar —se defendió.

—¿De qué te sirve trabajar tanto si no te paras un rato para apreciar lo que te rodea? ¿Por qué no te permites el lujo de observar lo que tienes a tu alrededor, de aprender algo sobre las cosas, sobre las personas?

El cálido tono divertido de su voz hizo a Alice contener la respiración. Le estaba tomando el pelo por ser como era.

—Llevas aquí un par de días —continuó Gideon—, y aún no sé nada sobre ti. Y

quiero conocerte. Quiero saber cómo eres.

—¿Por qué?

De modo que aquél era su discurso, pensó con desprecio. Decía a las mujeres que quería conocerlas mejor. No quería imaginar para qué.

—Porque me intrigas.

Alice sabía que debía ser un discurso ensayado muchas veces. Pero el hecho de que lo supiera no evitaba que un temblor de excitación recorriera su cuerpo.

Se llevó la mano libre a la boca, agitada. No debía estar sujetándola por la muñeca, ni hablar con ella en aquel tono. Ella no

debía permitirlo. Tenía que zafarse, ponerse en pie e irse de allí.

No sabía dónde estaba todo su amor propio.

Gideon tomó su otra mano y sonrió.

Alice luchó con todas sus fuerzas para recuperar sus maltrechas defensas.

—Nuestra relación es puramente profesional. Impersonal. Terminará en cuanto me marche de aquí.

—De acuerdo, tomemos eso como punto de partida, ¿vale? Cuéntame cómo emprendiste el negocio y cómo has conseguido que tenga tanto éxito.

Alice había conseguido liberar las manos, y él no había insistido en seguir sujetándola. Debería sentirse aliviada, pero no era así.

Pero si no tenía la fuerza moral y la voluntad suficiente para marcharse, por lo menos podía hablar de su negocio, que era algo bastante impersonal. Probablemente lo aburriría, y Gideon tendría que inventar una llamada de teléfono olvidada o algo parecido para librarse de ella.

No le parecía mal. Así se libraría de la presión de estar a solas con él en una esquina escondida del jardín.

—Bueno, ¿cómo empezaste? —insistió Gideon—. ¿Cómo tuviste esa idea?

Aquello era muy fácil. Alice sonrió a su pesar.

—Tengo tres hermanas mayores. Arabella, Ángel y Amaryllis.

Afortunadamente, cuando nací a mi madre se le debían haber agotado las existencias de nombres raros que empiezan por A, de modo que me llamó simplemente Alice.

No sé qué manía tiene con esa letra, pero bueno. O eso o podía ver el futuro y sabía que yo sería mucho menos llamativa que mis hermanas, y decidió que un nombre vulgar sería más adecuado para mí.

Mucho más relajada, se cruzó de piernas y entrelazó las manos delante de una rodilla, adelantándose, sin darse cuenta de que aquella postura realzaba sus senos.

No reparó en la mirada de Gideon.

—En cualquier caso —continuó—, como mis hermanas sólo tenían un objetivo en la vida, que era el de casarse con buenos partidos, cosa que no les resultaba difícil teniendo en cuenta su aspecto, tuve que ayudar a mi madre a organizar tres bodas, cada una más lujosa que la anterior. A mis hermanas siempre les ha gustado competir entre ellas.

Sonrió, descubriendo lo fácil que resultaba hablar con aquel hombre. Era como charlar con un viejo y querido amigo, alguien que siempre fuera a apoyarla en todo.

Se volvió hacia él, sonriendo abiertamente, porque le encantaba hablar de su trabajo y estaba muy orgullosa de sus logros. Se subió las gafas, que siempre se le deslizaban por la nariz cuando estaba hablando.

—Estaba en la boda de Angel —prosiguió—, la última de las tres que se casó, cuando de repente tuve la inspiración. De repente supe que mi futuro estaba en las bodas. No en la mía, naturalmente, sino en organizar las de los demás. Después de haber ayudado a mi madre a organizar tres ceremonias espectaculares, no me quedaba gran cosa por aprender, excepto la parte empresarial del negocio.

—Así que no te interesaba casarte —comentó Gideon, contemplándola—. A casi todas las chicas les apetece, antes o después.

—Ni hablar —contestó Alice con determinación—. Cuando era más joven, nadie se fijaba en mí. Mis hermanas eran, siguen siendo, impresionantes. Al principio me molestaba, hasta que recapacité y descubrí qué era lo que esperaba de la vida.

—¿Y qué es lo que esperas?

—Ser independiente. Conseguir algo de lo que pueda estar orgullosa. Cada vez que una de nosotras cumplió dieciocho años, mi padre ponía a nuestra disposición todo lo que quisiéramos. Mis hermanas querían joyas, vestidos de diseño y coches deportivos, porque aumentaban sus posibilidades de atraer a los hombres que les interesaban. Yo pedí dinero para montar mi negocio. Esa es la diferencia. Al principio me resultó bastante difícil. Hice un curso de gestión empresarial para prepararme, pero tuve que abrirme camino en el negocio, buscando los clientes adecuados y esforzándome para que me recomendaran a sus amistades. Ahora todo marcha muy bien y nunca me he arrepentido, sobre todo porque ninguna de mis hermanas parece muy satisfecha. Arabella estuvo a punto de divorciarse hace poco tiempo.

Las palabras brotaban de sus labios con gran facilidad. Parecía incapaz de detenerse. Aquel hombre tenía algo que invitaba a la confidencia. Era un don que debía valer su peso en oro en el ejercicio de la abogacía.

—Estaba aburrida —prosiguió—, de modo que empezó a salir con otro hombre.

Me dijo que era una aventura sin importancia, y que no entendía por qué Ben, su marido, se enfadaba tanto. Le dije que tenía que establecer sus prioridades y decidir si prefería una serie de aventuras sin importancia o un matrimonio estable con un hombre decente.

—Ah —Gideon pasó un dedo por su brazo, y algo en su interior se estremeció

—. Todas son iguales, Alice.

Se humedeció los labios con la punta de la lengua, esperando que su voz saliera con normalidad, que no la delatara, que no le confesara el efecto que tenía sobre ella el contacto de su dedo sobre la piel desnuda.

—¿A qué te refieres?

—A las mujeres bellas. Sobre todo cuando están casadas.

Alice lo miró con incertidumbre, recordando que había estado charlando animadamente durante media hora. De repente lo entendía todo. A Gideon le encantaban las mujeres bellas; bastaba con ver su harén y observar el trato que tenía con sus integrantes para darse cuenta; pero no confiaba en ellas si no podía apartarlas de su vida cuando le apeteciera.

Porque aquello era lo que su madre había hecho con su padre y con él.

A causa de su desconfianza se iba a casar con Janet. Porque era una mujer de aspecto insignificante, y resultaba muy improbable que intentara vivir su vida. Para mejorar las cosas, era una rica heredera.

Alice sentía un poco de compasión hacia él. Sabía que su pasado, y la influencia de las personas sobre su vida cuando era joven, afectaban su presente. A ella le ocurría algo parecido. Casi se sentía identificada con él.

Se miraron a los ojos durante largo rato. Era como si estuvieran compartiendo secretos sin palabras.

Después la peligrosa sonrisa volvió a los ojos de Gideon, curvando ligeramente su sensual boca, y aquel momento mágico se interrumpió, porque le quitó las gafas con suavidad y murmuró:

—¿Sabes una cosa, Alice? No sé qué te habrán hecho creer, pero eres bella.

Bellísima.

Entonces la besó.

Capítulo 6

Aquel beso fue la experiencia más dulce de la vida de Alice. Una sensación exquisita la invadió, transportándola a un universo de luces y colores desconocidos.

El contacto de los labios de Gideon contra los suyos era como el descubrimiento del paraíso, la respuesta a todos los misterios. Cuando él hundió los dedos en su pelo, ella entreabrió los labios de forma instintiva.

Sintió una oleada de excitación, tan intensa que amenazaba con ahogarla, cuando Gideon llevó las manos a su espalda. No podía evitarlo, como no podía evitar explorar por su cuenta los duros músculos del hombre. Lo atraía hacia sí. Necesitaba que estuviera cerca, mucho más cerca, porque sólo el contacto de todo su cuerpo podía aliviar aquella presión, tan placentera que casi resultaba dolorosa, y convertirla en éxtasis.

Entonces sintió que el cuerpo de Gideon se tensaba ligeramente. Durante unos instantes tuvo la impresión de que todo se detenía. Sus pulmones dejaron de respirar y su corazón dejó de latir. Era como si la vida entera se hubiera quedado en suspensión. De repente, cuando su corazón volvió a latir, Gideon se apartó de ella y le llevó las manos a los hombros con determinación.

Durante un momento no pudo enfocar la mirada. La pérdida y la culpa la cegaban. Después vio que un músculo se contraía en la mandíbula de Gideon y creyó que compartía su angustia, la consciencia de que aquello no debía haber ocurrido.

Pero sabía que estaba equivocada. Sin remedio. Porque vio la amabilidad de sus ojos y oyó la risa en su voz cuando volvió a ponerle las gafas.

Alice sintió que la sangre abandonaba su rostro. Tenía los nervios destrozados.

Gideon se limitaba a intentar demostrarle algo, a su manera.

—Eres una preciosidad, Alice —dijo con naturalidad—. Me moría de ganas de besarte. El hecho de que pienses que tus hermanas se llevaron todas las cualidades físicas, sin dejarte nada a ti, no significa que tengas que renunciar a la vida y esconderte detrás de un muro de antipatía y ropa poco favorecedora —la tomó de las manos—. Tú eres tú. Única y especial. Y encantadora. No permitas nunca que nadie te diga lo contrario. No lo olvides.

Alice intentaba no llorar. Intentaba encontrar algo que decir, para dejarlo en su lugar. Pero de repente supo que no podía ser así, no con él, nunca más.

Se había abierto paso entre sus defensas, destrozándolas. Seguía

conmocionada por la forma en que Gideon la hacía sentir. Pero su sentido común apareció con retraso, y Alice supo que no podía quedarse allí paralizada, mirándolo con los ojos nublados.

No podía permitir que Gideon supiera que el efecto del beso, por lo menos para ella, había sido impresionante. De modo que apartó las manos sin brusquedad pero con firmeza.

—Tengo que irme —le comunicó con frialdad—. Había pensado en irme a pasar la tarde a Wantage, ya que no tengo nada útil que hacer por aquí.

No había pensado en ir a ningún sitio hasta aquel momento, pero la excusa cumplió su finalidad, porque Gideon no intentó detenerla cuando vio que se levantaba.

No contestó, y Alice lo miró con incertidumbre. Estaba recostado en el balancín, con los ojos cerrados. Vio en su rostro unas líneas de tensión que nunca había observado en aquel hombre.

Se preguntó si debía decir algo. Cualquier cosa. Alguna tontería, como «nos vemos a la hora de cenar», simplemente para demostrarle que no estaba enfadada con él, que un simple beso no era motivo para preocuparse.

Pero decidió no hacerlo, porque estaba segura de que Gideon no estaba preocupado en absoluto por un simple beso que le había dado como muestra de amistad, para demostrarle algo. Se escabulló y se dirigió a la casa, sin esforzarse para detener las lágrimas. Estaba llorando por algo que había atisbado durante un momento y después había perdido para siempre.

Consiguió llegar a su habitación sin que la viera nadie. Se lavó la cara, se recogió el pelo y se puso una falda y una blusa. Su ropa no le había parecido nunca tan aburrida como entonces.

Sabía que debería sentirse muy culpable por lo ocurrido. Había llegado a Rymer Court con intención de hacer todo lo que estuviera en su mano por la novia y utilizar sus conocimientos para crear una ceremonia perfecta e inolvidable para la feliz pareja. Y había terminado deseando al novio, con una avidez que borraba todo lo demás de su cerebro.

Incluso la culpa.

No podía hacer daño a Janet. No le había arrebatado nada con aquel beso, porque para él no había significado nada. Probablemente para él besar era una especie de afición, algo inofensivo con lo que disfrutaba, como aspirar el perfume de una rosa o ver una puesta de sol.

Ella era la única persona que iba a salir dañada.

Como su madre habría dicho, habría lágrimas antes de la hora de

dormir. Sólo se podía culpar a sí misma por el estado en que se encontraba. Estaba sufriendo un merecido castigo porque una mujer de su edad no tenía derecho a dejarse llevar por un enamoramiento juvenil.

No podía ser otra cosa. No estaba dispuesta a reconocer que fuera nada más. En cuanto al beso, intentaría que trabajara a su favor, no en su contra. Lo observaría desde un punto de vista lógico.

Gideon había estado escuchando lo que decía sobre sus impresionantes hermanas, había llegado a la conclusión de que se sentía acomplejada y la había besado para demostrarle que no tenía nada que envidiarles. Había sido muy amable.

No se ocultaba ningún deseo detrás de aquel beso; Gideon sólo intentaba demostrarle que no tenía nada de que avergonzarse en cuanto al aspecto físico, que podía y debía sentirse orgullosa de su cuerpo. Que los hombres podían querer besarla.

Considerado desde aquel punto de vista, el beso había representado un ofrecimiento de confianza si ella se atrevía a aceptarlo. Tenía que sentirse agradecida, y no culpable. No le había quitado nada a Janet.

Durante el resto de la tarde disfrutaría de su nueva personalidad, porque así la consideraría algo real, y no un simple sueño defensivo. Con el tiempo sería capaz de recordar aquella época de su vida y se sentiría agradecida hacia Gideon por haberle abierto los ojos a su potencial físico.

Tenía el coche aparcado en los establos, y estaba sacándolo de allí cuando apareció Tossie. Alice frenó cuando la jardinera se inclinó hacia la ventanilla y se apartó una mecha de pelo rubio con una mano enguantada.

—¿Has visto a Gideon? Ha vuelto, y te estaba buscando. Le he dicho que la última vez que te había visto ibas al jardín. ¿Te ha encontrado?

—Sí.

Alice se esforzó para no sonrojarse al recordar con todo detalle lo sucedido, pero no entendía por qué motivo podía estar buscándola Gideon. Apenas había mencionado la boda; no habían hablado del trabajo que desempeñaba para él. Se había limitado a preguntar con desinterés qué tal marchaban las cosas, y después le había pedido que le hiciera compañía y que le hablara de su vida.

Le extrañaba que hubiera ido a buscarla porque quería estar con ella, porque quería conocerla mejor.

Por improbable que le pareciera, sintió que su rostro adquiría un tono rosado, que se convirtió en carmesí cuando Tossie, contenta de

poder charlar un rato, apoyó los brazos en el marco de la ventanilla y la miró sonriente.

—¡Qué suerte tienes! Hay muchas personas que renunciarían a la pensión de jubilación a cambio de que Gideon Rymer las siguiera.

Alice fue incapaz de resistirse. La jardinera era encantadora, y el trato que tenía Gideon con ella y con Dona era relajado y afectuoso. Nadie podría culpar a Tossie por desearlo.

—¿Tú también? ¿Eres una de sus seguidoras?

—¿De sus seguidoras? No, nada de eso —los ojos azules de Tossie resplandecieron de humor—. Dona y yo sólo lo queremos por lo que es.

Alice volvió a Rymer Court al final de la tarde, acalorada, sudorosa y agotada después de su frenética excursión por varias tiendas. Sacó un montón de bolsas, que demostraban su nueva personalidad y las posibilidades que le había abierto Gideon con aquel beso.

Nunca haría estallar el mundo en llamas con su impresionante aspecto, pero tampoco ocultaría los atributos que tuviera bajo ropa poco favorecedora, como decía Gideon. Era casi como si se estuviera castigando por no ser tan bella como sus hermanas.

Cuando subía por la escalera se cruzó con Gwen.

—¿Dónde está Janet? ¿Ha estado contigo?

—No, se ha ido justo después de comer. No es necesario que esté aquí hasta que venga el diseñador, mañana.

Alice pensó que no había dicho lo más adecuado cuando vio que la otra mujer apretaba las manos, nerviosa.

—¿Que no es necesario que esté aquí? Claro que es necesario. Gideon ha vuelto hace varias horas. El lugar de mi hija está aquí, junto a él. No… Bueno, el chico va a empezar a pensar cosas raras.

Allí había otra persona extrañada por la conducta de la pareja, pero en el caso de Gwen la inquietud llegaba a ansiedad.

—Es posible que haya ido a Manor —comentó Alice—. Creo que el señor Rymer y ella están deseando ver el trabajo terminado antes de la boda.

Le resultaba difícil hablar de la boda y fingir que su único interés era el profesional cuando todo su interior se rebelaba contra la ceremonia. Pero la preocupación de Gwen era demasiado grande para que captara los problemas emocionales de otra persona.

—No. He estado allí, y los decoradores dicen que no la han visto. Ah, si estuviera aquí mi querida Rose. Seguro que ella sabría qué hacer.

—Bueno, estoy segura de que Janet no se ha perdido. Ya volverá a casa cuando tenga hambre.

Intentó bromear, con intención de alegrar un poco a Gwen, pero fue inútil. La madre de Janet siguió bajando la escalera sin decir una palabra más.

Alice se quedó mirándola, extrañada. Creía saber por qué se sentía tan mal Janet. Había descubierto que el hombre con el que iba a casarse, el hombre al que ella amaba, no la correspondía. Tenía todo el derecho del mundo a estar destrozada.

Se preguntó si habría confiado en su madre, y si Gwen temía que su hija desperdiciaba la oportunidad de convertirse en esposa del maravilloso Gideon. Igual que toda la gente que vivía en aquella casa, lo consideraba el paradigma de todas las virtudes.

Apartó con determinación todos los problemas de su cabeza. No eran asunto suyo, y era a los implicados a quienes correspondía arreglarlos. Al día siguiente a aquellas horas estaría de nuevo en Londres, y todo habría acabado para ella. Su ayudante se encargaría de supervisar el cumplimiento de los plazos de entrega acordados. De modo que podía dedicarse a decidir qué ponerse aquella cena.

No sabía si optar por el vestido amarillo limón o por los pantalones de seda azules con top a juego.

El vestido. Definitivamente, se pondría el vestido. Se había visto muy elegante cuando se había mirado al espejo con él.

Mientras se recogía el pelo en un gorro de plástico para ducharse, cambió de opinión, y una hora más tarde se unió a los demás ataviada con un vestido de algodón semitransparente con dibujos de color verde y rosa sobre fondo crema. La falda, con mucho vuelo, se pegaba a sus piernas cuando caminaba, y el corpiño sin mangas realzaba sus firmes senos y su estrecha cintura.

No se había tomado la molestia de trenzarse el pelo; se había limitado a cepillárselo y se lo había dejado suelto.

Para contrarrestar la apariencia juvenil de su cabello se había puesto sus nuevas sandalias italianas, de un precio indignante, con los tacones muy altos y una telaraña de finísimas tiras de cuero. Se había pintado los ojos para distraer la atención de sus gafas.

Los habitantes de la casa estaban en la terraza, sentados alrededor de la mesa.

De forma instintiva, miró a Gideon. Llevaba una camisa de seda oscura, con los botones superiores desabrochados, y unos pantalones anchos de algodón blanco.

Tenía un aspecto impresionante.

Se levantó con su elegancia habitual y entrecerró los ojos para observarla atentamente. Después volvió a abrir los ojos, sin ocultar el brillo de admiración.

Alice sintió que su corazón daba un vuelco y se apresuró a apartar la mirada.

Sentía los ojos de Gideon clavados en sus labios.

Se preguntó si estaría recordando el beso, y la reacción que ella había tenido.

Pero no debía permitirse pensar cosas así. Era peligroso. Sin embargo, los dos parecían encontrarse en otra dimensión, en la que sólo existían ellos.

Algo en su interior se movió, lleno de vida. No podía evitarlo; su reacción ante él estaba más allá de su control. Le gustaría que dejara de mirarla, que sus ojos se apartaran de sus labios, que rompiera el hechizo.

No podía moverse. Lo miró y vio la línea de sus labios comprimidos, y sus cejas fruncidas sobre sus ojos repentinamente duros, mientras apartaba una silla para ayudarla a sentarse.

Alice tomó asiento rápidamente, insegura. No sabía lo que había ocurrido, pero estaba segura de que había ocurrido algo. La mirada de Gideon había hecho que todo cambiara.

—Sírvete tú misma —dijo Janet con cierta brusquedad.

Gwen, que evidentemente intentaba comportarse como si la situación fuera maravillosa, charlaba sobre la inminente boda. Quería que la pusieran al día sobre todo lo que se había hecho hasta el momento, como si hablar sobre ello fuera a hacer que ocurriera.

Mientras daba a Gwen las respuestas entusiastas que quería, Alice no dejaba de pensar.

Saltaba a la vista que a Gideon le había gustado la modificación de su apariencia, pero rápidamente se había interrogado sobre los motivos y había llegado a la conclusión incorrecta. Debía estar recordando la reacción enfebrecida que ella había tenido al beso amistoso. Probablemente estaba convencido de que se había arreglado con el fin de resultarle atractiva y tentarlo para que le diera más de lo mismo.

No podía estar más alejado de la verdad. Alice no se había puesto la ropa nueva, favorecedora, para atraerlo. Lo había hecho por sí misma, porque la demostración de Gideon había hecho que se viera bajo una nueva luz. Pero no se le ocurría nada más que pudiera explicar aquel ceño, aquella mirada oscura y dura y la brusquedad de sus movimientos.

Se sentía profundamente humillada.

Mientras intentaba seguir contestando a las preguntas de Gwen, se sirvió un poco de ensalada, y Gideon le llenó la copa de vino. Lo miró sin darse cuenta, pero él apartó la vista rápidamente, como si su visión

le resultara desagradable.

Las sospechas de Alice se estaban confirmando. Gideon creía que ella había visto en el inocente beso más de lo que había.

Incluso su silencio le advertía que no debía ser presuntuosa. La mujer que despertara su interés sexual sería muy distinta de ella. Elegante, refinada, con mucha experiencia. Recordó su agenda secreta de números de teléfono. La utilizaría cada vez que se sintiera aburrido del matrimonio con una mujer a la que no amaba.

Si Gideon pensaba que se había vestido así para atraerlo, debía pensar que pretendía mantener con él una aventura secreta. Pero Alice no haría nunca algo así.

Era cierto que tenía problemas con su ridículo enamoramiento, pero al día siguiente se marcharía y seguiría con su vida.

—Me voy —anunció Janet, que apenas había tocado la comida.

—¿Adónde?

Gwen dejó de hablar del menó de la fiesta y miró a su hija con reproche.

—A casa —contestó Janet, apartando la silla para levantarse—. Creía que te lo había dicho. Quiero tomar medidas para las cortinas nuevas. No podemos volver a colgar las antiguas, están hechas un desastre.

La conversación se interrumpió cuando apareció Dona.

—Te llaman por teléfono, Gwen. En el estudio.

La madre de Janet se disculpó y se levantó.

—No te preocupes si llego tarde —dijo Janet—. Quiero terminar hoy mismo con las medidas.

Su voz era agitada, como si hubiera estado corriendo, en vez de dedicarse a empujar un trozo de tomate por todo el plato.

Alice se atrevió a mirar a Gideon, preguntándose si acompañaría a su futura esposa, pero él no hizo ademán de levantarse.

—¿Vas a llevarte el coche? —preguntó a Janet.

La mujer se volvió y sacudió la cabeza.

—Creo que iré andando. Se tarda aproximadamente lo mismo. No creo que tarde mucho, si me doy prisa —añadió al ver su ceño fruncido—. Me llevaré una linterna, por si acaso.

A continuación se marchó, dejando un tenso silencio en la terraza. Fue Gideon el que lo rompió al cabo de un rato.

—¿Quieres más vino?

Fue a tomar la copa vacía en el momento en que Alice la tapaba con la mano.

No quería más alcohol. Ya le daba vueltas la cabeza a causa de la copa que se había tomado antes de un trago.

Respiró profundamente cuando sus dedos la rozaron, y durante un segundo todo su cuerpo se tensó. Después, de forma instintiva, como si se defendiera, apartó la mano bruscamente a la vez que él, y la copa se hizo añicos contra la ensaladera.

—Lo siento mucho.

Alice se llevó las manos a la boca, pálida por la conmoción. Lo que había ocurrido era mucho más traumático que el accidente de la copa de vino.

No sabía qué era, no estaba segura, pero pudo ver los efectos en la mirada inexpresiva de Gideon, en la firme línea en que se convirtieron sus labios, y los pudo oír en la fría precisión de sus palabras.

—Déjalo. Ya lo recogerá Dona. Si me disculpas, tengo trabajo.

Estaba impaciente por librarse de su compañía. Ni siquiera la miró. Era posible que no pudiera, porque el disgusto estaba reflejado en todas las líneas de su rostro.

—Te sugiero que también tú te pongas a trabajar —añadió—. No queda mucho tiempo. La boda se celebrará dentro de poco. ¿No te queda nada por organizar? ¿O es que te estoy pagando una fortuna para que te dediques a tomar el sol, a irte de compras y a vaguear por ahí?

Capítulo 7

Gideon se había marchado, dejando a Alice con la mirada perdida y los ojos llenos de lágrimas. Tenía las manos en el regazo y se estaba clavando las uñas en las palmas. No comprendía cómo se había atrevido a insinuar que se estaba aprovechando de él, que estaba cobrando a cambio de no hacer nada.

Recordaba perfectamente que se había estado burlando de ella porque la consideraba la típica mujer obsesionada con su trabajo que se obligaba a trabajar muy duro para justificar incluso el aire que respiraba. Era él quien se había empeñado en que pasara un par de semanas en Rymer Court; él quien le había tomado el pelo; él quien le había dicho que aprendiera a mezclar los negocios con el placer, para añadir a continuación que hasta era posible que le gustara.

Y sin embargo, poco después se atrevía a acusarla de estar viviendo a su costa.

Había hecho todo lo que había podido; había trabajado muy duro, a pesar de que nadie parecía dispuesto a facilitar su labor. Si seguía en aquel lugar era porque al día siguiente debía asistir a la primera cita de Janet y Nico.

Pero el sentimiento de humillación y el dolor eran mucho peor que la irritación que sentía. La había herido profundamente y la había dejado en un estado de absoluta desolación.

Suponía que la actitud de Gideon se debía al beso que se habían dado, a su estúpida reacción y a las conclusiones, poco razonables, que había sacado.

Parecía creer realmente que se había vestido de aquel modo para llamar su atención, para que volviera a besarla. E imaginaba que ahora pretendía dejar bien claras las cosas para ponerla en su lugar.

Hizo un esfuerzo por controlarse y no empezar a sollozar. Se quitó las gafas y se secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

Lo odiaba. Odiaba sus humillantes presunciones. En aquel instante no entendía como podía haber llegado a creer que le caía bien. Pensó que se había comportado como una perfecta idiota, como una quinceañera dominada por las hormonas, sin un gramo de sentido común.

Pero se dijo que ya estaba curada. Totalmente curada.

Volvió a ponerse las gafas y se levantó en el preciso instante en que aparecía Dona con los cafés, un cepillo y un recogedor. Dejó la bandeja en la que llevaba el café encima de la mesa. El líquido oscuro adquirió una tonalidad rosada bajo los rayos del cálido sol vespertino.

—Oh, No te vayas. Me he retrasado, así que podemos tomar café juntas, ya que todos los demás parecen haberte abandonado.

Alice volvió a sentarse. No estaba de humor para hablar con nadie, pero tampoco quería parecer grosera. El ama de llaves no tenía la culpa de que su jefe fuera un canalla.

Dona le dio una taza de café y miró los cristales rotos.

—Me encargaré de eso dentro de un momento — dijo, mientras tomaba asiento

—. No sé qué le pasa a todo el mundo últimamente. Primero fue Janet, que parecía permanentemente enfadada. Después, su madre empezó a actuar de forma extraña; no dejaba de hablar sobre la boda y luego, cuando pensaba que nadie la estaba mirando, se comportaba como si debiera cinco mil libras y sólo tuviera seis peniques.

Y ahora, Gideon.

Acto seguido alzó los ojos al cielo, perfectamente consciente del estado de su acompañante.

—Cuando ha venido a decirme que ha habido un accidente con una copa —

continuó— estaba realmente enfadado. Es extraño, porque él no es así. Ha debido ocurrir algo terrible para que se enfurezca de ese modo.

Alice se estremeció. Sabía de sobra lo que había pasado. Al parecer, Gideon creía que lo estaba persiguiendo con intenciones no muy honestas.

—Sea lo que sea —continuó Dona, ajena a las tribulaciones de su acompañante

—, no puede ser por el asunto de su prometida. Mmm… Será mejor que me lleve estos cristales. Como decía, Gideon y Janet han sido amigos durante años. Pero todo el mundo sabía que no había nada pasional entre ellos. Será un matrimonio de conveniencia, ya sabes, sin pasión, pero con mucho afecto, respeto, y educación.

Las palabras del ama de llaves no sirvieron para tranquilizarla. Bien al contrario, lo odiaba incluso más que antes. Lo odiaba tanto que le temblaban las manos cuando decidió limpiar la mesa mientras Dona se encargaba de retirar los cristales.

—Puede que sean nervios —observó Dona—. Aunque hasta ahora siempre he tenido la impresión de que Gideon podía enfrentarse a cualquier cosa. Supongo que todos nos alegraremos cuando se casen y las cosas vuelvan a la normalidad.

Alice esperaba con todas sus fuerzas que las palabras de Dona fueran ciertas.

Estaba tan inquieta que no le apetecía leer, ni ver la televisión, ni pasear. Y la posibilidad de marcharse a la cama en tal estado, para pasar toda la noche dando vueltas, no resultaba demasiado atractiva.

Sin embargo, mientras miraba a su alrededor decidió que un paseo

no le vendría mal. Se puso unas zapatillas y se dijo que, de vuelta a la casa, podía ir a ver a Janet. El ejercicio le serviría al menos para relajarse un poco, aunque no pudiera encontrar el camino. Al día siguiente se marcharía de allí, dejaría de pensar en Gideon Rymer, volvería a preocuparse por su trabajo y retomaría su vida social.

Salió de la casa, cruzó los campos y encontró la senda entre los árboles, donde Gideon había dicho que corría todas las mañanas. De inmediato imaginó su maravilloso cuerpo, bronceado.

Al cabo de un rato llegó a una valla y notó que al otro lado había un camino que parecía muy transitado, de modo que saltó la valla y lo siguió. Las ovejas que pastaban por los alrededores no se inmutaron a su paso.

Aquel camino resultó ser el atajo que había entre las casas de Janet y Gideon, y diez minutos más tarde se encontró en lo alto de una colina redondeada desde la que podía ver Manor House, rodeada de fértiles pastos y de bosques que descendían hacia el pequeño río que corría por el valle.

Pensó que era un lugar precioso. Tal vez un premio aceptable a cambio de vivir con una mujer que no amaba.

El camino se unía más adelante con la carretera principal, y aunque estaba a punto de anochecer no vio luces en la casa. Al menos, en la fachada que divisaba desde allí.

Sin embargo, tampoco vio ninguna luz al otro lado; pero una de las puertas laterales estaba abierta. Era imposible que se hubiera cruzado con ella por el camino sin verla, y Janet no habría dejado la puerta abierta, de modo que decidió entrar en la casa para ver si estaba.

Entró en la casa y se encontró en una habitación que parecía recién pintada.

Había cuatro puertas y un pasillo que desembocaba en otro corredor, más amplio. La mansión era tan grande que habría tardado siglos en realizar su búsqueda, y por si fuera poco estaba anocheciendo.

Estaba a punto de gritar para llamarla cuando unos sollozos rompieron el silencio del lugar. Sollozos desconsolados, de impotencia, de desesperación.

Era Janet. Evidentemente estaba sola y desesperada. Alice descubrió que el sonido procedía de la habitación que había inmediatamente a su derecha, así que abrió la puerta, llena de solidaridad hacia la otra mujer. Suponía que su tristeza debía estar relacionada, de un modo u otro, con el canalla con el que iba a casarse.

—¿Janet?

Entró en la habitación y se arrepintió de inmediato. Janet no estaba sola. Estaba con un hombre que la abrazaba apasionadamente; el hombre, que no era Gideon, besaba su rostro para secarle las lágrimas.

La pareja se detuvo. Hombre y mujer se volvieron para mirar a la recién llegada. Resultaba evidente que Janet había estado llorando un buen rato, y en cuanto a Will Gaunt, su rostro denotaba una angustia sincera y profunda.

Era el administrador de Gideon.

—Oh, lo siento —se apresuró a murmurar Alice.

Rápidamente salió de la habitación, profundamente avergonzada, e intentó regresar a la otra casa. Pero apenas había recorrido unos metros cuando oyó que Janet la llamaba.

Alice se dio la vuelta lentamente, a regañadientes. No quería involucrarse en aquel asunto. Se llevó las manos a la cabeza, como intentando contener la multitud de pensamientos que zumbaban en su interior, a cual más confuso. Janet se abrazaba a sí misma, con gesto angustiado.

—Por favor, Alice, por favor, no…

Su expresión era tan triste, y parecía tan sinceramente desesperada que Alice quiso animarla y decirle que todo iba a salir bien. Pero no era así. No conocía bien a Janet Cresswell, pero sospechaba que no era precisamente una persona que fuera a conformarse con un matrimonio conservador, de conveniencia, sin amor.

Se mordió un labio mientras observaba a la otra mujer, que intentaba recobrar la compostura. A fin de cuentas la había descubierto con otro hombre, cuando estaba comprometida con Gideon.

—Por favor, Alice, no le digas nada a Gideon. No se lo digas a nadie —rogó—.

Ahora no puedo explicarlo, pero lo haré. Lo prometo.

—Lo que hagas o dejes de hacer no es asunto mío —dijo—. Sólo estoy aquí para organizar vuestra boda, nada más. No para juzgar vuestra relación, ni para involucrarme en asuntos que no me conciernen.

Alice dio la vuelta y se marchó. En aquel momento estaba tan confusa que odiaba a todo el mundo. A Janet, porque se había equivocado con ella; lejos de ser la persona que había imaginado, mantenía un idilio con un hombre a espaldas de su futuro marido, y por si fuera poco intentaba involucrarla en todo ello mediante el procedimiento de rogarle que no dijera nada al respecto.

A Gideon lo odiaba porque, a su manera, también la había

involucrado. Había conseguido que lo deseara y que lo detestara al mismo tiempo. Había logrado que se sintiera humillada.

Cuando llegó a lo alto de la colina decidió presentar la dimisión y decir a Gideon que se buscara a otra persona para que organizara aquella boda.

No quería tener nada que ver con todo aquello. Estaban dispuestos a contraer matrimonio por simple conveniencia, para seguir después, cada uno, con su vida.

Fuera como fuese, haría las maletas y se marcharía de allí aquella misma noche.

Deseaba volver a llevar una existencia normal, sin semejantes complicaciones.

Se detuvo un momento para recobrar el aliento y miró a su alrededor. Casi había oscurecido por completo; cruzar el campo abierto no supondría ningún problema, pero no había luz suficiente para que pudiera seguir el camino e internarse en el bosque.

No llevaba ninguna linterna. Pensaba que volvería con Janet; sin embargo, ya no podía hacer nada al respecto. Al menos había averiguado la razón de las largas y extrañas ausencias de Janet y de su falta de interés por los preparativos de la boda.

Obviamente aquel compromiso no le interesaba demasiado. Estaba enamorada de otro hombre.

Apretó los dientes, saltó la valla y siguió corriendo, en un intento por aprovechar la escasa luz.

Cuando llegó al bosque y empezó a buscar el camino ya había oscurecido por completo. Estaba a punto de renunciar a la esperanza de encontrarlo; empezaba a pensar que pasaría la noche en aquel lugar, muy lejos de la seguridad del hogar donde deseaba encontrarse, por vacío y triste que fuera.

Cuando vio que una luz se aproximaba entre los árboles, a muchos metros a la derecha del punto en el que se encontraba, sintió un inmenso alivio. Caminó hacia la luz. Al menos había alguien que podría enseñarle el camino correcto. Pero su alivio se convirtió en amargura cuando una especie de sexto sentido le advirtió que se trataba de Gideon.

No quería volver a verlo. Había conseguido que se sintiera totalmente humillada y no quería enfrentarse a las intensas emociones que despertaba en ella.

Se apoyó en el tronco de un árbol e hizo un esfuerzo por tranquilizar su acelerada respiración. Estaba en mitad de un ataque de pánico.

En aquel momento, Gideon iluminó su rostro con la linterna.

—¿Qué diablos…? ¿Qué haces aquí?

Alice no supo qué decir. No podía responder que se había perdido porque había descubierto que Janet mantenía relaciones con otro hombre, y que se había marchado de su casa sin pedirle una linterna. Aunque no quisiera involucrarse en todo aquello, tampoco quería traicionar a la mujer, a la que había descubierto llorando, dominada por una profunda angustia.

Negó con la cabeza y cerró los ojos para que no la deslumbrara la luz.

Afortunadamente, Gideon bajó la linterna, de modo que no pudo ver su rostro cuando respondió, por fin, lo primero que se le ocurrió:

—Lo mismo que tú, supongo.

—Lo dudo. Voy de camino a la casa de Janet — dijo en tono irónico y frío—. Es tarde y estoy preocupado.

Alice se quedó helada; cualquiera sabía lo que podía encontrar Gideon en casa de Janet. Pero la joven había insistido en que no se lo contara; hasta había prometido que hablaría con él más adelante.

—Entonces iré contigo.

No quería acompañarlo a ninguna parte; no quería verlo, ni hablar con él. Pero supuso que no había otra alternativa.

—No —dijo él en tono categórico.

—No te preocupes —espetó, humillada—. No pienso violarte detrás de ningún arbusto. Estás a salvo, así que deja que tu enorme ego descanse un rato. Tengo que ir contigo porque tienes una linterna y sin ella no veo nada. Tenía intención de volver antes de que oscureciera, pero me he perdido. ¿De verdad crees que iría contigo si tuviera otra opción?

Alice pensó que si iba con él siempre podría hacer algo, cualquier cosa, para advertir a Janet; un ruido, o sencillamente ponerse a hablar con él, para que oyera su llegada a cierta distancia.

—¡Pues toma la maldita linterna! — exclamó él—. No la necesito. Además, Janet tendrá una.

El tono de su voz dejaba bien claro que no deseaba que la acompañara bajo ningún concepto. A pesar de que había dejado bien claro que no pretendía seducirlo, que no estaba esperando la oportunidad de ponerle las manos encima.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas de rabia e indignación. Sin embargo, su irritación pesaba bastante poco frente a la perspectiva de lo que podía ocurrir si descubría a Janet en una situación problemática. Así que inventó una excusa.

—Tengo que ir contigo de todos modos. No puedo ir sola. Creo que me he torcido el tobillo, y no puedo apoyar bien el pie. Tienes que

ayudarme.

Era una simple estratagema para que se viera obligado a caminar despacio. Con un poco de suerte se encontrarían con Janet en el camino; tal vez ya hubiera podido despachar a su amante y recobrar la compostura.

Estaba tan oscuro que no podían verse, pero a pesar de todo Alice era consciente de su mirada. Hasta notó su impaciencia antes de que la expresara con palabras.

—Te llevaré de vuelta a casa.

Gideon lo dijo de tal modo que Alice tuvo la impresión de que prefería que lo atropellara un camión a tener que acompañarla a ninguna parte. Le quitó la linterna y la encendió de nuevo. La brillante luz iluminaba el camino.

—¿Y qué hay de Janet? — le recordó.

Por el bien de su prometida era mejor que no se acercara a Manor House aquella noche. Pero de todas formas, tenía que protestar.

—No me espera — murmuró—. Tiene una linterna y conoce el camino. En fin…

puedes caminar, ¿o tendré que llevarte yo?

La idea de que la llevara en sus fuertes brazos, apretada contra su pecho, hizo que se estremeciera. Pero prefirió pensar que su estremecimiento no se debía a que despertara en ella la intensa necesidad sexual que había descubierto recientemente, sino a que estaba demasiado confundida para poder pensar con claridad.

—Puedo arreglármelas yo sola — protestó.

—Has dicho que no podías…

—Al infierno con lo que haya dicho — espetó.

—Será mejor que te apoyes en mí.

Parecía bastante obvio que no le apetecía nada ayudarla, pero a pesar de todo insistió.

Alice tomó su brazo y sintió un nudo en la garganta en cuanto notó el calor de su cuerpo. Aunque estaba tenso, como si le desagradara profundamente su contacto.

Sin embargo, no le había desagradado demasiado hasta entonces. Había coqueteado con ella y la había besado, despertando en ella, de paso, una nueva confianza en sí misma. Pero ahora demostraba lo contrario. Gideon parecía pensar que había tomado en serio algo que sólo era un simple juego.

Suponía que Gideon intentaba mostrarse distante y desagradable para quitársela de encima tan pronto como fuera posible; en el fondo temía que se hubiera encaprichado de él y que lo sometiera a una especie de acoso, como una quinceañera con una estrella del rock. Y

todo ello, sólo porque la había besado.

Semejante actitud demostraba que era un egocéntrico. Se sentía profundamente insultada. Pensó que Gideon era un hombre superficial, grosero, un canalla de sangre fría. No podía comprender cómo era posible que se hubiera sentido atraída por semejante individuo.

Pero mientras caminaba con él, apoyada en su brazo, no podía negar la atracción. Su cercanía, el calor de su cuerpo y su masculino y especiado aroma bastaban para que se estremeciera de la cabeza a los pies, para que las piernas apenas pudieran sostenerla y para que la cabeza le diera vueltas.

No quería sentirse de aquel modo. Estaba perdiendo su amor propio y sólo servía para que lo odiara aún más, por el poder que tenía sobre ella. Deseó haber tomado la linterna cuando se la había ofrecido; haber permitido que continuara su camino y que descubriera a Janet en una situación bastante comprometida. Al fin y al cabo no quería involucrarse. No había sido su intención, aunque ya lo estaba.

Estaba tan confundida que tropezó, gritó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Sin embargo, Gideon la tomó por la cintura rápidamente y la atrajo hacia sí para que no cayera.

—Al infierno con todo esto — dijo él.

Al parecer, Gideon había confundido su grito de sorpresa con uno de doler. Así que la tomó en brazos y avanzó entre los árboles como alma que llevara el diablo.

Fue un verdadero tormento para Alice. Cuando llegaron a la casa tuvo que hacer un verdadero esfuerzo mental para decir, en el tono más frío posible:

—Déjame en el suelo. Puedo arreglármelas yo sola a partir de ahora.

De haber sido necesario le habría dicho que ya no le dolía el tobillo; hasta habría sido capaz de demostrárselo subiendo las escaleras a toda velocidad, haciendo sus maletas y diciéndole lo que pensaba que podía hacer con la organización de la boda.

Pero Gideon no le hizo caso. Se dirigió hacia la escalera sin soltarla. Alice tomó su actitud por un desprecio. Pensó que la trataba como si no fuera humana, como si sólo fuera una molestia de la que quisiera deshacerse rápidamente.

Sus ojos se llenaron de lágrimas; y las lágrimas hicieron que se odiara tanto a sí misma como lo odiaba a él. Se dijo que debía comportarse como una mujer adulta y fuerte, capaz de mantener la calma, por muchos insultos que le destinara. Sin embargo, no pudo contener las lágrimas.

Gideon abrió la puerta de su dormitorio y la cerró con la pierna.

Las ventanas estaban abiertas, y la brisa hacía que las cortinas se movieran. Olía a madreselva. La luna ya había salido, disipando parcialmente la oscuridad y llenando la habitación con una hermosa luz plateada.

Había luz más que suficiente para que Alice pudiera contemplar el duro y bello rostro de su acompañante. Cuando por fin la dejó en el suelo, Gideon se cruzó de brazos y miró sus pies.

—Supongo que te quedarás aquí hasta que se te cure el tobillo. A menos que hable con Tossie para que te lleve a casa mañana, claro está. Podría seguiros con tu coche y volver con ella.

Alice hizo caso omiso del dolor que le habían causado sus palabras. No le importaba. No debía permitir que le importasen. Alzó la barbilla, orgullosa, y dijo:

—Ya veo que ardes en deseos de librarte de mí. Pero no te preocupes, soy perfectamente capaz de conducir. Así que no tendrás que tomarte semejante molestia.

Estuvo a punto de añadir que no se sentía preparada para continuar con la organización de la boda, pero no se le ocurrió ninguna excusa que no sonara poco profesional. Y su trabajo le importaba mucho. Sobre todo porque Gideon había conseguido destrozar su autoestima.

—Me marcharé en cuanto vea al diseñador. Mi ayudante puede encargarse de todo lo demás. Así podré concentrarme en mis otros clientes —dijo al final.

—Como prefieras —declaró con indiferencia—. En cuanto a conducir, no creo que sea una buena idea en tu estado. Obviamente debe resultar muy doloroso. De lo contrario no habrías gritado. No se mucho sobre estas cosas, pero el sentido común me dice que deberías ponerte una venda, al menos hasta que el médico vea ese tobillo.

Al parecer Gideon había notado su inquietud, pero la había malinterpretado.

Antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, se inclinó ante ella y observó sus tobillos con cierta desconfianza.

—¿Cuál te duele? — preguntó—. No parece que ninguno esté hinchado.

Sus fuertes manos le quitaron las zapatillas. Alice intentó apartarse para que no la tocara, pero Gideon la capturó con facilidad. Acto seguido, empezó a palpar sus tobillos, lentamente, para comprobar su estado.

Alice cerró los ojos y apretó los dientes. Aquello era una verdadera tortura. No le dolía nada, pero resultaba demasiado excitante. El

contacto de sus manos era como la onda expansiva de un terremoto, y la tensión que emanaba del cuerpo de Gideon entraba en ella y se acumulaba poco a poco, anunciando una explosión que no podría evitar.

Casi se sintió aliviada cuando Gideon se incorporó y dijo:

—Eres una mentirosa. A tus tobillos no les pasa nada.

Alice abrió los ojos y sintió una profunda angustia; nunca lo había visto tan enojado, tan decepcionado. Parecía inalcanzable, muy lejos de ella, como si sus demonios personales lo hubieran llevado a un lugar que nadie más podía compartir.

Por otra parte, las implicaciones de lo que acababa de decir resultaban evidentes. Sabía que no se había torcido ningún tobillo; sabía que era perfectamente capaz de andar, y que podría haber regresado sin ningún problema a la casa cuando le prestó la linterna. Sabía que había mentido. Y aunque no conocía la verdadera razón, obviamente creía conocerla.

—¿Por qué has mentido? Podrías haber regresado sola, y no te molestes en negarlo. Por Dios, Alice, haz el favor de salir de mi vida.

A Alice le extrañó bastante que reaccionara de forma tan exagerada. Aunque pensara que lo estaba persiguiendo, no tenía motivos para preocuparse. A fin de cuentas ya había dicho que tenía intención de marcharse por la mañana. Sus palabras escondían una desesperación excesiva, pero supuso que sólo estaba exagerando.

Alice lo miró. No quería responder a su pregunta. De hecho, no podía hacerlo.

Se había colocado, ella sola, en una situación insostenible. No podía negar que había mentido. Gideon sabía que no se había torcido un tobillo, pero no podía confesarle la verdad. Entre otras cosas, porque Janet se lo había rogado.

Como no podía defenderse de ningún modo, decidió atacar.

—Escúchame, y escúchame bien. No soy ninguna estúpida —espetó, con los brazos en jarras—. Me has tratado muy mal, y no creas que no sepa por qué. Piensas que antes me he puesto ese vestido para atraerte, para conseguir capturarte de algún modo. Pues bien, tengo algo que decirte: no lo he hecho por eso. Y si bien es cierto que nos besamos… Bueno, tampoco es para tanto. No sentí nada. Fue algo tan carente de pasión como el beso que me dio mi primo en mi fiesta de cumpleaños cuando yo tenía cinco años y él tres.

—Mentirosa — dijo él, en tono de amenaza.

Los ojos de Gideon brillaron con tanta furia que Alice decidió dejar las mentiras para otro momento.

Había herido su ego, su orgullo masculino. Deseaba vengarse de

ella y estaba dispuesto a hacerlo. Alice se sintió dominada por un curioso sentimiento de excitación, por la emoción de tenerlo como adversario, por la suerte de tenerlo como enemigo ya que no podía tenerlo como nada más.

—¿Es que piensas que no es cierto? —preguntó, a modo de reto—. Duele,

¿verdad? Debe resultar bastante doloroso saber que hay mujeres que no caen a tus pies, rendidas, en cuanto te ven.

Un segundo más tarde, Alice sufrió las consecuencias de lo que había dicho.

Gideon murmuró algo ininteligible y la abrazó con fuerza mientras la besaba apasionadamente. Alice estaba a punto de descubrir el verdadero y salvaje sentido de la pasión.

Capítulo 8

GIDEON la besó de forma feroz y apasionada, estremeciéndola, haciendo que vacilara en un mar de emociones contradictorias. Se encontraba atrapada entre un deseo físico incontenible y un profundo enfado. Alice no podía soportar que aquel hombre fuera capaz de hacerla reaccionar de aquel modo, de hacerla responder de forma tan intensa a su voracidad sexual.

Pero a pesar de todo no sólo se dejó llevar, sino que participó activamente besándolo a su vez. Aunque en cierto modo lo hacía como castigo; aquel ángel caído había conseguido convertirla en una criatura dominada por las pasiones, y ahora lo obligaría a cargar con las consecuencias.

Cuando Gideon se apartó, el castigo no terminó inmediatamente; quedó en el interior de los dos. Alice tenía mucho calor y todos sus músculos estaban en tensión.

Y tanto el uno como el otro respiraban con dificultad, aceleradamente.

Gideon la atrajo de nuevo hacia sí. Lejos de ser el final, aquello había sido el principio. Alice contuvo un gemido de angustia, casi un ruego para que se rompiera el hechizo de su magia. Pero sólo era el principio y lo sabía; su cuerpo lo sabía y se abría, floreciendo, sin negativas ni defensas.

Los dos eran, al mismo tiempo, el depredador y la presa. Ambos estaban atrapados en la urgente necesidad de su deseo. Gideon acarició su cabello, se lo apartó de la cara y comenzó a besarla, fervientemente, a lo largo del cuello.

Mientras tanto, ella empezó a acariciar su cuerpo, a explorar su magnífica perfección; vio que cerraba los ojos y sintió que temblaba sin poder evitarlo, y cuando la besó de nuevo se sintió absolutamente dominada por un impulso salvaje y primario que la empujaba a derretirse en él.

Pero en aquel momento recordó a Janet y a Will, perdidos en la violencia de la pasión. Recordó la turbulencia emocional que los rodeaba, la tensión que flotaba en el ambiente cuando los había descubierto en Manor House. Y fue demasiado para ella.

—No, por favor, no lo hagas —dijo casi sin aliento, empujándolo frenética, para apartarse de él—. He venido para organizar una boda, tu boda con Janet.

Gideon la miró con perplejidad, momentáneamente paralizado. Cuando se recuperó, dijo con voz ronca:

—Alice, tenemos que hablar.

—No —declaró, alejándose.

Tenía miedo de él, miedo de sí misma y de lo que era capaz de sentir. Temía la necesidad, el terrible deseo que sentía hacia un hombre que estaba destinado a ser de otra.

—Tenemos que hablar —repitió él, decidido.

Gideon se aproximó a ella y la miró con intensa emoción. Alice lo miró a su vez, y al ver sus preciosos ojos azules, con vetas plateadas que les conferían un brillo comparable sólo al de los diamantes, se sintió desfallecer de desesperación. Sin embargo, el enojo que había acumulado acudió en su ayuda.

—Márchate, déjame sola —dijo, presa de la histeria—. No quiero verte, ni hablar contigo. ¿Es que no has hecho ya suficiente daño? Márchate de aquí o te aseguro que soy capaz de hacer cualquier cosa.

Gideon entrecerró los ojos y la observó. Estaba muy pálido.

—Mañana —dijo él, como si fuera una amenaza.

Alice se quedó helada. Contuvo la respiración hasta que Gideon salió del dormitorio y cerró la puerta, tranquilamente, a sus espaldas.

Presa del miedo, corrió a cerrarla con llave. Después, apoyó la espalda en la puerta y se dejó caer al suelo, muy despacio. Se odiaba a sí misma. Y lo odiaba a él.

Cuando por fin se metió en la cama, poco antes del alba, tenía frío y le dolía todo el cuerpo. Al cabo de un buen rato consiguió conciliar un sueño pesado y nada refrescante, hasta que se despertó al notar que alguien intentaba abrir la puerta.

Pensó que se trataba de Gideon y su corazón empezó a latir a toda velocidad. Al parecer no estaba dispuesto a darle un minuto de paz. La había abrazado y se había vengado de ella. Y ahora, para empeorar las cosas, quería hablar con ella; pero Alice suponía que se trataría de una conversación bastante desagradable, llena de reproches, tal vez destinada a arrancarle la promesa de no decir nada a nadie sobre lo sucedido.

Hizo caso omiso y se alegró de haber cerrado con llave.

Pero fuera quien fuese, siguió llamando. Primero, de forma más o menos normal; después, con insistencia. Alice tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar que se marchara de allí. No quería darle la satisfacción de dirigirle la palabra.

Pero la voz que sonó segundos después no era la voz de Gideon.

Era Janet.

Alice se puso las gafas y miró el reloj. Pensó que tal vez fuera muy tarde, y que hasta cabía la posibilidad de que Nico hubiera llegado.

Pero sólo eran las seis y media. Se levantó, a pesar de todo, y se cubrió con la manta. Se había metido en la cama con las braguitas y el sujetador, y no tenía nada más a mano. Además, sus prejuicios eran

tan profundos que en aquel momento odiaba su cuerpo; se avergonzaba de él porque pensaba que la había traicionado.

—¿Te he despertado? —preguntó Janet, cuando por fin abrió la puerta—. Pensé que estarías despierta de todos modos. Esas sirenas…

Janet estaba muy pálida. Tenía ojeras y caminaba con los hombros caídos como si soportara un peso increíble sobre sus hombros.

—¿Sirenas? —preguntó Alice, apartándose para permitir que entrara en la habitación.

—Sí, hace diez minutos, o algo así. Era una ambulancia. A estas horas, estoy segura de que se ha despertado toda la gente que hay en la casa —dijo, estremecida

—. Qué horror… espero que no le haya pasado nada a ninguna persona que conozca.

Como de costumbre, Janet llevaba una camiseta desgastada y unos simples vaqueros. La mujer empezó a pasear de un lado a otro, tensa, hasta que movió la cabeza con impaciencia y añadió:

—En fin, no he venido aquí para hablar de eso, como puedes imaginar. No tiene nada que ver, aunque pensaba que ya te habrías despertado… Escucha, con respecto a lo de anoche…

Alice se sentó en la cama, horrorizada. Durante un momento, pensó que Gideon le había contado lo que había sucedido allí mismo, en aquel dormitorio. Pensó que le habría dicho que lo encontraba menos excitante que cierto niño de tres años que la había besado en su quinto cumpleaños; que le había confesado que lo había irritado tanto que se había visto en la obligación de demostrarle lo contrario.

Sin embargo, respiró aliviada cuando Janet siguió hablando.

—Ya sabes… quería hablar sobre lo que viste, sobre Willy yo…

—No es asunto mío, de verdad —dijo Alice con rapidez.

—Te equivocas —declaró Janet, mirándola a los ojos por primera vez, con algo parecido a una sonrisa—. No quiero que pienses que todo tu trabajo no ha servido para nada. La boda se realizará tal y como habíamos planeado. Mi madre quiere que se realice, Gideon también, y en cuanto a mí… quería hasta que conocí a Will.

A pesar de la desesperación que la embargaba, Alice descubrió que aún le quedaban sentimientos para sentir lástima por la situación de aquella mujer.

—Si no estás enamorada de Gideon, no puedes casarte con él. Opine lo que opine tu madre.

—No es tan sencillo —dijo, mirando por la ventana—. Ojalá lo fuera. Estoy enamorada de Will, y Will lo está de mí. Pero cuando apareció en mi vida, ya le había prometido a Gideon que me casaría con él. Y me alegraba, por cierto. A fin de cuentas nos conocemos

desde que éramos pequeños y nos apreciamos mucho. Pero lo quiero como si fuera un hermano. Pensaba que eso bastaría, ya sabes… el afecto, el respeto… y tal vez habría sido suficiente si no hubiera conocido a Will y no hubiera descubierto, de paso, el amor verdadero.

Janet se detuvo un momento antes de continuar.

—Will tendrá que marcharse, claro está. No puede quedarse aquí después de que me case con Gideon. Ni él ni yo podríamos soportarlo. Así que se irá y no volveremos a vernos. Ayer pasamos juntos la noche para despedirnos el uno del otro

—se ruborizó—. Creo que nos lo debíamos. Sin embargo, tengo intención de ser fiel a Gideon cuando nos hayamos casado.

Alice dudó que Gideon le fuera fiel a ella si se casaba sin amor. Su sexualidad era demasiado potente para limitarla a una relación sin pasión.

En cualquier caso, Janet necesitaba su ayuda. Así que intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza. Janet iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir para evitar que su vida se convirtiera en un desastre.

—Debes haberte vuelto loca —dijo—. ¿Por qué no le confiesas a Gideon la verdad? Dile que te has enamorado de otra persona y que no podéis casaros. Sólo estáis comprometidos. No debéis meteros en algo tan serio como el matrimonio si ni siquiera estáis enamorados. Sería ridículo que vivieras con él cuando amas a otro hombre.

—Pero Gideon no llegaría a saberlo. Me aseguraré —dijo Janet, encogiéndose de hombros—. Quiere una esposa tradicional, supongo que para equilibrar la imagen que tiene de su madre. Era una mujer muy bella, y bastante coqueta. Su matrimonio no funcionó, y se marchó. Pero se olvidó del niño que había dejado atrás, de un niño que la necesitaba. Eso lo dejó traumatizado. Tal vez habría llegado a superarlo, de no ser porque su padre hizo todo lo posible para que no lo olvidara. Era un hombre amargado, aunque se divorció de la madre de Gideon y se casó más tarde con Rose.

Con la aburrida y sensata Rose. Al menos, fue una buena madre para Gideon.

Gracias a ella no ha acabado convertido en un hombre tan amargado como su padre.

Aunque es un poco desconfiado en lo relativo a las mujeres hermosas. Se divierte con ellas, cómo no, pero desconfía.

Janet dejó de hablar durante unos segundos, pero continuó inmediatamente con la explicación.

—Por eso, cuando decidió sentar la cabeza me pidió que nos casáramos. Yo no tenía nada mejor que hacer entonces y nos pareció

muy adecuado. Recuerdo que en una ocasión llegó a comentar que el amor no es una buena base para un matrimonio, porque el amor se basa en la pasión y la pasión nunca dura demasiado tiempo.

Aunque, naturalmente, quiere tener hijos. Supongo que piensa que soy como Rose.

Me aprecia, me respeta y no sería capaz de hacerme daño. Pero de todas formas hay otras consideraciones que impiden romper nuestro compromiso.

—¿La propiedad? —preguntó Alice.

No pudo evitar preguntarlo. Estaba convencida de que Gideon sólo quería casarse con Janet para conseguir las valiosas y fértiles tierras de Manor House.

Pensaba que era un hombre sin escrúpulos, capaz de empujar a Janet al matrimonio para saciar su ambición.

Y por si fuera poco se detestaba a sí misma porque creía que aquel aspecto de su personalidad, el más oscuro, era el que más la atraía. Pensaba que el deseo que la dominaba surgía de aquella fuerza sin escrúpulos.

Janet permaneció unos segundos en silencio antes de contestar.

—Sí, tienes razón. A fin de cuentas, todo tiene que ver con la propiedad. Pero lo siento… no puedo hablar sobre ello. Sin embargo, te agradezco que me hayas escuchado. Creo que me siento algo mejor.

Janet se marchó del dormitorio caminando lenta y pesadamente, como una anciana, y dejando a Alice con la seguridad de que acababa de verificar sus sospechas.

No entendía que se sintiera atraída por un hombre como Gideon. Era un monstruo sin principios. Tenía que serlo. De lo contrario, no tenía sentido que una mujer como Janet estuviera dispuesta a casarse con él cuando estaba enamorada de Will Gaunt.

—Entra, Nico. Vamos a buscar a Janet, tomaremos un café y empezaremos a trabajar.

Alice sonrió. Llevaba cinco minutos esperando en el exterior. Se había recogido el pelo en una coleta y temblaba un poco porque se había puesto el traje gris, poco apropiado para un tiempo tan frío. El verano parecía haberse marchado para siempre, como si el clima quisiera emular el invierno de su corazón con un invierno real.

Por suerte, Nico había llegado puntual, a las diez. Alice pensó que cuando todo aquello terminara podría subirse a su coche y marcharse de allí para siempre.

—Muy bien —sonrió el diseñador.

Nico también se había recogido su largo cabello negro en una coleta y llevaba un traje bastante elegante. Recogió un maletín y una

carpeta del asiento de su deportivo y se apeó. Alice miró a su alrededor, pero no podía ver a Gideon en ningún lado. Toda una suerte, puesto que estaba decidida a no volver a verlo nunca más.

Entraron juntos en la casa. Alice lo dejó en el salón y fue a buscar a Janet, aunque no sabía dónde encontrarla.

No la habría culpado si se hubiera fugado con Will Gaunt, dejando a Gideon con dos palmos de narices. Pero supuso que la realidad sería bastante diferente.

Habría recobrado la compostura y hasta seguramente sería capaz de demostrar cierto interés por el vestido que iba a llevar el día de la boda.

No la había visto desde aquella madrugada. De hecho no había visto a nadie. Se había saltado el desayuno porque no soportaba la perspectiva de encontrarse con alguien, y mucho menos con Gideon. Así que aprovechó la oportunidad para hacer las maletas, bañarse, lavarse un poco y cepillarse el cabello.

Era la primera vez en su vida que se escondía de un problema. Pero no se arrepentía de actuar con cobardía. Ya se sentía suficientemente mal por lo que había ocurrido la noche anterior, y no estaba dispuesta a permitir que Gideon hablara con ella. Porque estaba segura de que sólo quería verla para rogarle que guardara silencio. No tenía ningún otro motivo para insistir en que tenían que charlar.

Por suerte para ella, no tuvo que iniciar una búsqueda por toda la casa, corriendo el riesgo de toparse con Gideon. Janet y Gwen bajaban las escaleras en aquel momento. Janet seguía bastante pálida, pero ocultaba su inquietud y su tristeza con una sonrisa radiante y encantadora.

—Voy a asistir a la reunión —dijo Gwen—. Y si me gusta el trabajo del joven, le pediré que diseñe algo para mí. Ahora puedo permitírmelo. Además, Ralph no habría deseado que reparásemos en gastos en la boda de nuestra hija. Por cierto, Jan y yo iremos esta tarde a buscar a Rose al aeropuerto. Llamó anoche para decir que acortaría sus vacaciones. Me alegro tanto de tenerla en casa… Ella siempre sabe lo que hay que hacer.

Alice hizo las presentaciones y se sentó en una esquina. Aquel trabajo ya no le gustaba en absoluto. Ahora sabía que Janet iba a hacer algo que no quería hacer, que iba a consultar los detalles con un diseñador al que no quería ver para crear un vestido que no quería ponerse.

Pensó que su tranquilidad era admirable en tales circunstancias; pero una vez más supuso que no tenía otra elección. Alice estaba

convencida de que Gideon la estaba sometiendo a algún tipo de extorsión con las propiedades. Y debía ser algo realmente terrible para que Janet no renunciara a aquel matrimonio y se marchara con el hombre que amaba.

Suspiró y miró a su alrededor. Le habría gustado encontrarse muy lejos de allí.

Los balcones estaban cerrados, por el frío, y habían colocado un radiador eléctrico en el lugar que el día anterior estaba ocupado por un enorme adorno floral.

Supuso que en invierno encenderían la enorme y preciosa chimenea. Podía imaginar a Janet y a Gideon, sentados año tras año en aquel lugar, acompañados por sus hijos. Y la imagen no resultó precisamente placentera para ella.

Sin querer, gimió. Pero nadie se dio cuenta. Nico estaba haciendo varios comentarios mientras dibujaba algo en un papel. Alice pensó que podía marcharse sin que lo notaran. Al fin y al cabo no tenía nada más que hacer allí.

Su maleta la esperaba en el dormitorio. Su coche estaba aparcado en los establos. Sólo tenía que tomar el bolso y levantarse. Y precisamente se estaba levantando, mientras pensaba en la excusa que iba a poner, cuando Gideon entró en la sala.

Llevaba unos vaqueros desgastados que se ajustaban como un guante a sus larguísimas piernas. Se había puesto un jersey de color rojizo y unas botas polvorientas. Por primera vez desde que lo conocía tuvo la impresión de que no se encontraba muy cómodo.

Quiso apartar la mirada, pero no pudo. Aquel hombre la fascinaba. Sólo podía pensar en lo que había sentido al encontrarse entre sus brazos, percibiendo el calor de su fantástico cuerpo. Recordó la salvaje y profunda pasión que habían compartido; recordó los besos y su intensa respuesta.

Alice se estremeció y lo observó mientras caminaba hacia ella, haciendo caso omiso de los demás. Se había manchado la cara, pero incluso la mancha le quedaba bien. Y sus ojos eran tan oscuros como intensos. Basté una mirada suya para que volviera a sentarse.

La noche anterior había dicho que tenían que hablar. Alice sintió miedo al pensar que tal vez pretendiera hacerlo allí mismo, en aquel instante. No quería pensar en lo que ocurriría si la recriminaba por su actitud delante de Janet. Si lo hacía, la humillaría ante ella y ante los demás. Pero no se le ocurría otro motivo que explicase que caminara hacia ella directamente.

—Alice… —dijo en voz baja.

El corazón de Alice empezó a latir tan deprisa que apenas pudo oír

las palabras de Gideon:

—Habría venido a verte antes, pero Will me ha llamado a primera hora. Al parecer se ha incendiado el granero de una granja. Así que he tenido que marcharme tan deprisa como he podido. Pero los bomberos ya han apagado el incendio, y no ha habido víctimas, aunque tengo que volver allí ahora mismo.

Gideon se detuvo un momento antes de continuar.

—He ido a tu dormitorio hace unos minutos y he visto que has hecho las maletas. Quédate —ordenó—. Estaré de vuelta dentro de una hora. Sabes muy bien que tenemos que hablar. Espérame. ¿Lo harás?

—Sí —mintió.

Alice estaba deseando que se alejara de ella, de modo que le contestó lo que él quería oír. No tenía intención alguna de esperar; a fin de cuentas pensaba que sólo quería pedirle que no hablara sobre lo sucedido la noche anterior. Y si creía que era capaz de proclamarlo a los cuatro vientos, estaba muy equivocado.

Gideon se volvió entonces y se dirigió hacia Janet, con la que habló en voz baja durante unos minutos. Segundos después, Janet se disculpé y salió de la sala con el hombre con el que iba a casarse; con el hombre con el que no quería casarse.

Gideon tampoco la amaba; sólo quería sus propiedades. Pero Alice suponía que no quería que su futura esposa supiera que había estado a punto de hacer el amor con la mujer que iba a organizar la boda. Tal vez para que no se sintiera celosa. Tal vez para que no se convirtiera en una esposa desconfiada.

Diez minutos después, al ver que Janet no regresaba, se dijo que ya había aguantado demasiado tiempo. Se acercó a Nico, que mantenía una animada conversación con Gwen, e interrumpió de forma educada.

—Me marcho. Tengo una cita. Ya sabéis cómo son estas cosas. Dile a Janet que seguiré todo el asunto desde mi despacho, pero que se ponga en contacto conmigo si surge algún problema.

Supuso que no la llamaría. A fin de cuentas, no le importaba aquella boda. Iba a casarse vestida con el diseño de Nico y más adelante daría un montón de hijos a Gideon. En cuanto a él, se las arreglaría para que no descubriera sus infidelidades, como demostraba su insistencia en evitar que Alice abriera la boca.

Con el tiempo, Janet olvidaría a Will o lo convertiría en un hermoso recuerdo del pasado; dejaría de pensar en él, o lo recordaría con algo de nostalgia, de vez en cuando, al encontrar una flor seca entre las páginas de un libro. Se acostumbraría a la situación y viviría

bien, sin angustias ni preocupaciones. No sería feliz, pero tendría más que muchas personas.

Alice había apretado los puños, pero hizo un esfuerzo para relajarse un poco cuando vio que Dona acababa de aparecer con el café. La llegada del ama de llaves acababa de destrozar sus planes, porque ya no podía despedirse y marcharse, como era su propósito. Estaba deseando alejarse de Rymer Court y de todas las personas que vivían en aquel lugar. La experiencia había resultado una verdadera pesadilla para ella. Si no quería volverse loca, sería mejor que huyera y volviera a la satisfactoria y sensata existencia que había llevado hasta entonces.

Capítulo 9

Alice consiguió dormirse, pero despertó poco después. Se cambió de postura y gimió. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para llevar a cabo el sencillo acto de respirar.

Estaba empapada en sudor. Dio una patada a la manta, para quitársela de encima, e intentó alcanzar la mesita de noche, pero al estirar el brazo tiró la caja de pañuelos al suelo y ni siquiera pudo encontrar las gafas.

Supuso que también estarían en el suelo, aunque cabía la posibilidad de que las hubiera dejado en algún otro lugar. No podía recordarlo. Pero sin ellas no podría ver la hora en el reloj.

De repente se incorporó. La hora que fuera carecía de importancia. Los síntomas del catarro duraban unas cuarenta y ocho horas, como mínimo. El día anterior había pasado su primer día en el despacho. Pero a media mañana había empezado a tener escalofríos; le dolía la cabeza, y todo el cuerpo. Así que aún le quedaban veinticuatro horas por delante.

Al menos ya no le dolía el estómago, ni sentía ganas de vomitar. Pero la sed le impedía dormir. Sin embargo no se encontraba con fuerzas para levantarse, cruzar la habitación y dirigirse al lavabo para beber.

Por si fuera poco, hacía mucho calor. El verano había regresado de repente.

En aquel momento cayó en la cuenta de lo que la había despertado. Alguien había estado llamando a la puerta. Al principio pensó que sólo se trataba de su dolor de cabeza, pero todo quedó en silencio de repente, y hasta podía oír su propia respiración.

En aquel momento notó que intentaban introducir una llave en la cerradura.

Pensó que se trataría del casero. Ninguna otra persona tenía la llave de su casa.

Frunció el ceño y se preguntó si no se habría olvidado de pagar el alquiler. Pero no lo creía posible. Siempre era muy meticulosa con las facturas. Pero fuera por la razón que fuera, al menos podría pedirle por favor que le diera un vaso de agua.

Se colocó bien la camiseta que llevaba e intentó taparse con la sábana y con la manta que había tirado de la cama. Tolly Brent era un hombre anciano y reumático, pero no era ciego, y Alice no estaba dispuesta a dar un espectáculo.

Pero el hombre que apareció en la habitación no era Tolly Brent. Era Gideon.

—Hola.

Alice se frotó los ojos, creyendo que estaba sufriendo algún tipo de alucinación.

A fin de cuentas la había perseguido hasta en sueños. Aquel hombre estaba presente en todas sus pesadillas, persiguiéndola.

Pero en aquel momento supo que no se trataba de ningún tormento imaginario, sino de algo real. Gideon apartó un mechón de cabello de su cara y la besó en la frente.

Tenía las manos bastante frías, en comparación con su calor. Durante un momento, el contacto le alivió un poco el dolor de cabeza. Pero en seguida se sobresaltó. Gideon se marchaba. Tal vez porque estaba enfadado con ella, molesto al verla en aquel estado. Pensó que aquélla debía ser la razón, aunque no fuera lógico; hasta pensó que, si se esforzaba lo suficiente, recordaría por qué se había enfadado.

Pero Gideon no se marchó. Comenzó a buscar algo en los cajones de la pequeña cocina. Segundos después, oyó que descolgaba el teléfono y que hablaba con alguien.

Alice volvió a tumbarse y cerró los ojos.

Cuando despertó, se encontró entre sus brazos. Intentó pronunciar su nombre y rogarle que no dejara de abrazarla, porque la sensación era maravillosa y hacía que se sintiera a salvo. Pero no consiguió hablar. Su garganta estaba tan seca que de ella surgió un sonido ininteligible.

—No te preocupes, Alice —intentó tranquilizarla—. Estoy aquí para cuidarte.

Se preguntó si alguien le habría comentado, alguna vez, lo bonita que era su voz. Profunda y oscura, pero cálida. Y olía muy bien. Tenía un aroma fresco y limpio, con un toque de limón y un ligero punto especiado.

Entonces, Gideon hizo algo que la dejó asombrada. Tiró hacia arriba de su camiseta para quitársela. Instintivamente, intentó resistirse; sin embargo, Gideon habló con palabras tranquilizadoras y ella cedió.

El recién llegado dejó la empapada camiseta a un lado. Alice apoyó la cabeza en su hombro. Tenía tanto calor que agradeció el frío contacto de su camisa.

—Buena chica —dijo él—. Voy a intentar hacer que estés más cómoda, y ya he llamado por teléfono a un médico para que venga a verte. No es tu médico de cabecera. Es un amigo mío.

Acto seguido empezó a limpiarle la frente con un paño empapado en agua.

Ahora sabía lo que había estado haciendo en la cocina, antes de llamar por teléfono.

De haber podido le habría dicho que no necesitaba un médico, aunque agradecía la atención; los catarros sólo se curaban con los procedimientos tradicionales. Pero empezó a temblar de los pies a la cabeza y no pudo hablar. Ni siquiera podía pensar. No podía hacer nada, salvo relajarse en sus cálidos y amables brazos hasta que cesara su estremecimiento.

Gideon le puso una camiseta limpia y se las arregló, de algún modo, para cambiar las sábanas. Después le puso otra almohada para que estuviera más cómoda y le llevó un vaso de agua, aunque tuvo que ayudarla para que pudiera beber.

Después se marchó. Y cuando regresó, no estaba solo. Un hombre delgado, vestido con un traje bastante caro, le tomó el pulso y comprobó su respiración con un estetoscopio. Pero al cabo de un rato de inspiraciones y espiraciones, se cansó y le dijo que se marchara.

—Tómate esto —dijo Gideon.

Alice no sabía si habían pasado horas o minutos desde la visita del médico.

Gideon la incorporó mientras ella bebía, obedientemente, aunque le disgustó tanto el sabor que hizo una mueca de asco. Gideon sonrió.

—No seas tonta. Es para que te baje la temperatura y para que deje de dolerte todo el cuerpo. Temple ha dicho que te pondrás bien en un par de días si bebes mucho y duermes lo suficiente. Ahora voy a salir. Volveré dentro de media hora, ¿de acuerdo?

Gideon volvió a dejarla acostada, le apartó el pelo de la cara y la tapó con la sábana y una manta.

—En tu frigorífico no hay nada, salvo un cartón de leche en mal estado. Y en cuanto a los armarios, sólo he podido encontrar unas bolsitas de té y una lata de judías. ¿Es que estás tan ocupada organizando la vida de los demás que no tienes tiempo para ti misma?

Alice abrió la boca para decir que organizaba las bodas de los demás, no sus vidas, y entonces recordó que Gideon debería estar con Janet. Pero no dijo nada al respecto.

En un alarde de lucidez, el primero en varias horas, se preguntó qué estaría haciendo allí. Pero tampoco fue capaz de decirlo en voz alta. No le gustaba la expresión feroz de sus brillantes ojos, ni el gesto absolutamente peligroso de sus labios.

Así que cerró los ojos. Después, esperó a que Gideon se hubiera marchado y se echó a llorar como una tonta. Pero no pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormida.

—Tienes mejor aspecto.

Alice se despertó al oír sus palabras y lo vio a los pies de la cama. Gideon tenía razón. Se encontraba bastante mejor que antes. Pero no

sabía si la recuperación se debía al descanso y a lo que había tomado o a la presencia de aquel hombre, que la miraba con aprobación, y no con la impaciencia de las últimas veces.

Supuso que se debía a las dos cosas y aceptó el vaso de delicioso zumo de naranja que le ofrecía.

Gideon había abierto la ventana, de modo que pudo notar la brisa relativamente fresca de la calle; bastante fresca si se tenía en cuenta que Londres estaba sufriendo una ola de calor.

Entonces vio que en el jarrón que le había regalado Amaryllis había una docena de maravillosas azucenas.

—Flores… —dijo, encantada.

—Bueno, necesitabas algo que diera un poco de alegría a este deprimente lugar.

La vida no merece la pena si no hay belleza en ella.

Gideon tomó el vaso que acababa de vaciar. Alice recordó que Tossie había dicho en cierta ocasión que a Gideon le gustaba rodearse de cosas bonitas; lo que incluía, obviamente, a las mujeres. Al pensar en ello, suspiró. Estaba segura de que en aquel momento no debía estar particularmente atractiva.

—¿Por qué lo haces? Este sitio es horrible, pero tus negocios te van bastante bien. ¿No crees que merezcas algo mejor? ¿O es que se trata de eso? ¿Te tienes en tan baja estima?

Gideon no le dio la oportunidad de responder. Siguió hablando.

—¿Se trata de otro recuerdo de tu infancia, de una especie de venganza contra tus preciosas hermanas, que hacían que te sintieras como si no valieras nada? Si es así, necesitas que alguien te reeduque. Y cuanto antes.

Entonces, se levantó y llevó el vaso al fregadero.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas. Los besos de Gideon habían logrado que se sintiera realmente atractiva por primera vez en su vida. Pero no quería tener nada que ver con él. Además, no entendía su enfado. Viviera como viviera, no era asunto suyo. Y sin embargo, su opinión le importaba.

Se incorporó, apoyándose sobre un codo y gritó:

—Si no te gusta mi casa, ya sabes lo que puedes hacer. No te he pedido que vengas, y ni siquiera sé qué haces aquí. ¿Cómo has conseguido la llave? —preguntó, en tono acusador.

Gideon volvió a la habitación y se aceró a los pies de la cama, con las manos en los bolsillos de los oscuros pantalones que llevaba. No parecía enfadado. Bien al contrario, estaba sonriendo; y su sonrisa era como el sol en un día de invierno. En aquel momento, Alice supo que había hecho algo increíble, algo que no creía posible, algo

insoportable.

Se había enamorado. Amaba a Gideon Rymer con todo su corazón.

Gideon se apoyó en la mesa que ocupaba el centro de la estrecha habitación.

Mientras lo observaba, Alice pensó que no tenía sentido que negara sus sentimientos.

Gideon era el hombre más carismático y atractivo que había conocido en toda su vida. En aquel momento carecía de importancia lo que pensara acerca de sus ideas, o de su relación con Janet. Sólo sabía que el destino la había unido a él, inevitablemente. Era suya en cuerpo y alma. Pero, por desgracia, él pertenecía a otra mujer.

—He venido porque aún tenemos que aclarar unas cuantas cosas —dijo al fin.

Gideon estaba contestando a su pregunta, pero Alice apenas oyó lo que decía.

Lo miró con desesperación, pero bajó la vista de inmediato. No quería que adivinara lo que sentía por él. No estaba dispuesta a permitirlo.

—En realidad, no estaba de muy buen humor cuando llegué. Prometiste que te quedarías en mi casa. Sólo te pedí que esperaras una hora. Una simple y miserable hora.

Entonces, recordó lo que había sucedido la última noche que había pasado bajo su techo. Habían estado a punto de hacer el amor, dominados por una pasión incontrolable.

Por suerte, había conseguido recobrar el buen juicio a tiempo y recordarle cuáles eran sus lealtades.

Alice se mordió el labio. No podía decir nada para defenderse. No podía decir que había huido de forma cobarde porque no quería que le pidiera que no dijera nada sobre lo que había sucedido entre ellos. Le habría parecido algo sórdido e insoportable; sobre todo porque se había enamorado de él en cuanto lo conoció.

Sin embargo, Gideon no exigió ninguna explicación. No parecía esperarla.

—Cuando llegué a tu oficina, tu ayudante me dijo que estabas en casa, acatarrada —continuó—. Pero no me habría dado tu dirección de no haber sido porque le dije que se trataba de un asunto de vital importancia que debía discutir contigo. Si pensó que se trataba de algún cambio en la organización de la boda, tanto mejor.

Al oír la mención de la boda, Alice hizo un esfuerzo por controlarse. No podía empezar a llorar en aquel momento. A fin de cuentas no olvidaba que bajo los encantadores modales de Gideon se escondía un hombre sin escrúpulos.

Alice lo miró con cara de pocos amigos, y Gideon lo malinterpretó.

—No pongas esa cara. Al principio no quería darme tu dirección. Insistió en que podía hablar con ella. Pero puedo ser muy persuasivo.

—Y supongo que esa persuasión también te sirvió para conseguir la llave.

—La persuasión y que dije quien era a tu casero. Ese hombre puede llegar a ser muy amable cuando se menciona algo relacionado con la ley, aunque sea remotamente. En fin, es la hora de que tomes tu medicina. Pero primero, a comer. ¿Te apetecen unos huevos revueltos?

Alice negó con la cabeza. La idea de comer bastaba para que se le revolviera el estómago. Por si fuera poco, empezó a sentirse mareada. Acababa de asumir que estaba enamorada de aquel hombre, y sus escasas energías se habían evaporado.

—Márchate. Gracias por lo que has hecho, pero márchate. No te quiero en mi casa —mintió—. Además, Janet se estará preguntando por tu paradero.

En realidad, deseaba que se quedara allí, a su lado, para siempre. Deseaba que la amara tanto como ella lo amaba a él. Pero de todas formas había mencionado a Janet, aunque más para recordárselo a sí misma que para recordárselo a Gideon. Sin embargo, sólo consiguió sentir una profunda angustia; tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas.

—No pienso ir a ninguna parte mientras te encuentres en este estado —declaró, haciendo caso omiso de la mención a su prometida —. Me iré cuando puedas cuidar de ti misma, y sólo después de que hayamos hablado.

Alice estaba demasiado cansada para discutir. Miró hacia la pared y se preguntó por los motivos que lo retenían en su casa. Acababa de decir que no pensaba marcharse hasta que oyera lo que tenía que decir.

Minutos más tarde, Gideon le llevó la medicina y la ayudó a beber otro vaso de zumo de naranja. Alice dormía a ratos, pero no conseguía descansar demasiado; entre otras cosas, porque no conseguía dejar de pensar en él.

Debía estar desesperado por conseguir la promesa de que no le contaría lo sucedido a Janet. A fin de cuentas estaba decidido a casarse con ella por razones puramente económicas y no podía permitirse el lujo de estropearlo todo por un desliz. Por enésima vez, Alice pensó que debía de estar extorsionando a la mujer con algo lo suficientemente importante como para evitar que se casara con Will, con el hombre al que amaba. La propia Janet había dicho que había

otras consideraciones a tener en cuenta en aquel matrimonio.

Se quedó dormida sin darse cuenta, mientras pensaba. Cuando despertó, la habitación estaba a oscuras. Sólo había una lamparita encendida al lado opuesto, junto a la pequeña cocina, el frigorífico oxidado, el hornillo de gas solitario y el fregadero de loza cuarteada.

Gideon estaba tumbado en el sofá, aparentemente dormido. Aunque Alice no conseguía comprender que alguien fuera capaz de dormir en semejante lugar, con los muelles rotos y los cojines sin relleno.

Más de una vez había pensado en la posibilidad de comprar muebles nuevos para su casa, pero siempre lo posponía. Prefería invertir el dinero en el negocio; a fin de cuentas, nadie iba nunca a aquel lugar.

De todas formas, se arrepentía de tener un sofá tan malo. A Gideon le dolería todo el cuerpo cuando se levantara.

Con todo, intentó recordarse que no debía importarle demasiado lo que le sucediera. No en vano, sólo era un millonario que no dudaba en extorsionar a una mujer, y arruinar su vida de paso, para conseguir hacerse más rico de lo que ya era.

Tenía que ir al servicio, así que se levantó con sumo cuidado para no despertarlo. Bajo la tenue luz estaba muy atractivo. El simple hecho de mirarlo bastaba para que su corazón empezara a latir más deprisa. Apartó la mirada rápidamente para recoger la bata que había dejado debajo de la cama, pero tiró un taburete sin darse cuenta.

Gideon se levantó del sofá y preguntó:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Alice parpadeó, intentando verlo con claridad. No comprendía a qué venía semejante enfado, pero lo entendió en seguida al oír sus siguientes palabras.

—Si quieres algo, pídemelo.

En aquel momento parecía perfectamente capaz de tomarla por los hombros y sacudirla de los pies a la cabeza, pero al menos se alegró de no estar tan mareada como antes. La habitación ya no daba vueltas.

—Tengo que ir al cuarto de baño. No creo que puedas hacer eso por mí…

—De acuerdo.

Aunque se encontraba mucho mejor, sus piernas apenas la sostenían. Era como si fuese una niña que estuviera aprendiendo a caminar; cada paso resultaba una verdadera tortura.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó él.

Al ver que apenas podía andar, se acercó a ella. Alice se rindió a la evidencia y se apoyó en sus brazos.

—En el piso de abajo —respondió, mientras pasaba los brazos alrededor de su cuello.

—¿Qué dijeron tus padres cuando vieron esta casa? —preguntó, mientras bajaba por la estrecha escalera.

—No mucho, la verdad. Mi madre se puso histérica y mi padre se puso a gruñir, como de costumbre. Pero creo que lo comprendieron cuando dije que intentaba ahorrar todo el dinero posible para invertirlo en el negocio. Saben que trabajo por mi cuenta y comprenden que no resulta tan fácil. Mi padre se ofreció a comprarme una casa más aceptable en Hampstead.

—¿Y rechazaste la oferta? —preguntó con ironía.

—Por supuesto. O hago las cosas sola, o no las hago.

—Eres una cabezota.

A pesar de la recriminación, había una buena dosis de humor en el tono de Gideon, incluso de aprobación. Alice se sintió mucho más cómoda de inmediato, aunque pensó que no debería. En todo caso, antes de que pudiera pensar en el catastrófico poder que ejercía sobre ella, Gideon abrió la puerta del cuarto de baño y encendió la luz.

—Estaré fuera. Si me necesitas, llámame. Ah, y no dudes en hacerlo. No me asusto por nada —sonrió.

La irónica curva de sus labios hizo que Alice se estremeciera. Sabía que habría podido hundirse en el profundo océano de sus ojos, y no le agradaba. No necesitaba todo aquello. No podía manejarlo; ni siquiera debía intentarlo. Tenía que conseguir que se marchara de allí, de algún modo.

Cuando Gideon cerró la puerta se sintió muy aliviada. Débilmente, consiguió llegar a la taza. Se odiaba por haberse enamorado de un hombre que pertenecía a otra mujer, de un hombre capaz de extorsionar para conseguir sus objetivos.

No tenía más remedio que desenamorarse. Tenía que expulsar aquella locura que la había dominado. Aunque no sabía cómo hacerlo.

Abrió el grifo del lavabo y dejó correr el agua fría, con las manos debajo, mientras intentaba recobrar su antigua fuerza, la capacidad de decisión que la había convertido en una mujer de negocios, con poco tiempo para dedicar a los hombres y ninguno, en absoluto, para enamorarse.

Se miró en el pequeño y funcional espejo mientras intentaba entrar en razón.

Pensó que debería haber tomado una toalla y sus cosas de aseo para lavarse un poco.

Tal vez se habría sentido mejor entonces.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gideon desde el umbral.

Alice frunció el ceño. Al parecer, aquel hombre no estaba dispuesto a permitir que tuviera un segundo de intimidad. No iba a lograr desenamorarse si siempre estaba a su lado.

—Quiero lavarme los dientes.

Ella misma notó que parecía una queja de una niña de tres años, pero no le importó. Aquella situación era irritante.

—Buena idea. ¿Qué te lo impide?

—He olvidado mis cosas en el dormitorio. Ten en cuenta que el servicio lo compartimos tres personas. No dejamos nuestras cosas en él. Si estuvieran aquí los trastos de todo el mundo, sería insoportable.

Quería que la dejara sola, que se quedara en su casa con su prometida. No parecía entender que no pensaba hablar con nadie sobre lo sucedido, y por tanto no era necesario que la sometiera a semejante tormento.

Apoyó las manos en el lavabo y bajó la cabeza. Sentía una fina capa de sudor en la frente, pero sabía muy bien que se debía al descubrimiento del amor que sentía por aquel hombre, y no a los efectos del catarro.

Gideon entró en el cuarto de baño, la tomó en brazos, la llevó de vuelta a su dormitorio y la dejó en la cama.

—Voy a traer un poco de agua. Puedes lavarte los dientes aquí. ¿Te apetece tomar algo caliente? —preguntó.

Alice negó con la cabeza y empezó a temblar. Gideon se sentó a su lado y la abrazó hasta que consiguió que se tranquilizara un poco. Se sentía tan bien entre sus brazos que, de haber podido olvidar todas las circunstancias que los rodeaban, se habría dejado llevar.

Gideon hizo ademán de levantarse, pero ella se lo impidió.

—Quédate. Abrázame.

Gideon se quedó muy quieto, tenso, pero suspiró y volvió a abrazarla. Alice puso una mano sobre su pecho. Podía sentir los tranquilizadores latidos de su corazón, y poco a poco se fue quedando dormida.

Aún no había amanecido cuando Alice despertó, pero hacía mucho más fresco, así que lo abrazó con fuerza y se apretó contra él de forma instintiva.

Le dolía mucho menos la cabeza; en realidad, ya no le dolía nada. Se sentía nueva, purificada. Y sin embargo, tenía la impresión de que su mente no le pertenecía, así que llegó a la conclusión de que estaba soñando.

Gideon estaba dormido. Podía sentir los latidos de su corazón, lentos y regulares, contra sus senos; podía notar su respiración. Aquella situación era maravillosa. Le encantaba que la abrazara, que

hiciera que se sintiera a salvo y muy especial, como si mantuvieran una relación seria.

Entonces, sus dedos hicieron un curioso descubrimiento. La camisa se le había salido de los pantalones. Alice suspiró.

La cálida suavidad de su espalda era una tentación demasiado grande para poder evitarla, de modo que introdujo una mano por debajo de la camisa. Le encantaba la sensación de tocar sus duros músculos y huesos, su suave y tersa piel. Si aquello era un sueño, era un sueño maravilloso. Se sentía a salvo, porque a fin de cuentas no era real.

Pensó que nadie podía culparla por lo que hiciera en sueños.

Se le había arrugado la camisa y la mayor parte de los botones se habían desabrochado. Gracias a ello, su cabeza descansaba contra su pecho cubierto de vello.

Así que empezó a moverla suave y lentamente, con cuidado, lo suficiente para poner los labios contra su piel y probar su prohibido sabor.

Empezó a besarlo con dulzura, hasta que, sin saber cómo, se encontró delante de su cuello. Y mientras probaba el sabor de su piel, algo estalló en su interior.

Sintió un intenso y persistente calor, una compulsión, una necesidad que hizo que se estremeciera. Gideon se despertó de inmediato y se puso en tensión.

—¡Alice! ¡Despierta! Debes tener fiebre… no me provoques, no hagas que me aproveche de la situación. Esto es demasiado. Es más de lo que un hombre puede soportar.

Gideon estaba intentando tomárselo a broma para no dar demasiada importancia a las consecuencias de lo que estaba haciendo. Pero la tensión de su tono de voz era evidente, tan evidente como la excitación de su cuerpo. Y su excitación incrementó la que ya sentía Alice. Cuando Gideon quiso apartarse, ella se aferró a él, fuera de control.

—¡No te vayas! Por favor, abrázame —dijo, apenas sin aliento, mientras lo rodeaba con las piernas.

Lo único que le importaba en aquel momento era su amor; todo lo demás carecía de importancia. Gideon se había convertido en el centro de su universo.

Estaba allí, con ella, en el mundo de los sueños, y no tendría otra oportunidad.

Era una relación imposible; lo único que había entre ellos era deseo.

Alice supo que había conseguido mantenerlo en su maravilloso

sueño cuando oyó su gemido y sintió el calor de sus brazos, que se cerraron sobre ella con delicadeza, con suavidad, como si estuviera hecha del cristal más delicado.

Gideon la besó lentamente y la acarició con suavidad, tocando su cuerpo con un cuidado casi reverencial, hasta que consiguió que cada una de sus células gritara enfebrecida por la necesidad que despertaba en ella. Tomó su cabeza entre las manos y lo besó con la pasión que surgía del deseo de un corazón lleno de amor.

Gideon dejó de besarla, la apretó contra la almohada y le puso las manos sobre los hombros, excitado, temblando de deseo y respirando con pesadez.

Ella lo atrajo hacia sí en un movimiento sensual y sinuoso. Todas sus inhibiciones habían desaparecido, quemadas hasta convertirse en cenizas en las llamas del deseo. Cuando volvió a besarla, a tomar posesión de ella, perdió la noción de la realidad.

Después, no hubo nada salvo la ardiente necesidad, el calor, las llamas del deseo y el despertar de todos sus sentidos mientras iniciaban el camino del amor, más allá del tiempo, del espacio y de las razones. El cielo que los esperaba era sólo de los dos.

Capítulo 10

Alice se despertó de repente y parpadeó. Estaba abrazada al cuerpo desnudo de Gideon Rymer.

Su corazón se detuvo y comenzó a latir más deprisa segundos después; cuando recordó lo que había sucedido durante la noche no pudo creerlo.

Inmediatamente, se arrepintió de lo que había hecho.

Sin atreverse a respirar para no despertarlo, se apartó de él, desenredando cuidadosamente sus extremidades desnudas de las de Gideon. Tenía el corazón en un puño, pero su ritmo se aceleraba cuando contemplaba lo bello y relajado que estaba así, dormido.

Cerró los ojos y gimió. Se avergonzaba profundamente de lo que había hecho.

Era muy temprano. Pudo oír, en la calle, el sonido del camión del repartidor de leche. Siempre llegaba a las seis, lo que significaba que tenía tiempo de sobra. Podía levantarse y bañarse. Siempre era la primera en utilizar el cuarto de baño.

Normalmente bajaba sobre las siete de la mañana. Le gustaba levantarse temprano.

Con el corazón en un puño, se levantó y probó la fuerza de sus piernas. Aún no estaba totalmente recuperada, pero la sostenían. Se había librado del virus, pero no podía librarse tan fácilmente de Gideon. Sólo tenía que abrir sus maravillosos ojos azules y mostrar una de sus incomparables sonrisas para que estuviera perdida de inmediato; sabía que acabaría de nuevo en la cama, con él, a la primera de cambio. Y

odiaba no poder confiar en sus propias reacciones.

Tomó la bata y se la puso. Era una prenda de seda que le había regalado su madre el día de su cumpleaños. Alice estaba convencida de que no se la pondría nunca; le parecía una frivolidad, ajena a sus costumbres, y tenía intención de seguir usando la bata de color azul marino que siempre se ponía. Pero la primavera había sido tan cálida que no había tenido más remedio que sacar la de seda. Era mucho más fresca.

Miró a Gideon. Aún estaba dormido, pero a pesar de todo apartó la mirada con miedo; su corazón podía traicionarla en cualquier momento y no quería amar a un hombre tan aparentemente condenable. Tomó las cosas que necesitaba, salió de la habitación y bajó por la escalera agarrándose a la barandilla con fuerza.

El baño resultó tan placentero como esperaba. Pero Alice pensó que no lo merecía; pensó que merecía que la echaran a un caldero lleno de aceite hirviendo, por lo que había hecho.

Comprendía que Gideon Rymer mantuviera las relaciones que quisiera y cuando quisiera. Comprendía también que su prometida tuviera un secreto idilio con el hombre al que realmente amaba. Pero pensaba que su propio comportamiento era inexcusable.

De todas formas se dijo que no habría ocurrido nada si no se hubiera enamorado de él. Pero en aquel instante la asaltó una duda terrible: podía haberse quedado embarazada.

Se aferró al borde de la bañera como si le fuera la vida en ello. Era perfectamente posible. Había cometido el error de hacer el amor sin protección alguna; ni siquiera se le había pasado por la cabeza, y no podía culpar a Gideon. A fin de cuentas lo había seducido ella, de repente y sin que tuviera ocasión de reaccionar.

Mientras pensaba en lo sucedido salió de la bañera y empezó a secarse. Acto seguido, se cepilló el pelo.

Gideon había intentado dormir en el sofá, pero ella le había rogado, dos veces, que no lo hiciera. Alice había notado sus reservas. De hecho, la había besado con tanta suavidad y dulzura que resultaba evidente que no pretendía nada, salvo que se quedara dormida.

Pero no. No se había contentado con tenerlo a su lado. Al pensar en lo sucedido, se ruborizó. Lo había seducido; había conseguido excitarlo tanto que no había podido negarse. Se miró en el espejo y por enésima vez se odió a sí misma.

Se mordió el labio e intentó tranquilizarse un poco. No servía de nada que se recriminara, ni que se arrepintiera de lo que había hecho. Sabía que carecía de sentido que volviera a la habitación y que hablara con Gideon para hacerle saber que no quería verlo; en cuanto lo mirara, volvería a la cama con él.

Gideon había disfrutado tanto como ella la noche anterior. Pero Alice no quería convertirse en una amiguita más del hombre al que amaba, en un número de teléfono de su agenda secreta, que marcaría de vez en cuando para mantener una relación simplemente física a espaldas de su futura esposa. Alice no quería ser su amante; no quería caer en una relación sin amor; no quería estar sometida al hechizo de aquel hombre.

Mientras se ponía la bata de nuevo, frunció el ceño y deseo haber tomado su vieja bata. Pero la había dejado en el armario, colgada en espera de que regresara el mal tiempo.

La prenda roja de seda que le había regalado su madre se ceñía a su figura, remarcando su silueta y confiriéndole un aspecto definitivamente voluptuoso. Pero aquello le dio una idea. Una idea excelente, aunque resultara difícil de llevar a cabo.

Sin embargo, debía intentarlo. Tenía que hacer algo para que

Gideon decidiera salir de su vida, ya que ella no era capaz de expulsarlo. Lo amaba demasiado, tanto que resultaba doloroso, y por si fuera poco Gideon podía ser muy persuasivo.

Esperó unos segundos para tranquilizarse y acto seguido regresó a la habitación. Tenía que funcionar. Si no funcionaba, se sentiría eternamente culpable por lo que había pasado. Sus miedos e inhibiciones impedían que contemplara lo que había sucedido como algo natural, y no quería odiarse.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, vio que Gideon ya se había despertado.

De hecho se había vestido, aunque aún no había tenido tiempo de abrocharse la camisa, ni de afeitarse. Alice se obligó a sonreír e hizo un esfuerzo para no mirar sus preciosos ojos azules.

—Tienes un aspecto fantástico, Alice. Es obvio que te sientes mucho mejor.

—Bueno, las piernas me sostienen a duras penas, pero por lo demás me encuentro bien —dijo.

Alice siguió sin mirarlo. No se atrevía a hacerlo. Gideon podía conseguir que se traicionara a sí misma con extremada facilidad.

Sacó una toalla limpia y una pastilla nueva de jabón y se los dio.

—Puedes utilizar el cuarto de baño a las siete, en mi turno. Pero si quieres cepillarte los dientes tendrás que compartir mi cepillo. Me temo que no tengo otro.

En realidad había estado buscando otro cepillo de dientes por todas partes, pero no pudo encontrar ninguno. Los cajones de su casa estaban hechos un desastre.

Siempre había sido muy ordenada, pero últimamente su vida se había convertido en un caos. Ni siquiera se sentía con fuerzas, ni con ganas, para limpiar un poco.

En aquel momento, Gideon dijo algo que bastó para estremecerla:

—Compartiría cualquier cosa tuya, en cualquier momento, cariño.

Alice quiso taparse los oídos para no escuchar aquella tentadora voz, para no ceder a la invitación de sus brazos. Tenía que ser fuerte y seguir adelante con su plan.

—Si no bajas al cuarto de baño ahora mismo, perderás el turno y no podrás entrar hasta las nueve. Iré preparando un té.

Aunque no estaba mirando, Alice notó que la observaba con atención. Lo sentía a lo largo de la columna vertebral. Fue una emoción tan intensa que tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Empezó a ordenar un poco la casa y no se detuvo hasta que oyó que había salido.

Sabía que aquello iba a ser lo más difícil que había hecho en su

vida. Tenía que conseguir que el hombre que amaba se alejara de ella, mediante el procedimiento de lograr que creyera que sólo era una aprovechada, dispuesta a hacer cualquier cosa para cazarlo. Cualquier hombre en su sano juicio huiría de semejante persona.

No tenía más remedio que ser fuerte y dura. Ya pensaría en las consecuencias de sus actos más adelante. Aunque en realidad sólo se trataba de una hipótesis. Sabía que, si Gideon quería hacerle daño, no le costaría demasiado hablar mal de su negocio. Y en cuanto a la posibilidad de que estuviera embarazada, estaba dispuesta a convertirse en madre soltera si las circunstancias la obligaban a ello.

En aquel momento debía concentrar su energía en conseguir que se alejara de ella, en lograr que no volviera a acercarse nunca más.

Calentó agua en el fuego, sacó las tazas y la tetera y abrió el frigorífico.

Alice se llevó una buena sorpresa. Estaba lleno de cosas. Había leche, huevos, mantequilla, un pollo asado y gran cantidad de fruta. También había varios litros de zumo de todas las clases y un pan de aspecto muy apetecible, en la panera. Entonces recordó el detalle de las flores y se estremeció.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No había muchas personas capaces de hacer lo que él había hecho; lo había dejado todo para cuidar de ella, y por un simple catarro.

Se había quedado a su lado, había llamado a su médico, había comprado comida para despertar su apetito y hasta le había regalado unas flores. Debía reconocer que nadie la habría tratado con tanto cariño, buen humor y consideración. Y desde luego, nadie le había hecho el amor tan apasionadamente.

De todas formas, intentó no pensar en el sexo. Se limpió las lágrimas con un pañuelo, tomó el pintalabios más llamativo que tenía y empezó a maquillarse.

Cuando terminó, decidió que parecía un payaso. Se había pintado exageradamente, a propósito, para que su estrategia resultara más verosímil. Pero pensó que era por una buena causa. Después, sirvió el té y esperó a que Gideon regresara.

Gideon no había podido afeitarse, como ya imaginaba Alice. Pero después de la ducha estaba aún más atractivo, casi para comérselo. Además, sus ojos brillaban con intensidad, como si quisiera tocar algo más interesante que la taza de té.

Entonces, comprendió que la deseaba. Su plan había fallado.

Alice se sentó con rapidez. Sus piernas apenas la sostenían. Ahora no sabía cómo conseguir que saliera de su vida.

—Alice… —dijo con voz ronca y profunda.

Gideon se apoyó en el borde de la mesa, porque sólo había una silla y Alice acababa de ocuparla.

Alice no lo miró. Prefirió concentrarse en la pared.

—Vine porque tenemos que hablar. Supongo que ya sabías que vendría, después de que te marcharas de ese modo de mi casa. Y ahora…

—¿Y quién diablos quiere hablar? —preguntó, mirándolo con ojos entrecerrados—. Hablar demasiado es aburrido, ¿no te parece?

Alice estaba dispuesta, a pesar de todo, a conseguir que la odiara. Así que siguió adelante con su plan. Intentó sonreír de forma coqueta y algo basta, pero falló estrepitosamente y sólo consiguió hacer una mueca triste. Después se humedeció los labios con la lengua, pero su imitación de seductora de tres al cuarto no era muy buena.

—Ya sé que hemos hecho el amor, ¿y qué? —continuó ella, haciendo esfuerzos para que el tono de su voz no la traicionase—. Ha sido divertido, ha sido maravilloso, pero…

—Alice… —dijo él, en tono de advertencia.

Alice lo miró y supo que estaba enfadado. Pero sobre todo, asombrado.

No era suficiente, aunque ya había logrado parte de su objetivo. Necesitaba que se enojara mucho; necesitaba que saliera de su vida. Se cruzó de piernas y se echó hacia atrás para que la falda del vestido dejara ver una porción bastante generosa de sus muslos.

—Sólo intentaba decir que me aburro de los hombres con facilidad. Me gusta cambiar con cierta frecuencia, ya sabes.

—Haces que parezca que tu vida ha estado llena de hombres. ¿Con cuántos te has acostado, Alice?

Gideon la observaba con atención, con demasiada atención para su gusto.

Resultaba evidente que sospechaba de ella. Pero a pesar de todo, Alice siguió con la farsa.

—No creo que el número sea importante, así que será mejor que lo dejemos así.

—Comprendo —dijo él, mirándola con ojos entrecerrados—. Pero dime una cosa. Si es cierto que tienes tanta experiencia, y si es cierto que te gusto, ¿cómo es posible que la otra noche, en mi casa, te echaras atrás?

Alice se había metido sola en una trampa, y ahora no sabía qué hacer.

—Ah, eso… Estaba allí por asuntos de negocios. No tengo costumbre de mezclar los negocios con el placer. Pensé que lo sabías. Pero lo de anoche fue diferente. Mi ayudante va a hacerse cargo de la

boda, lo que significa que ya no tengo nada que ver en el asunto.

—No puedo creer lo que estás diciendo.

Gideon se levantó de la mesa y la obligó a ponerse en pie. La agarró por los brazos, y aquel gesto bastó para que Alice se derrumbara. Quería decirle que lo amaba; quería confesar que había estado mintiendo. Pero no podía.

—Pues créelo —espetó.

La interpretación de Alice estaba siendo francamente mala, digna del peor melodrama. Pero estaba decidida a seguir adelante. El miedo la empujaba a creer que desear a Gideon era traicionarse a sí misma. Para empeorar las cosas, su autoestima era tan baja que creía que el amor que sentía no podía ser recíproco; pensaba que Gideon era un canalla que se limitaría a utilizarla como objeto sexual cuándo y cómo quisiera.

Y la idea de convertirse en su esclava sexual la horrorizaba. Aunque lo deseaba tanto que sabía que semejante posibilidad no era precisamente remota. En tales circunstancias, no tenía más opción que seguir adelante con su plan. Así que puso un dedo sobre su pecho y declaró:

—Como decía, me aburro con facilidad. Supongo que nunca tengo relaciones demasiado estables por eso. Pero si estás interesado en que hagamos el amor de vez en cuando, después de tu boda… supongo que podríamos arreglarlo.

Gideon la miró con furia, profundamente decepcionado.

—Pero te costaría bastante —añadió, para dar el golpe de gracia.

A Alice se le encogió el corazón cuando Gideon palideció. El hombre que amaba apartó las manos de ella, como si pudiera contaminarse al tocarla. Acto seguido, giró en redondo y salió de su vida.

Había conseguido lo que quería. Y sin embargo, se sintió desfallecer.

Rachel entró en el despacho, con una gran sonrisa en su rostro lleno de pecas.

—Bueno, ya está. La novia sólo quiere flores blancas y la florista ha recomendado azucenas. La novia dice que no le gustaban demasiado porque le parecen más adecuadas para un entierro, y ha propuesto las flores de azahar, pero como es tan difícil hacer arreglos con flores tan pequeñas, la florista ha protestado y ha dicho… bueno, ya sabes cómo son estas cosas.

Alice lo sabía de sobra. Aunque últimamente no había trabajado demasiado.

Había permitido que su ayudante se encargara de todo mientras

ella se dedicaba a cuestiones administrativas; mientras tanto, el verano continuaba y la vida seguía para los demás.

—Si todos están satisfechos…

Alice pensó en las flores. Ahora le gustaban mucho más las azucenas; las asociaba a la vida, al amor, a Gideon. A lo que podría haber sido y ya nunca sería.

Rachel se llevó las manos a las caderas:

—Mira, sé que vas a decir que me meta en mis propios asuntos, pero ¿por qué no te tomas unas vacaciones? Ve a algún lugar bonito, o a casa de tus padres, para descansar. Hace una semana que regresaste y aún tienes mal aspecto. Es evidente que ese enfriamiento te ha dejado secuelas.

No tenía nada que ver con el catarro. Ningún virus podría haberla afectado de aquel modo. Su palidez se debía a Gideon, y a la farsa que había organizado para conseguir que se alejara de ella. Había conseguido lo contrario de lo que pretendía.

Nunca se había respetado menos a sí misma.

Dejó el bolígrafo que tenía en la mano y suspiró. En todo caso, ya no podía hacer nada al respecto.

—Estoy bien —sonrió con debilidad.

—No, no lo estás. Y te aseguro que puedo arreglármelas sola; lo sabes muy bien. Si tengo problemas con el papeleo, contrataré a alguien temporalmente. El negocio seguirá su camino sin ningún problema.

Alice sabía que el negocio no sufriría por su ausencia. Tenían mucho éxito. En el pasado se habría sentido muy orgullosa por ello, pero ahora no le interesaba en absoluto.

Rachel era una gran profesional y Alice sabía que no tendría ningún problema si contrataban a un administrativo para que llevara el papeleo de la oficina. No la echarían de menos. Su precioso negocio podía seguir sin ella, y curiosamente no le importó demasiado.

Había perdido el entusiasmo, la necesidad de tener éxito y de demostrarse que podía hacer las cosas por su cuenta.

Sólo podía pensar en Gideon. Ya ni siquiera le interesaba ahorrar para comprar una casa más o menos decente. Estaba decidida a quedarse donde estaba. A fin de cuentas, y por feo que fuese, su apartamento estaba lleno de recuerdos. Algunos eran francamente malos, pero eran todo lo que tenía y aún era pronto para olvidarlo.

Pensó, sin entusiasmo alguno, que podía gastar sus ahorros en hacer un viaje a algún lugar exótico.

Desde luego no estaba dispuesta a volver a casa para que su madre empezara a soltar discursos sobre la necesidad de sentar la cabeza e

insistiera con el cuento de que tenía que encontrar un marido antes de que fuera demasiado tarde. Siempre la comparaba con sus hermanas, y por si fuera poco tampoco quería enfrentarse con la incomprensión de su padre.

Quería a sus padres, pero necesitaba recobrar energías, tranquilizarse y resignarse a lo que había hecho antes de poder enfrentarse a ellos.

—Bueno, lo pensaré —prometió.

Sin embargo, no lo hizo. El único pensamiento más o menos útil que tuvo la asaltó a la mañana siguiente, mientras miraba el correo.

Al parecer, el matrimonio de Gideon seguía adelante. No lo habían cancelado.

Alice pensó en la pobre Janet, y en lo que sufriría cuando tuviera que despedirse, por fin, del hombre al que amaba.

Al pensar en ello se sintió culpable. Había mantenido una aventura tempestuosa y extrañamente inevitable con el hombre con el que iba a casarse aquella desventurada mujer. Sabía que Gideon no amaba a Janet; sabía que Janet tampoco lo amaba a él; y sin embargo, se sentía culpable y avergonzada.

Entonces supo que debía hacer algo. Para ella ya era tarde, pero aún no era demasiado tarde para Janet.

Debía detener aquel matrimonio.

En cuanto a Gideon, podía arreglárselas perfectamente sin la propiedad de Janet. Encontraría a otra mujer que le diera hijos sin demasiados problemas. Pero Janet no sobreviviría tan fácilmente a aquel matrimonio; la pérdida del amor sería tan terrible que, con toda seguridad, no lo soportaría.

Y no estaba dispuesta a permitir que Janet arrojara la felicidad por la borda.

Cuando Rachel volvió al despacho, minutos después, Alice dijo:

—Tenías razón. A partir de mañana estarás sola. Voy a tomarme unas vacaciones, pero sólo durante unos días.

No tenía más remedio que romper la promesa que se había hecho. Tendría que volver a ver a Gideon, a pesar de todo, para pedirle que dejara en paz a Janet.

Por difícil que fuera para ella, tenía que ayudarla. Gideon le debía a Janet una explicación.

Capítulo 11

LA CASA de Rymer Court seguía siendo tan bonita como el día que la vio por primera vez. Alice recordó lo alegre que estaba aquel día, dispuesta a empezar el trabajo. No podía haber imaginado lo que iba a suceder.

Le parecía que había pasado mucho tiempo, aunque no era así. En realidad casi parecía imposible que algo tan reciente hubiera cambiado su vida de aquel modo. El amor la había cambiado, y ahora todo parecía desprovisto de valor, vano, en comparación.

Pero el amor estaba lejos de su alcance.

Apagó el motor y miró hacia la casa, que parecía vacía. Pensó que en unas semanas, si Gideon se mantenía fiel a su plan, aquel lugar se llenaría de hombres con traje de chaqueta y mujeres con vestidos de verano, tacones altos y pamelas. La idea bastó para que se sintiera enferma.

Pero estaba dispuesta a evitarlo. Y sabía cómo hacerlo.

Estaba decidida a pedir a Gideon que rompiera su compromiso con Janet, a rogárselo si fuera preciso. Desde que había tomado la decisión no había dejado de intentar convencerse a sí misma, una y otra vez, de que se trataba de lo correcto.

Janet y Will estaban enamorados. Era un hecho.

Aquella boda impediría que se casara con Will. Era otro hecho.

Y por si fuera poco, sospechaba que Gideon la extorsionaba de algún modo. La propia Janet había admitido que su propiedad tenía algo que ver en el asunto. Y sólo podía referirse a Manor House.

Gideon no estaba enamorado de Janet. Su prometida estaba destinada a convertirse en una esposa sin amor, leal sin duda, pero por simple conveniencia. Al parecer, Gideon quería vivir con una mujer que no se pareciera en absoluto a su madre, y que no tomara en consideración sus posibles deslices sexuales con otras personas.

Sin embargo, Alice se dijo que no podía ser tan malo. A fin de cuentas, todo el mundo lo adoraba. Y un hombre no recibía semejante aprecio de nadie si no lo merecía de algún modo, si era un perfecto canalla.

No podía negar que tenía encanto. Era atractivo e inteligente, tenía dinero, y su atractivo lo hacía letal para muchas mujeres. Pero había algo más en él. Algo más profundo, algo que alimentaba un carisma con el que se ganaba el respeto de los demás, hasta el punto de que podía manipularlos a su antojo, quisieran o no.

Alice pensó que Gideon había hecho un buen trabajo con ella. La había manipulado hasta que, al final, no había sido capaz de controlar sus propias emociones.

Había permitido que su vida se convirtiera en un verdadero caos, y lo mínimo que podía hacer, en tales circunstancias, era intentar persuadirlo para que dejara en paz a Janet. Apelaría a su corazón.

A fin de cuentas, sabía que podía ser un hombre maravilloso cuando se lo proponía, como había demostrado durante su enfermedad. De hecho, tuvo que hacer un esfuerzo para no alejarse de allí a toda prisa.

Se dijo que seguir en el coche no servía de nada, ni siquiera para tranquilizarse, así que intentó sacar fuerzas de flaqueza.

Era consciente de que Gideon se había quedado con una impresión bastante negativa de ella, razón por la cual no estaría precisamente dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir. Pero supuso que tampoco la echaría de allí a patadas. Era demasiado civilizado.

Sin embargo, temía su mirada. Temía cómo podía reaccionar después de la representación que había hecho para conseguir que se alejara de ella.

Salió del coche y se dirigió a la parte trasera de la casa para buscar a Dona. La encontró en la cocina, preparando algo en un bol.

—Alice… —dijo la joven contenta de verla—. Menos mal que has venido.

Dona dejó lo que tenía entre manos y la abrazó con fuerza.

—Sí, bueno…

Alice no entendía a qué venía semejante efusión. Supuso que estaría contenta con los preparativos de la boda.

Janet se había resignado a su destino, e imaginaba que no pondría ningún problema con respecto a la ceremonia. En todo caso, no le importaba. Ni quería saber nada al respecto. Si tenía éxito, aquella boda no se llevaría a cabo. Además, no tenía intención de ver a los demás antes de hablar con Gideon. Debía evitar sobre todo a Janet.

—No tengo mucho tiempo —dijo—. Tengo que ver a Gideon. ¿Dónde está? ¿En su despacho?

—No está aquí.

—Oh, no…

Alice pensó que debía haber telefoneado antes. Al menos se habría ahorrado todo el viaje. Ahora tendría que pasar, otra vez, por el infierno interior por el que había pasado hasta encontrar las fuerzas para enfrentarse a él.

—Se ha ido a Manor House esta mañana —comentó Dona, en un tono de voz extraño—. A pie. Si sales ahora es posible que te lo encuentres de vuelta. Seguro que consigues que sonría un poco. Ha estado de muy mal humor toda la semana.

Trabajando todo el tiempo, aunque se suponía que estaba de

vacaciones. No hemos conseguido que sonría ni una sola vez.

—Iré a ver si lo encuentro.

En su ingenuidad, Alice pensó que seguramente estaba enfadado porque había algún problema con los preparativos de la boda. Obviamente, no podía ponerse en contacto con ella para arreglarlo.

Pero si tenía algún problema y no la había llamado por teléfono, dudaba que escuchara lo que tenía que decir. Y en cuanto a lo que había dicho Dona sobre su enfado, no tenía intención alguna de hacer que sonriera.

Pero debía lograr su objetivo, por Janet. Cuando supiera que su prometida mantenía una relación con otro hombre, del que se había enamorado, cambiaría de idea con respecto al matrimonio.

Supuso que su comportamiento le recordaría demasiado al de su madre, y que no podría soportarlo. Janet sería libre para vivir con el hombre que amaba. En cuanto a ella, su trabajo habría terminado y podría alejarse de todos ellos para siempre.

Mientras avanzaba por el sendero que había entre los árboles, vaciló. Intentó convencerse de que se debía al intenso calor, pero no era así. Gideon había aparecido de repente y se dirigía hacia ella. El corazón de Alice se detuvo.

Decir que tenía cara de pocos amigos no habría explicado realmente su aspecto.

Su rostro parecía haber sido esculpido por un escultor que odiara a la raza humana.

Pero no hubo más expresión en él que un simple brillo de sorpresa en sus ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres? —preguntó con frialdad.

Alice sintió una profunda angustia. Le habría gustado que se dirigiera a ella con la calidez que había demostrado en infinidad de ocasiones, una calidez que hacía que se sintiera la mujer más especial del mundo.

Pero sabía que no podía esperar otra cosa después de lo que había hecho. Así que intentó recobrar la compostura y respondió con tranquilidad:

—Hablar contigo.

—No tenemos nada de que hablar.

Gideon intentó pasar a su lado, pero el camino era estrecho y Alice se interpuso.

Gideon la miró con furia y el corazón de Alice se encogió. La miraba como si fuera un bicho infecto y repugnante que acabara de encontrarse en la suela del zapato. Alice no se había vestido especialmente para la ocasión, pero a pesar de todo no había nada

recriminable en su aspecto. Se había puesto unos vaqueros, una camiseta blanca y unas zapatillas, y se había recogido el pelo. No parecía Escarlata O'Hara, pero tampoco estaba mal.

Sin embargo, sabía que se había ganado su rechazo. Además, no esperaba que la recibiera con los brazos abiertos.

—No he venido aquí para hablar sobre nosotros —declaró, intentando mantener la calma—. Se trata de Janet. Supongo que no querrás oír lo que tengo que decir, pero es algo importante. No habría venido si no lo fuera.

Alice pensó que a Gideon no le alegraría demasiado saber que su prometida estaba enamorada de otro hombre. Pero sabía que el descubrimiento no le haría demasiado daño. Sólo afectaría, en todo caso, a su orgullo. Y se recuperaría pronto.

—¿Qué le pasa?

Al menos, parecía que había conseguido despertar su interés. Gideon siguió caminando hacia la casa, pero no impidió que lo acompañara.

—Si estás preocupada por tu minuta, no lo estés —continuó él, con impaciencia

—. Recibirás hasta el último penique. Y me encargaré de los gastos derivados de la modificación de las invitaciones, para que no pierdas ni una sola libra de tus preciosos beneficios. Has venido por eso, ¿verdad? Ah, y Rose se ha encargado de cambiar la lista de invitados, así que algo más que te evitas.

Alice lo miró con asombro. No sabía de qué estaba hablando. No entendía que de repente mencionara el asunto del dinero. Ni entendía a qué se refería con lo de la lista de invitados. Ni comprendía que no hubieran informado del asunto a Hearts and Flowers.

Gideon andaba tan deprisa que prácticamente tenía que correr para seguirlo. Su respiración empezaba a hacerse más acelerada.

—No sé de qué me hablas —balbuceó.

Gideon la miró con aburrimiento y preguntó:

—¿Aún estás aquí?

El hombre al que amaba se detuvo, se metió las manos en los bolsillos y se volvió para mirarla con desprecio, como si esperara una explicación razonable acerca de su insistencia.

—No sé de qué me hablas —repitió, haciendo un esfuerzo por no llorar.

Alice sabía que se había ganado su desprecio, pero no podía soportarlo. Dolía demasiado.

—Si hay algo raro con las invitaciones, tendrían que habérmelo dicho —

continuó.

—Jan dijo que te lo haría saber, pero ya veo que no lo ha hecho —dijo con irritación—. Me puse en contacto con la imprenta para no tener que hablar contigo.

Jan dijo que te llamaría, pero ya veo que la alegría ha hecho que lo olvide —la miró con furia—. Supongo que sabes por qué no quería verte.

Alice asintió. Lo sabía de sobra, pero de todas formas las palabras de Gideon eran tan duras que apenas podía soportarlas.

Además, en aquel momento supo que había fallado. No se sentía con fuerzas para rogarle nada. No era capaz de enfrentarse a la amargura de Gideon. Había pensado que podría hacerlo, pero aquello estaba más allá de sus fuerzas. No podía soportar ni un segundo más semejante tortura.

—Como ya veo que no te llamó, no me importa informarte sobre lo sucedido.

Todo sigue tal y como se había planeado, con excepción de un pequeño detalle relativo a la lista de invitados y a las invitaciones. Will Gaunt va a ser el novio.

Alice tardó unos segundos en reaccionar. Las palabras de Gideon habían sonado tan distantes como frías, y al principio, por alguna razón, no había entendido nada. Pero ahora estaba claro.

—¿Janet te ha dicho lo de Will? —preguntó.

Al parecer, se había obligado a enfrentarse con Gideon por nada. Janet había encontrado el valor necesario para impedir aquel matrimonio.

—Sí. Dos segundos después de que le dijera que no podíamos casarnos —

respondió él—. Quería hablar con ella antes de que se comprometiera a nada con ese diseñador, pero el incendio del granero me lo impidió. Le dije que no podía casarme con ella porque me había ocurrido algo que nunca pensé que llegara a ocurrir. Me había enamorado. De una mujer muy atractiva. De una mujer decidida y dura en los negocios. La deseaba y la amaba. Y hasta estaba seguro de que ella también me amaría. Me había enamorado de una mujer que me prometió que me esperaría, pero no lo hizo. Así que la seguí. Pensé que la habría dominado el miedo, o esas ridículas dudas existenciales que la asaltan de vez en cuando, pero no era así. Estaba enferma.

Y poco tiempo después descubrí que no era la mujer que parecía ser —declaró con ironía—. No quiero volver a verte, Alice. Y haz el favor de no torcerte otra vez un tobillo, porque esta vez no pienso ayudarte.

Acto seguido, Gideon se alejó. Alice lo observó, derrotada, y se abrazó a sí misma. No podía negar que había sido muy claro. Y sin embargo, había dicho que la amaba. Había dicho que había roto su compromiso con Janet porque se había enamorado de ella.

Por fin, minutos más tarde, reaccionó y echó a correr como si estuviera en unas olimpiadas.

—¡Eh, tú…!

Alice se volvió y vio que Tossie se acercaba por la rosaleda.

—¿Qué le has hecho? —preguntó la preciosa jardinera, con mirada feroz—.

Dona me ha dicho que habías ido a buscarlo, y las dos pensábamos que todo terminaría bien. Pero acaba de pasar a mi lado con un gesto que ni siquiera puedo describir. Y no me digas que no tiene nada que ver contigo, porque no es cierto. Jan nos lo ha dicho. Está enamorado de ti. Y cuando volvió de tu casa estaba de un humor de perros. Nadie podía hablar con él, excepto Rose. Pero ahora, está aún peor.

Así que ¿qué ocurre? ¿Es que no es suficientemente bueno para ti?

Alice intentó sonreír.

—Es un malentendido. ¿Por dónde se ha ido?

—Por allí —respondió, sin quitarle los ojos de encima—. Por la terraza. Ah, y si vuelves a hacerle daño, te aseguro que…

—No lo haré —prometió.

Subió los escalones de la terraza, llena de dudas. Cabía la posibilidad de que Gideon se hubiera olvidado para siempre de ella. Hasta cabía la posibilidad de que se desenamorara tan rápidamente como se había enamorado.

Pero prefirió no pensar en ello.

Gideon no estaba en el salón, así que se dirigió al despacho. Estaba allí, sentado en el sillón que había detrás del escritorio, mirando por la ventana que daba al vado, de espaldas a la entrada de la habitación. Probablemente estaba allí para ver cómo subía a su coche y se marchaba, por fin, de su vida.

Cuando Alice abrió la puerta, Gideon no la oyó. Sin embargo, debió notar su presencia de algún modo, porque sus hombros se pusieron tensos. Acto seguido, giró el sillón en el que estaba sentado y la miró con angustia.

—Creo haber dicho que te marcharas.

—Lo sé, pero no pienso irme —declaró—. Me amas. Y yo te amo a ti. Olvida todas las tonterías que dije. Te amo.

—¿De verdad? ¿Cuándo has cambiado de idea? —preguntó con extremada frialdad—. ¿Cuando has sabido que no voy a casarme con Jan? Sí, claro, supongo que soy una buena inversión. Así podrías salir

de ese agujero en el que vives y tendrías dinero. Mucho dinero. Y todo sin tener que trabajar. ¿Te importa tanto que estás dispuesta a olvidar lo aburrida que sería tu vida sexual con un sólo hombre? ¿Y

cuánto tiempo aguantarías? ¿Un mes, dos? ¿O tal vez más? ¿Un año?

Alice ya tenía suficiente, así que exclamó:

—¡No soy tu madre!

Acto seguido, lo besó hasta que Gideon se relajó un poco y se dejó llevar. Unos segundos después se apartó de él y añadió:

—Ahora, dime que no me deseas.

—Bruja… —dijo en voz baja, tensa.

Sin embargo, no la soltó. Se inclinó sobre ella y pasó la lengua por sus labios antes de besarla de nuevo.

—Sabía que dirías eso —dijo ella—. Aún crees que me acuesto con una docena de hombres al mes.

—¿Y no es cierto? —preguntó angustiado.

—Era mentira —confesó—. Sólo hubo uno antes de ti, hace años, y eso no cuenta. Creía que estaba enamorada de él, pero no era así. Ni siquiera sabía lo que era en realidad el amor. Pero ahora lo sé. Me enamoré de ti, aunque no debió suceder. Pero tampoco debimos hacer el amor, y lo hicimos. Me sentía culpable porque ibas a casarte con Janet. Sabía que tenía que hacer algo para sacarte de mi vida, porque no quería terminar siendo la amante del hombre que amaba. No podía.

—Oh, Alice… Te aseguro que no habrías conseguido encontrar un truco mejor para que me alejara de ti. Con unas pocas palabras y unos cuantos gestos conseguiste representar una especie de caricatura grotesca de todo lo que creí que era mi madre.

Lograste que me sintiera tan amargado como mi padre. Estaba tan ciego que no me di cuenta. Pero, silo hubiera pensado con frialdad, lo habría sabido. ¿Cómo pude creer que una mujer así se dedicaría a organizar bodas con tanto entusiasmo?

Gideon parecía bastante alterado, más por lo que había descubierto de sí mismo que por la confesión de Alice. Acarició los brazos de la mujer que amaba. Sin embargo, no dijo nada. Pero Alice esperaba que la hubiera perdonado de todas formas.

—He venido porque quería pedirte que no obligaras a la pobre Janet a casarse contigo. Descubrí que estaba enamorada de Will y…

—¿De dónde te has sacado que yo intentaba obligarla? ¿Crees que soy capaz de obligar a una mujer a hacer algo así?

—No es necesario que mientas. Al principio no me gustaba la idea, pero ahora no me importa que extorsionaras a Janet. Pensé que no

podía amar a un hombre capaz de hacer algo así, pero no es cierto. No se puede pedir amor a la carta. Cuando llegué aquí…

—Vaya, vaya —dijo él, frunciendo el ceño.

—No me interrumpas. Supongo que tenías buenas razones para obligarla a que se casara contigo, pero al menos has tenido la decencia de romper el compromiso.

—¿Así que crees que tengo que usar amenazas para conseguir una mujer? —

preguntó, mientras la abrazaba con fuerza.

Gideon empezó a acariciarla, pero ella se lo impidió.

—¡Basta ya! Detente. ¿Dónde estaba? Ah, sí, hablaba de Janet. Supe que le ocurría algo en cuanto llegué, pero descubrí de qué se trataba un par de días después, cuando la vi en Manor House con Will. Me rogó que no te dijera nada, y minutos después me topé contigo en el camino de vuelta. Te habías comportado bastante mal conmigo, y…

—Porque me sentía muy atraído por ti. Fascinado, de hecho. Te besé para demostrarte que eras una mujer muy atractiva, que no debías sentirte insegura. Pero descubrí que me gustabas. Si no me hubiera apartado de ti, habría perdido el control.

Y luego, cuando apareciste para cenar por la noche, estaba tan preciosa que supe que corría el peligro de enamorarme. Así que te dije que te marcharas. Era lo único que podía hacer. A fin de cuentas iba a casarme con Jan y no quería enfrentarme a la tentación, todos los días, de verte. Pero cuando nos vimos la otra noche, cuando te torciste el tobillo…

—Lo fingí para impedir que fueras a Manor House. Habrías descubierto a Janet en una situación algo comprometida.

—Tan comprometida como la situación en la que estábamos nosotros. Más tarde, cuando acabamos abrazándonos, supe que no podía casarme con Janet. Supe que te amaba. Supe que quería que estuvieras siempre ami lado.

—Pero yo no lo sabía. Ni ella —dijo Alice—. Janet vino a mi habitación a la mañana siguiente, y me sentía tan avergonzada por lo que había hecho… me dijo que amaba a Will, pero que pensaba casarse contigo. Dijo que existían ciertas razones de las que no quería hablar, aunque admitió que tenía que ver con su propiedad. Y

pensé que la única razón que podía explicar que se casara contigo era que estuviera sometida a algún tipo de extorsión.

Gideon le quitó las gafas y la besó hasta dejarla sin aliento.

—Pues te equivocaste —declaró después—. Dejemos una cosa bien clara antes de irnos a algún lugar donde estemos más cómodos. No amenacé a Jan, ni la obligué a que se casara conmigo. Se lo propuse,

nada más. Entonces no pensaba que pudiera enamorarme de nadie. No te había conocido, no sabía que la vida podía cambiar de la noche a la mañana. Así que sugerí que nos casáramos. No me pareció mala idea. A fin de cuentas nos conocíamos desde hacía muchos años, nos respetábamos y nos caíamos bien. Y por si fuera poco había decidido quedarme a vivir en esta casa, para tener una familia. Ten en cuenta que no creía en el amor. La experiencia de mis padres no hablaba precisamente a favor de ciertas cosas, y la amargura me dominaba. Así que casarme con Janet me pareció algo sensato. Por otra parte, me sentía responsable de ella y de Gwen. Una especie de culpa heredada.

—¿Culpa? —preguntó, sin entender nada.

—Si me miras de ese modo tendré que besarte de nuevo. ¿Dónde estábamos?

Ah, sí, en la culpa. La familia de Janet ha vivido en Manor House durante generaciones. Su padre, Ralph, era un gran hombre, pero no sabía manejar los asuntos económicos. Acabó en bancarrota y tuvo que pedirle un préstamo a mi padre, que era un gigantesco manipulador. Siempre había especulado en la bolsa, y supongo que vio una gran oportunidad para quedarse con la propiedad de su vecino. De haber sabido lo que pretendía se lo habría impedido o habría advertido a Ralph. Pero entonces vivía en la ciudad y sólo venía a esta casa para ver a Rose.

Se detuvo, respirando profundamente, y miró a Alice.

—Como era de esperar —continuó—, Ralph no pudo devolver el préstamo.

Poco tiempo después me enteré de que mi padre lo había amenazado con llevarlo a los tribunales. Esperaba que sólo se tratara de un farol, pero no llegué a averiguarlo.

Poco después Ralph se mató en un accidente de automóvil, y mi padre murió unos días más tarde, de un ataque al corazón. A todos nos extrañó mucho la muerte de Ralph. Era un buen conductor, y nunca se excedía al volante. Fuera como fuese, Jan y su madre se encontraban en una situación bastante delicada. No podían hacer nada para salvar su propiedad. Así que decidí intervenir. Compré Manor House y los terrenos, contraté a Will para que los hiciera rentables, le prometí a Gwen que la casa sería suya mientras viviera y propuse a Janet que nos casáramos. Jan aceptó y Gwen también, pero no había contado con el destino.

Alice siguió en silencio, escuchando.

—Cuando Jan y Will se conocieron —prosiguió Gideon—, se enamoraron de inmediato. Si Jan me lo hubiera dicho, yo me habría mostrado de acuerdo en romper nuestro compromiso y le habría dado

mis bendiciones. La quiero demasiado para permitir que sea infeliz. Pero no sabía que Gwen había entendido que el trato que habíamos hecho dependía de nuestro matrimonio.

—¿Quieres decir que Janet pensó que tenía que casarse contigo para que su madre no se quedara en la calle? —preguntó Alice, asombrada.

Se había equivocado totalmente con Gideon. Lo había tomado por un canalla y sin embargo era un héroe. Su héroe.

—Eso parece —respondió con ironía—. Cuando Jan le dijo a su madre que se había enamorado de Will, Gwen se puso histérica y dijo todo tipo de tonterías sobre Manor House y sobre nuestro trato. Y ahora… ¿dónde estábamos? —la atrajo hacia él y acarició sus senos con suavidad—. Ah, sí, ya lo recuerdo. Estabas diciendo que me amas. Muy bien. Convénceme.

Alice demostró el amor que sentía de la forma más convincente posible.

Besándolo con toda su alma. Y así estaban cuando, segundos más tarde, una tercera persona entró en la habitación.

—Vaya, vaya, y pensar que creí que os estaríais matando…

Era Tossie.

Alice se ruborizó y corrió a ponerse bien la camiseta. Intentó apartarse de su amante, pero Gideon se lo impidió.

—Sólo nos convertiremos en asesinos si no te largas de aquí ahora mismo —

declaró él con cierto sarcasmo—. Dile a Dona que traiga champán y un par de copas.

Alice y yo hemos decidido casarnos.

Alice quedó absolutamente asombrada, pero no dijo nada al respecto. Era la mejor noticia del mundo. A fin de cuentas lo amaba con locura.

Mientras estaba pensando que era la mujer más afortunada del mundo, Tossie se dio la vuelta con intención de dejarlos, fundidos en un abrazo.

—Ah, y no se lo digas a nadie, excepto a Dona —dijo Gideon—. Lo anunciaré esta noche durante la cena. Por cierto, ¿dónde está la gente?

—En casa de Will —respondió—. Poniendo las cortinas y limpiando el baño. Ya sabes, arreglándolo todo para evitar trabajo a los novios… El pobre Will no podrá encontrar nada cuando hayan terminado.

—Bien —esperó a que Tossie llegara a la puerta, dispuesta a contarle la buena nueva a su amiga—. Una cosa más. No quiero verte

en el jardín durante el resto del día. Quédate en casa y ayuda a Dona. ¿Comprendido?

Los ojos de Tossie brillaron con tal malicia que resultó evidente que lo había comprendido. Dona apareció poco tiempo después, radiante de alegría, con las copas y el champán. Gideon tomó la botella en una mano y las copas en la otra, y llevó a Alice al exterior de la casa. Pasó un brazo alrededor de su cintura y empezaron a pasear por el jardín. Era evidente que Gideon no estaba pensando precisamente en las flores. Cuando llegaron al balancín, se sentaron y sirvieron el champán.

—Por ti, mi amor. Por nosotros —brindó él—. Por nuestro largo y feliz futuro.

Alice estaba tan emocionada que apenas pudo tomar un sorbito. Sus ojos se llenaron de lágrimas, de pura felicidad. Segundos después, dejó la copa a un lado y pasó los brazos alrededor de su cuello.

—¿Recuerdas cuando nos sentamos aquí a charlar? —preguntó él, en un murmullo—. Entonces supe que lo que sentía por ti era algo más que un interés amistoso. No me dedico a besar a todas las mujeres que tengo a mi alcance, pero contigo no pude evitarlo. Fue algo natural, inevitable. Pero fui tonto, y me resistí a reconocer lo que sentía. Vaya pérdida de tiempo.

—Mmm… sí, lo recuerdo. ¿Cómo podría olvidarlo? Fue entonces cuando me enamoré de ti.

Después de aquello, no siguieron hablando. Se dedicaron a asuntos más placenteros durante un buen rato.

—No puedes hacerlo —protestó la señora Rampton, asombrada—. El novio no puede ver a la novia antes de la boda. Trae mala suerte.

—Venga, mamá, deja de refunfuñar —dijo Alice.

Alice giró en redondo, con el vestido de satén, de color marfil, y miró a su madre. Arabella, Amaryllis y Angel se estaban mirando en el espejo. Estaban demasiado concentradas en su propio aspecto como para prestar atención a las cosas de Alice.

—Tengo que hablar con él —añadió.

Sus enormes ojos brillaron por debajo del velo.

—¿Qué? —preguntó su madre—. ¿No puedes esperar?

Alice negó con la cabeza. No podía esperar. Tenía intención de mantener el secreto hasta después de la ceremonia, para que fuera una especie de regalo. Pero ahora sabía que no podía hacerlo.

—No tardaré nada —prometió.

Su pobre madre la había ayudado mucho con la boda. Cuando le dijo que iba a casarse, le dio una gran alegría. Alice demostraba, por fin, que el patito feo de la familia lo había hecho mucho mejor que sus

tres bellas hermanas.

Alice había insistido en vivir con su futuro esposo antes de casarse. Janet estaba viviendo en la casa de campo con su marido, y Gwen y Rose en Manor House. Pero su padre no se había tomado tan bien que decidiera casarse en la casa del novio y no en la suya. Sin embargo, Alice tenía la manía de conseguir siempre lo que quería, y al final no tuvo más remedio que ceder.

Alice pensó que no volvería a pasar un segundo lejos de Gideon en toda su vida.

Se agarró los faldones del precioso vestido y se dirigió hacia la puerta haciendo caso omiso de las protestas de su madre.

Encontró a su prometido en el cuarto de baño principal. Estaba muy atractivo con su traje. Gideon la vio en el espejo y se volvió, con ojos llenos de amor.

—Siempre has sido preciosa, pero esto… ¿Eres mía de verdad? ¿Eres real?

¿Puedo tocarte?

Los ojos de Alice brillaron a modo de invitación. No tenía nada en contra de que la tocara; todo lo contrario. Alice había propuesto que la ceremonia fuera tranquila, que sólo invitaran a la familia y a algunos amigos; pero él había insistido en hacer una boda más tradicional, con multitud de invitados, así que debía agradecerle su aspecto. Como debía agradecerle, también, que su cuerpo hubiera empezado a vivir de nuevo. Las inteligentes manos de Gideon habían redescubierto la cálida realidad de su silueta.

—Tengo algo que decirte —dijo ella, conteniendo a duras penas la emoción.

—¿Que me amas? —preguntó él, con voz ronca.

Alice negó con la cabeza.

—¡No… Por supuesto que sí! Pero no es eso. Quería decírtelo después de la boda. Iba a ser mi regalo.

Alice estaba bastante nerviosa, y la intensa mirada de su prometido no la ayudaba demasiado. Pero tenía que decírselo, y en aquel instante. Así que respiró profundamente y declaró:

—Estoy… estoy embarazada. Quiero decir que… vamos a tener un hijo. Y pensé que si no te lo decía hasta después de la boda podrías pensar que sólo me he casado contigo porque…

Alice no pudo terminar la frase. Gideon se lo impidió. Se inclinó sobre ella, la abrazó y la besó apasionadamente.

—Alice, mi amor —dijo al fin—. Eres una fuente inagotable de alegría para mí.

Habría dicho más, mucho más, pero en aquel momento apareció el

padre de Alice.

—No quiero asustarte, hija, pero a tu madre le va a dar un infarto. Y en cuanto a ti, hijo, deberías estar ya en la iglesia. O eso es lo que me han dicho.

Gideon volvió a besar a la novia y, acto seguido, bajó suavemente su velo.

—De acuerdo. Te veré en el altar, mi amor. ¡Anda con cuidado!

Alice tomó a su padre del brazo, aceptó el ramo de rosas que le entregó su nerviosa madre y descendió por la escalera para desposarse con el hombre más maravilloso del mundo.

Fin